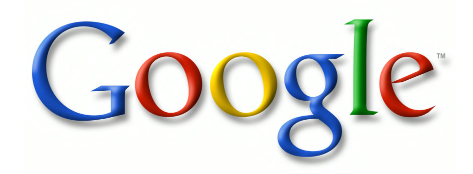






COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

LÍRICOS

I


EX LIBRIS.

OBRAS

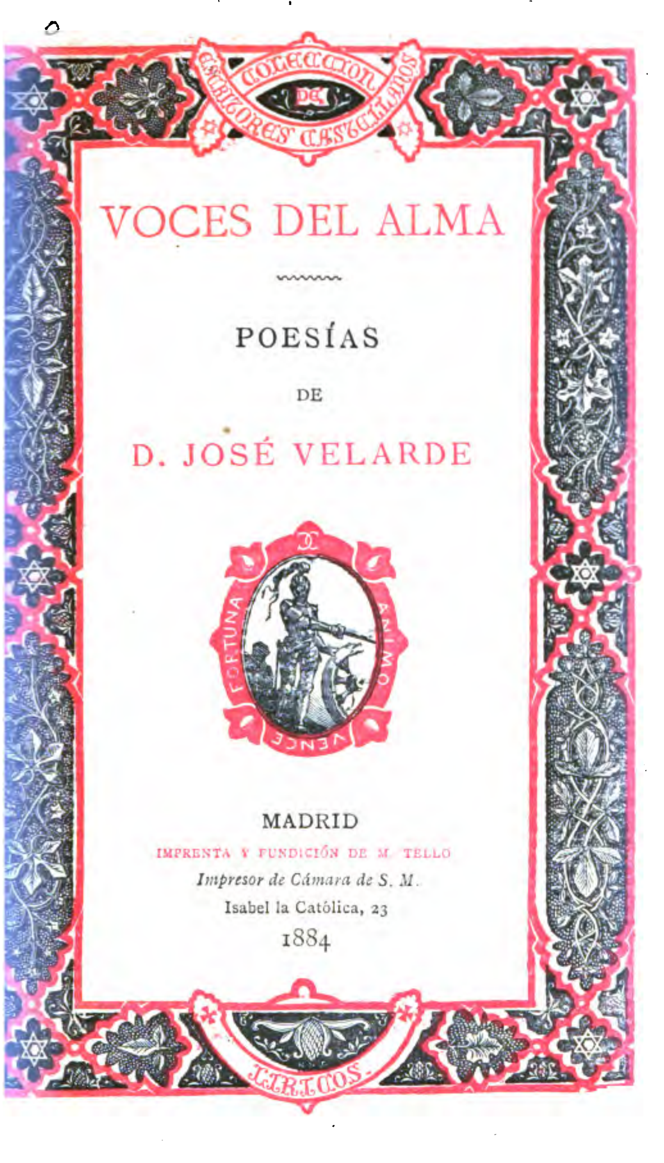
DE

D. JOSÉ VELARDE

VOCES DEL ALMA

TIRADAS ESPECIALES

25	ejemplares	en papel China, del	I al XXV.
25	»	en papel Japón, del	XXVI al L.
100	»	en papel de hilo, del	1 al 100.



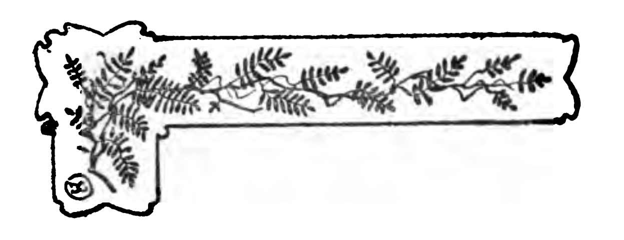
VOCES DEL ALMA

POESÍAS

DE

D. JOSÉ VELARDE

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
Impresor de Cámara de S. M.
Isabel la Católica, 23
1884

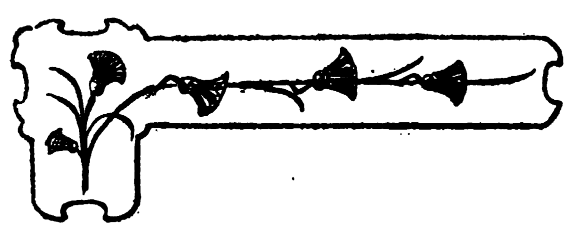


Á BALDOMERO CUENCA

Su entrañable amigo

PEPE





INTRODUCCIÓN.

EL POETA Á SU MUSA.

I.

No seas, no, la víbora maldita
    Que muerde y deposita
Dentro del corazón letal veneno;
Ni la ebria bacante desgreñada
    Que arrastra desbocada
Honor y vestiduras por el cieno.

II.

No sirena que llame engañadora
    Con cántiga sonora
Á las sirtes fatales de la duda;
Ni el pudor virginal mires esquiva,
    Para ir provocativa
Buscando torpe meretriz desnuda.

III.

No el oido del prócer empalagues,
Ni con bajeza halagues
Los instintos brutales de la plebe:
Cual la alondra remóntate á la altura,
Conservándote pura
Como en el monte altísimo la nieve.

IV.

Tu plectro arranque vibración sonora:
Suspira, canta, llora
Con fé, con entusiasmo de profeta:
Entre el cielo y la tierra está la nube
Que espaciándose sube...
Y entre Dios y los hombres el poeta.

V.

Fiera castiga hasta que sangre brote,
Con atlético azote
Á la musa del siglo envilecida,
Que al error y á la duda incienso quema
Y bárbara blasfema
Renegando de Dios y de la vida.

VI.

A la que llama á lo inmoral realismo,
Y canta el sensualismo
Que el corazón y la conciencia estraga:
Musa de la ignorante muchedumbre
Que de la fé la lumbre,
Dejando helado el corazón, apaga:

VII.

Que vive y se revuelca en lodo inmundo,
Que el ¡ay! del moribundo
Exhala triste, que rezar no sabe:
Esa no es musa, que aunque ostente galas
Y tenga también alas...
¡Alas tiene el murciélago y no es ave!

VIII.

Al lúbrico cantar de esa ramera
Opón tu voz severa,
Acallando sus gritos de venganza,
De duda, de rencor y de sarcasmo,
Con himnos de entusiasmo
Al amor, á la fé y á la esperanza.

IX.

Mina de la maldad el edificio
    Y caiga al precipicio,
Cual de los siglos lenta la carcoma
Va minando la torre en su cimiento,
    Que á un suspiro del viento
Tiembla, vacila, cede y se desploma.

X.

Cuanto más combatidos, más constantes
    Los poetas gigantes
Homeros y Petrarcas, entonaron
Cantos á la virtud, hija del cielo,
    Y bienhechor consuelo
Sobre las almas tristes derramaron.

XI.

Si muchedumbre estúpida en tumulto,
    Grosero y torpe insulto
Lanza á la virgen celestial poesía
Y quema incienso ante el becerro de oro,
    Prodiga tu tesoro
Y su poder cantando desafía.

XII.

La ronca tempestad, la mar sonora,
La hinchada ave canora
Que abriga á sus polluelos en el nido,
La nube que ondulando se dilata,
El lago que retrata
El cielo á donde eleva su gemido;

XIII.

Del mártir el callado sufrimiento,
Del héroe el ardimiento,
Del campesino hogar la dulce calma,
Los sueños, los placeres, los dolores
De los vivos amores
Á cuyo fuego se enardece el alma;

XIV.

De la infancia inocente el alborozo,
El profundo sollozo
Que en el deshecho corazón no cabe,
La plegaria que va buscando el cielo
Con el ardiente anhelo
Que el calor de su nido busca el ave;

XV.

Esas son tus riquezas, y con ellas
Podrás sembrar de estrellas
La noche de los tristes corazones:
Canta y que el aire en sus revueltos giros
Lleve besos, suspiros,
Himnos de amor y santas bendiciones.

XVI.

Allí donde el dolor alce su imperio,
Vé envuelta en el misterio,
Impalpable, invisible, y llega en calma
Cual ráfaga de luz esplendorosa,
Cual nota cadenciosa,
Cual pura esencia al interior del alma.

XVII.

Á la madre á quien pérfida fortuna
Arrancó de la cuna
El fruto de su amor, que era su hechizo,
Hazle al cielo mirar, rasga la nube
Y muéstrale el querube
De ala de nácar y de blondo rizo.

XVIII.

Al viejo que á la muerte se avecina
Y á la tierra se inclina
Cual si buscase en ella sepultura,
Dále la eternidad como esperanza,
Y díle que se alcanza
Allí la juventud que siempre dura.

XIX.

Al pecho juvenil préstale amores,
Derrama frescas flores
Sobre la triste tumba solitaria,
Y ensalza de la virgen la pureza,
Tan bella en su grandeza
Como en labios del niño la plegaria.

XX.

No te pido laurel para mi frente,
La alzaré noblemente,
Si mi obra tiene la virtud por buena,
Aunque deje tan sólo mi memoria
La huella transitoria
Que el viento barre en movediza arena.

Dejando en la ciudad el cuerpo en calma,
Fatigáis vuestra mente, y es forzoso,
Evitar otro ataque peligroso,
Dando al cuerpo trabajo y paz al alma.—
Y yo, que hasta al error tengo respeto,
Cuando sale de labios de un sugeto
De años muchos y clara inteligencia,
Siguiendo el buen consejo de la ciencia,
Marché con voluntad muy decidida
Á un pueblo que no nombro, con objeto
De alargar la carrera de mi vida.

II.

Cuanto más lejos la ciudad dejaba,
Más tranquilo el espíritu sentía,
Que el lazo que en Madrid me retenía
Era un lazo de hierro que me ahogaba;
Y como el árbol, que en dichoso día,
Después de haber perdido hoja tras hoja,
Botones mil en Primavera arroja
De vida llenos y de savia henchidos,
Así, viendo caer de mis sentidos,
Hoja tras hoja la locura mía,
Y brotar en mi mente nueva idea,
Trocada mi tristeza en alegría,
Ya casi con salud entré en la aldea.

III.

Aquellas pobres casas apiñadas
Al abrigo de un templo; rodeadas
De añosos troncos y de espesa breña,
Y en la cima de un monte colocadas;
Pareciéronme un nido de cigüeña,
Que por arte ó milagro incomprensible,
Unido se encontraba á aquella peña
En equilibrio casi insostenible.
En este pueblo alegre y delicioso
El diablo siempre permanece ocioso;
Que en él, desde el más alto hasta el más bajo,
Hombres, mujeres, todos igualmente,
Tienen tostada por el sol la frente
Y callosas las manos del trabajo.
El silencio y reposo de la aldea
No lo turba una voz, como no sea
La risa de un chiquillo
Que juega locamente en la plazuela
Desnudo como un ángel de Murillo,
El gallo que cantando escarba el suelo,
El esquilón que toca el monaguillo,
Ó la copla que entona una mozuela:
Así que, para darme algún consuelo,
—Es este pueblo, díjome una abuela,
Un escalón para subir al cielo.—

IV.

Hablaba esta abuelita por los codos,
No siempre con cordura,
Y entre—*dice la gente*—y—*se asegura*,—
Contaba y recontaba de mil modos,
De cada convecino alguna historia,
Bien fuese inverosímil, bien probable,
Siendo su charla igual á su memoria,
Y ésta, á más de tenaz, infatigable.
Entre los muchos cuentos,
Que á sus ojos pasaban por portentos,
Hablóme cierto día
De un anciano que aquel pueblo habitaba,
Á quien de loco y malo motejaba
Y por el mismo Lucifer tenía.
—Calculad buen señor, me repetía,
Por estos actos la maldad del loco:
No habla con nadie, ni á la gente mira;
Llora, gime, suspira,
Come sólo verduras, duerme poco;
Por no hablar, ni saluda al señor cura:
Un sepulcro labró en el cementerio,
Y allí pasa los días con misterio
Contemplando su propia sepultura.—

V.

Al escuchar la narración aquella
Tuve por cuerdo á él y loca á ella;
Y ya muy vivamente interesado,
—Dígame, repliqué, señora mía,
Cuanto sepa del hombre desgraciado
Á quien tiene tan ciega antipatía.—
—Óigame, contestó, llegó en un día
De pena general y desconsuelo;
Pues al pisar el pueblo, se moría
Una anciana señora, que en el cielo
Debe gozar de eterna bienandanza,
Si tal premio se alcanza
Por practicar el bien en este suelo.
Siguió el loco el entierro, pensativo,
Y apenas sepultada la señora,
Labró al lado un sepulcro, y reflexivo
Pasa allí, cual si fuese un muerto vivo,
Mientras alumbra el sol, hora tras hora.
Así que, cuando loco le llamamos,
Favor grande le hacemos,
Que todos en el pueblo le tenemos,
Por el mismo Satán, y le temblamos.
¿Pues quién sino el demonio de esa suerte
Persiguiera á una *Santa* hasta la muerte,
Y osara profanar la sepultura
De aquel ángel, que fué nuestra ventura?

No penséis que exagero en lo que hablo;
El mismo señor cura,
Que es tan sabio y tan bueno, dijo há poco:
«O es un ángel ese hombre, ó es un diablo,
Si no es, como parece, un pobre loco.»—

VI.

La noche en que escuché tan triste historia
Ni el beneficio conseguí del sueño,
Ni fuí un instante dueño
De poderla borrar de mi memoria.
Aún ignoro qué fuerza me robaba
La voluntad y el brío de la mente,
Y por qué á tal extremo me excitaba
La misteriosa vida del demente;
Pero febril, nervioso, delirante,
Pensando de aquel hombre en la amargura,
Tanto y tanto soñé, que hubo un instante
En que presa me ví de su locura.
Y es que de un alma á otra los dolores
Se trasmiten por rara simpatía,
Y sufrió los terribles sinsabores
Del alma de aquel loco, el alma mía.
Gemí, lloré, recé, busqué sosiego
É invoqué á mi razón en tal martirio;
Mas la razón, en torbellino ciego,
Giraba atada á mi tenaz delirio.
Desencajado, pálido, convulso,

Cual si ya me encontrase en la agonía,
Aterido, lloroso, hasta sin pulso,
Me sorprendió despierto el nuevo día.
Y cuando la abuelita, con misterio,
Abriendo de mi cuarto la ventana,
Y hallándome vestido todavía,
Me dijo:—¿Dónde va tan de mañana?—
Contesté sin pensar:—Al cementerio.—
Y cual máquina ciega caminando,
Movido por la intensa calentura,
Dí en el recinto de la paz, luchando
Mi cansada razón con la locura.

VII.

«¿Concluye en este sitio la existencia,
Ó empieza en él la vida?
¿Líbrase el alma aquí de la impotencia
Á que la arrastra la materia impura,
Ó á la materia asida
Se consume en la misma sepultura?»
Dije, triste, al llegar; mas luego hallando
De bellas flores matizado el suelo,
Insectos que volaban susurrando,
Y alegre el ave y sonriente el cielo,
Exclamé de esta suerte,
Mi horrible duda ya desvanecida:
«No es la mansión horrible de la muerte
Sino la cuna de la eterna vida.»

VIII.

El loco estaba allí; no me miraba,
Que de un sepulcro donde se leía,
—*Aquí yace María*,—
Los ojos un instante no apartaba:
Y ví que, contraidas las facciones,
Fué su rostro expresando
De una inmensa pasión las gradaciones,
Ya fiero maldiciendo, ya rezando,
Ya cayendo en tranquilas reflexiones.

IX.

Al ver de aquel anciano venerable
La triste faz tocada
Por la mano del tiempo y la amargura,
De sus hundidos ojos la mirada,
Expresando un sufrir inexplicable
Y arrojando por llanto lava pura,
Del volcán de su pecho desbordada;
Su luenga barba y frente despejada
En donde se leía el pensamiento,
Y su mano nerviosa y descarnada
Asiendo algo impalpable como el viento,
Bajé con pena la mirada inquieta,
Y en mi dolor profundo,

Figurábame ver á aquel Profeta
Que habrá de predecir el fin del mundo.

X.

Recobrado después, toqué su mano,
Fijé en él la mirada,
Y le dije con voz entrecortada:
—Si algún consuelo humano
Puede enjugar el llanto de esos ojos,
Mirad en mí un hermano,
Dispuesto á compartir vuestros enojos
Y ese dolor profundo
Que concentra en un triste cementerio
Cuanto existe en los ámbitos del mundo:
Yo anhelo penetrar este misterio,
Á explicarlo os provoco...—
É interrumpió, con voz de otro hemisferio:
—¿Acaso no sabéis que soy un loco?
No hay voluntad que mis designios tuerza
Ni poder que me aleje de mi objeto:
No penséis que sucumba;
He jurado morir con mi secreto,
Y morirá conmigo en esta tumba.—

XI.

Sintiendo horrible espanto,
Iba á alejarme ya, cuando á mí vino,

Trocado su furor en triste llanto,
Diciendo:—Pues lo quiere mi destino,
Vais á saber lo que anhelábais tanto.
Tomad esta cartera,
En ella va mi historia,
Dedicadle una lágrima sincera
Y borradla después de la memoria,
Si os es posible, hasta que yo no muera.—

. . . .

. . . .

Y al notar aquel cambio inesperado,
Y aquella confianza ilimitada,
Aunque estaba mi mente trastornada,
Comprendí que era loco el desgraciado.

CANTO SEGUNDO.

I.

Estaba amaneciendo;
El sol, sus tibios rayos desplegando,
La niebla iba ahuyentando
Y el rocío en las flores deshaciendo.
Flores que abierto el broche,
Cerrado á las tinieblas de la noche,
Su cáliz perfumado presentaban
Á las abejas que alredor zumbaban,
Mezclando su murmullo

Al trino del jilguero,
Del céfiro al susurro lisonjero
Y de la triste tórtola al arrullo.
Y en tanto que, yaciendo en dulce calma,
La natura mostraba su belleza,
Torturaba el dolor del loco mi alma,
Rugía un huracán en mi cabeza.

II.

Buscando en la cartera,
Encontré unos papeles ordenados,
De puro releidos destrozados;
Eran cartas, y abriendo la primera
Por el tiempo amarilla,
En ella ví estampada,
En letra más que escrita dibujada,
De una pasión sencilla,
La primera luciente llamarada.
«Mi querida María:
Como nunca al hablarte me haces caso,
Y yo de afán me abraso,
Al verte indiferente en tu alegría,
Esta carta te escribo,
En que quisiera retratar, al vivo,
Cuanto sufre y padece el alma mía.
¿Por qué, dí, no me quieres?
¿Por qué jugar prefieres
Á estar quieta á mi lado,

Como habrás reparado
Que con otros están otras mujeres?
Yo quiero ser tu novio, que me quieras,
Que al loco de Perico me prefieras,
Y que comprendas, vida de mi vida,
De mi pasión la enérgica violencia.
Contéstame en seguida,
No amargues con desdenes mi existencia,
Que sólo porque te amo me es querida.»

III.

En el respaldo de la misma carta,
En torpes é ilegibles garabatos,
La niña contestó: «Me tienes harta,
Te lo digo de veras, con reñirme.
¿Por qué, si soy tan chica, has de exigirme
Que me porte cual lo hacen las mujeres?
¿Mis juegos son extraños?
¿Gozan de otros placeres
Las niñas que, cual yo, tienen diez años?
¡Y por esto no es cierto mi cariño!
¡Ay, Pablo! ¿Cómo quieres que te quiera?
¡Te quejas y jamás contigo riño!
Pues yo no sé querer de otra manera.
Tener novio no puedo todavía,
Soy muy niña y mamá me reñiría,
Pero igual que á Perico, yo te quiero,
Y decir lo contrario es gran simpleza;

Si juego más con él, es que prefiero
Su carácter alegre á tu tristeza.
Rompe esta carta mía,
Porque me da vergüenza haberla escrito:
No vuelvas á ser tonto, te repito,
Y no me escribas más. Adios. María.»

IV.

Y después de haber visto el sentimiento
Del niño que el amor trocara en hombre,
Herido por la lógica sin nombre
Que encierra el pensamiento
De una inocente virgen de diez años,
Que aún bebe inspiraciones de la Gloria,
La lectura seguí de aquella historia
De dolores y tristes desengaños.

V.

«Hará diez años que una carta mía,
(Otra carta empezaba)
Fué á turbar la inocencia y la alegría
Que tu alma pura en su niñez gozaba.
»Sencilla entonces tú, no comprendiste
De mi pasión el habla prematura,
Y en mis ardientes frases sólo viste
De algún juego infantil la travesura.
»Y era aquél de mi amor el primer grito,

Amor que en un progreso interminable,
Ha llegado á ser hoy casi infinito,
Y á fuerza de ser grande, inexplicable.
»Nació conmigo, se meció en mi cuna,
Turbó de mi niñez la dulce calma,
Y después ha ocupado una por una
Las facultades todas de mi alma.
»Cuando nos separó la suerte impía,
Hice del corazón altar sagrado,
En él te coloqué, y allí, alma mía,
En diez años de ausencia te he adorado.
»Y recorriendo continentes, mares,
Y pueblos y desiertos visitando,
Jamás me separé de tus hogares,
Porque siempre contigo fuí soñando.
»Como mi mente á comprender no alcanza,
Que se pueda olvidar á quien no olvida,
He mantenido siempre la esperanza
De que has pensado en mí toda la vida.
»Adios, adios; con sólo una palabra
Vas á probar mi acierto ó mi locura;
Ya al pronunciarla sabes que ella labra
La desdicha de Pablo ó su ventura.»

VI.

«He visto con sorpresa
(Contestaba una carta de María
Escrita con esmero en letra inglesa)

Que tu amor, que recuerdo como un sueño,
Y que siendo tan niña no entendía,
Creció en tu corazón y de él es dueño.
»Yo lo ignoraba, Pablo, y en tu ausencia
Con Pedro me he casado,
Y aunque deploro el mal que te he causado,
No me arguye tranquila la conciencia,
De haber una promesa quebrantado.
»Olvídame; quizás otras mujeres
Puedan darte el amor que yo no puedo,
Y buscando en el bien dulces placeres,
Queda tranquilo, cual tranquila quedo.»

VII.

Esta otra carta á la anterior seguía:
«Aunque han pasado ya cuarenta años
Desde mi última carta, y soy un viejo,
Como aumentan mi amor los desengaños,
Ni te he olvidado, ni de amarte dejo.
»Muy niña, llegué á tí, y en tu inocencia
El alma ya tenías entregada;
Cuando volví, después de larga ausencia,
¡Ay! con otro hombre te encontré casada.
»Desde aquel día mi dolor es tanto,
Que robo jugo á mis exhaustas venas,
Para verter entre el amargo llanto
El ponzoñoso virus de mis penas.
»Celoso de tu bien, nunca he querido

La ventura turbar que disfrutabas,
Y solo, con mis penas he vivido
En tanto que feliz tú me olvidabas.
»Hoy que eres libre; pues la infausta muerte
De Pedro para siempre te ha alejado,
Une, mujer, tu suerte con mi suerte,
Por lo mucho que te amo y que te he amado.
»No temas, no, que el tiempo desastroso
Haya cambiado en nada mi cariño;
Como en mi juventud es hoy fogoso,
Y es hoy tan puro como siendo niño.
»Y por si alguno á murmurar se atreve,
Cómo al amor en la vejez me entrego,
Dí, que mis canas, que parecen nieve,
Son la ceniza que resguarda el fuego.
»Mas no haré de esperanza vano alarde,
Que el desengaño la herirá en su cuna,
Pues siempre el desgraciado llega tarde
Cuando reparte bienes la fortuna.
»Si he de ver mi ilusión desvanecida,
No pienses, no, que de dolor sucumba,
Que ese mismo dolor me dará vida
Para regar con lágrimas tu tumba.»

VIII.

La última carta que guardada había,
Escrita en caracteres desiguales
Por mano que la edad estremecía,

Daba contestación á frases tales
De esta manera sentenciosa y fría:
«Dios á todos los seres da su sino
Al darles la existencia.
El no poderte amar fué mi destino;
Amar sin esperanza tu sentencia.
»Hoy tampoco soy libre, vivo atada
Á mi edad achacosa,
Y á la promesa, para mí sagrada,
De ser sólo del hombre aquel esposa.
»Para alivio del cuerpo y paz del alma
Marcho á un pueblo olvidado;
Allí pediré á Dios te dé la calma
Que involuntariamente te he robado.
»Vuelve la vista á Dios; como yo olvida
Esta mundana suerte,
Que es un crimen pensar tanto en la vida,
Cuando se está tan cerca de la muerte.»

IX.

Habiendo terminado la lectura,
Revolvía en mis manos la cartera,
Cuando el loco dejó la sepultura,
Y acercándose habló de esta manera:
—Pues por mi voluntad sabéis mi historia,
Cumplid vuestra promesa;
No volvedla á traer á la memoria
Hasta no verme de la muerte presa.

»Pero decid que, amando desde niño,
Perdí la voluntad, y de este modo
Entregué á esa mujer con mi cariño
El alma, el corazón, la vida, todo;

»Que movido por fuerza irresistible
Que mi poder á contrastar no acierta,
Persiguiendo tenaz un imposible
Améla viva y aún la adoro muerta;

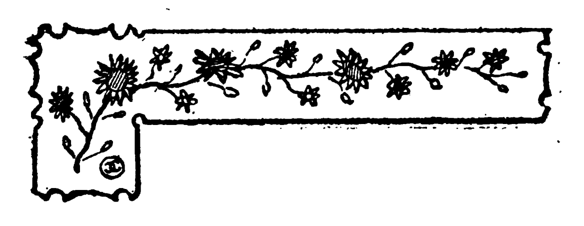
»Y que su nombre no maldije fiero
Al ver desvanecida mi esperanza;
Pues la mujer querida, cual yo quiero,
Es un Dios que se adora y no se alcanza.—

X.

Él, llorando volvió á la sepultura,
Llorando salí yo del cementerio,
Y áun es hoy para mí duda y misterio,
Si *aquéllo* era pasión ó era locura.

Diciembre, 1874.





CONSEJOS.

Á CARMEN.

I.

No me taches de necio ó presumido
Si me ves, siendo joven, dar consejos;
Que los que sufren como yo he sufrido,
Antes de ser adultos ya son viejos.

Ni menos pienses que al hablar del mundo,
Lastime con sus males tu inocencia;
Pues sé que no hay delito más inmundo
Que manchar de una virgen la conciencia.

Dentro de poco tiempo, convertida
En hermosa mujer, de niña hermosa,
Entrarás en el campo de la vida,
Como el capullo que se trueca en rosa.

Hoy anhelas que llegue tal momento,
Mintiéndote ilusiones la esperanza;
Cuando llegue verás con sentimiento
Que ese sueño dorado no se alcanza:

Todos se duelen ¡ay! de lo presente,
Viendo la dicha al porvenir unida,
Y esperando un mañana que inclemente,
Mata las ilusiones con la vida.

Juzgando el mundo de delicias lleno,
—Yo quiero ser mujer—dices ahora,
Sin ver que esas delicias son veneno
Que te harán, siendo un ángel, pecadora.

¡Ser mujer! ¡Ay! no sabes lo que quieres,
Por la inocencia tu razón velada:
En el mundo en que sólo ves placeres,
Es, Carmen, ser mujer, ser desgraciada.

Su destino es amar, y el desengaño
Queda tan sólo al fin de los amores,
Cual quedan las espinas que hacen daño,
Al deshojarse las marchitas flores.

Si una falta comete, siempre el mundo,
Que se fija en el mal y el bien olvida,
Á la pobre mujer burla iracundo,
Gozándose en mirarla envilecida.

No ve que es culpa suya aquel delito,
Pues de mil seducciones la rodea,
La empuja, y al caer, da siempre el grito
De—«¡Maldita mujer, maldita sea!»

Y á veces siendo pura, inmaculada,
La mancha con calumnia fementida,
Robándole la joya más preciada;
Pues la vida sin honra ya no es vida.

El hombre, siempre de malicia lleno,
Busca como el insecto una flor pura,
Liba en ella, le deja su veneno,
Y acaba con su vida ó su ventura.

Y el mundo entonces con horrible saña,
Con maldad que á los cielos estremece,
Llama *conquistador* al vil que engaña,
Y á la inocente víctima escarnece.

Ser mujer, es vivir en el martirio,
Sostener fiera lucha de titanes
Con una sociedad, que en su delirio,
Desprecia su virtud y sus afanes.

Ser mujer, es hallarse siempre expuesta
Á caer en el fondo de una sima;
¡La vida á veces no caer le cuesta!
¡Y en cayendo, no hay ya quien la redima!

No hay más felicidad que la inocencia,
Que te hace vivir hoy en dulce calma,
Sin recuerdos que agiten tu conciencia,
Sin más que sueños de oro allá en el alma.

Crisálida, no te hagas mariposa,
Permanece en tu asilo reservado;
No te trueques, capullo, en bella rosa,
No te deshoje el huracán airado.

II.

Mas como al fin mujer pronto has de verte,
De practicar estos consejos cuida,
Porque sólo se vencen de esta suerte
Las fieras tempestades de la vida.

Huye de la ignorancia, que es el lazo
Donde queda prendida la inocencia;
Y entrando del estudio en el regazo,
Busca la luz, que es Dios, y á Dios, que es ciencia.

Nunca el trabajo te parezca frío,
Si vivir placentera te propones:
Que tras la ociosidad viene el hastío,
Y brotan del hastío las pasiones.

No tengas la humildad en menoscabo,
Que el alma vale más que la materia,
Y el rico en su riqueza es tan esclavo
Como esclavo es el pobre en su miseria.

Ni el sacrificio por el bien te asombre,
Ni un bien pequeño te parezca vano;
Espera mucho en Dios, poco en el hombre,
Y en el más infeliz mira á un hermano.

Entre el instinto y su febril violencia,
Y la razón y su frialdad notoria,
Ten por único juez á la conciencia,
Que da siempre á lo justo la victoria.

Como la vida sin amar no es vida,
En tí el amor asomará riente,
Como de grana y oro revestida
La deseada aurora por Oriente.

Pero no olvides que á la vista un velo
Cubre, cuando el amor el pecho inflama,
Y que aparece como luz del cielo,
La que es á veces del infierno llama.

Cuida de no entregar cándidamente,
El tesoro de amor de tu alma pura,
Que puede haber un hombre que, inclemente,
Te arrebate con él dicha y ventura.

Pero no hagas, en cambio, de manera
Que desprecies al verte bien amada;
Pues si desprecias al que bien te quiera,
Serás por el que quieras despreciada.

Como el primer amor es más profundo,
Procura que también sea el postrero;
Que amarga la conciencia en el segundo,
La memoria imborrable del primero.

Huye del coquetismo, que es temible
Por manchar la honradez más esplendente;
Pues todos tienen por mujer posible
Á la que á todos corresponde ó miente.

Que pierde la coqueta, en sus prolijos
Vanos amores de mentida gloria,
Hasta el amor sagrado hacia sus hijos,
Que después se avergüenzan de su historia.

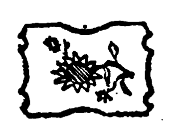
Y las que así una vez han delinquido
De este fallo veraz nunca se eximen:
«Todo aquel que una falta ha cometido
Más cerca está de cometer un crimen.»

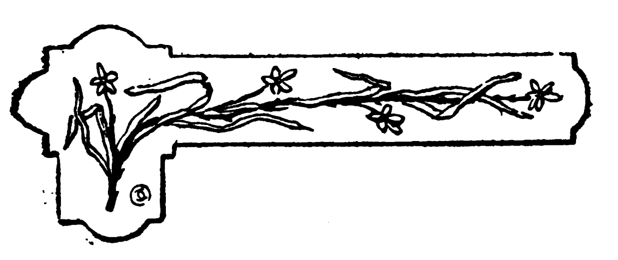
Si alguna vez para vivir honrada,
Necesitas matar el sentimiento,
Lo matas; que es mejor verse apenada,
Que herida por mortal remordimiento.

No te mueva á faltar, de un Dios fecundo,
El perdón que prodiga á manos llenas,
Que no siempre perdonan Él y el mundo,
Los errores de tantas Magdalenas.

Ten un amor tranquilo, dulce, blando;
No pasiones que estallen con estruendo;
Ama como la tórtola, arrullando,
Y no como el león, que ama rugiendo.

Enero, 1875.





DE CÓMO NACIÓ EL QUIJOTE.

AL SR. D. LUIS MONTOTO.

I.

ERA una prisión oscura
En bóveda terminada,
Bajo tierra socavada
Á guisa de sepultura:
Lúgubre cual la amargura,
Tan húmeda como el llanto,
Triste como el desencanto,
Como la barbarie fuerte,
Silenciosa cual la muerte
Y horrible como el espanto.

II.

Luz tenue que vacilaba
Con sus trémulos fulgores,
Aquella mansión de horrores

Levemente iluminaba.
Un hombre allí dormitaba
Sobre desnudo tablado,
Teniendo una mesa al lado,
Y en ella pluma, tintero,
El moribundo mechero
Y un papel emborronado.

III.

Á impulso de hondo pesar,
El hombre á veces gemía;
Y el lecho entonces crujía,
Gimiendo del hombre al par:
Para su duelo aumentar,
La humedad se condensaba
En el techo, y goteaba:
Parecía que al exceso
De la desdicha del preso
Hasta la roca lloraba.

IV.

Á veces interrumpiá
Aquel constante clamor,
El ruido atronador
De alegre y cercana orgía.
¡Sólo un muro dividía
La buena y la mala suerte;
Pero muy fuerte, tan fuerte,
Como la losa que avara,

En el sepulcro separa
Á la vida de la muerte!

V.

Creciendo en agitación,
El infeliz balbuceaba,
Y vibrando se apagaba
Lento el eco en la prisión.
Á tal llegó su pasión,
Su delirio y desconcierto,
Que, entre dormido y despierto,
De repente irguióse altivo
Con la voluntad de un vivo
Y la rigidez de un muerto.

VI.

Su actitud causaba horror;
Sus ojos centelleaban
Y sus labios se agitaban
En convulsivo temblor:
Lívido era su color
Y respiraba con pena;
Azulada y gruesa vena
Dilatábase en su cuello,
Y erizaba su cabello
Como el león la melena.

VII.

Con extraña entonación,
Su nombre dijo aquel hombre,

Y á los ecos de su nombre
Se estremeció la prisión.
La sonora vibración,
Que por lo gigante arredra,
Rebota en la tosca piedra,
Y con eco ronco y duro
Repiten bóveda y muro:
«¡Miguel Cervantes Saavedra!...»

VIII.

«Aqueste nombre—prosigue—
Es emblema del dolor;
No hay desventura mayor
Que la que á mí me persigue!
¡No hay bálsamo que mitigue
El pesar de mi alma herida;
La fortuna maldecida,
Negándome sus favores,
Eslabonó con dolores
La cadena de mi vida!

IX.

»Á ser humilde criado
Arrastróme la pobreza,
Teniendo yo más grandeza
Que el más grande potentado:
Á bajar víme obligado
La altiva, orgullosa frente

Dó el genio palpita ardiente,
Para comer con afán
El trozo amargo de pan
Que se le arroja á un sirviente.

X.

»Soldado, luché con saña
Y un brazo perdí en Lepanto:
Más tarde derramé el llanto
Del cautivo en tierra extraña:
Libre, seguí de mi España
El victorioso pendón,
y en tan gloriosa ocasión
Escribí *La Galatea*,
Dando más fuego á la idea
Con el fuego del cañón.

XI.

»Después... después escribía
Para el sustento ganar,
Teniéndome que igualar
Al vulgo que me leía.
Nunca en mis obras podía
Libre el ingenio lucir.
¿Lo que puedo yo decir,
Lo puede el vulgo entender?
¡Escribir para comer
Es no comer, ni escribir!»

XII.

Dijo: lágrima candente
Por su mejilla rodó,
Y en la mano reclinó
La sudosa y ancha frente.
Todo en silencio imponente
Quedóse; sólo se oía
El tablado que crujía,
El techo que goteaba,
Y del hombre que lloraba
El corazón que latía.

XIII.

Y prosiguió: «Ya que el mundo
Me desprecia y martiriza,
Le obligaré á entrar en liza
Con mi talento fecundo.
Que su ira y rencor profundo
La sociedad en mí agote;
Un libro será el azote
De esa ciega sociedad.
¡Yo derribaré una edad
Con un poema, *El Quijote!*

XIV.

»Yo la hundiré. ¿Qué no puede
Fundado en el bien el genio?
Sale del mundo al proscenio

Y todo á su paso cede.
Luz á la sombra sucede,
La maldad en vano ruje,
El hondo cimiento cruje
Del error, y viene á tierra
Cual se derrumba la sierra
Del terremoto al empuje.

XV.

»Y pues causa al hombre espanto
La verdad seca y concisa,
Se la enseñaré con risa,
Aunque la escriba con llanto.
Daré del chiste el encanto
Á la pena que me abruma;
Así el sol dora la bruma,
Y el mar oculta el tormento
Con que le castiga el viento,
Alzando risueña espuma.»

XVI.

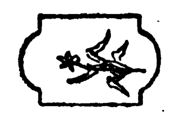
—Dijo—marchó de repente
Hacia la mesa, llorando,
Y pluma y papel hallando,
Después de azotar su frente,
Escribió rápidamente
Con letra corrida y ancha:
«*En un lugar de la Mancha,*
De cuyo nombre no quiero...»

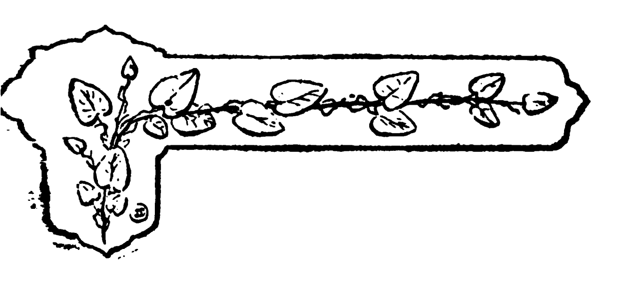
Y prosiguió tan ligero
Como rueda la avalancha.

XVII.

Algún tiempo era pasado,
La escasa luz se extinguía,
Y aún aquel hombre escribía
Por su genio iluminado.
Da en tierra, al fin desplomado
Cual muro que se derrumba...
Apenas el eco zumba,
La luz muere, y la prisión,
Más que de el hombre mansión,
Parece una horrible tumba.

Abril, 1875.





Á MI PADRE.

Tu nombre ¡oh Padre! sírvame de ejida:
Otro no acierta á pronunciar mi lengua
En los recios combates de la vida.

No pido al grande, de mi honor en mengua,
Arrimo que en la lucha me sustente...
Valor prestado es un valor que amengua:

Me agravia la merced, y solamente
Tu paternal consejo humilde acato,
Y ante Dios y ante tí bajo la frente.

No taches, no, mi orgullo de insensato:
Del grande el triste don sólo se paga
Humillándose vil, ó siendo ingrato.

Deja, sí, que en tu gloria satisfaga
El cariño filial, eterna hoguera
Que ni aun el soplo de la muerte apaga;

Y que ponga en mi libro por bandera
Tu nombre, que respeto, que bendigo,
Que endulzará mis labios cuando muera.

Para mí tu eres todo: padre, amigo,
Ejemplo de honradez, fe, sentimiento...
Y en estando sin tí no estoy conmigo.

Eco fiel es mi aliento de tu aliento,
Del tuyo al par mi corazón palpita
Y pienso con tu mismo pensamiento.

Por tí el amor al bien mi pecho agita,
Y ansioso de verdad, de luz, de ciencia,
Mi espíritu hacia Dios se precipita.

Por tí llevo el dolor de la existencia
Con fé segura, con tranquila calma
Y la paz en el rostro y la conciencia;

Y despreciando la terrestre palma,
Sólo aparto la vista de la altura
Para fijarla en tí. ¡Padre del alma!

Tu pura ciencia y tu virtud más pura,
Arrullando mi infancia seductora
Con el eco que presta la ternura,

Despertaron mi mente soñadora,
Como despierta al pájaro en el nido
El rumor de la brisa de la aurora:

Y en mi tierno cerebro adormecido
Fué brotando confuso el pensamiento,
Como el recuerdo brota del olvido.

Disipando las nubes con tu aliento,
Horizontes abriste sin medida
Al afán de mi espíritu violento;

Y con ternura, que mi amor no olvida,
Me enseñaste á pensar, á ser honrado,
Á amar á Dios y á soportar la vida.

Así que al escribirte, entusiasmado,
No sé dar á mis frases otro aliño
Que repetir tu nombre idolatrado.

Me pasa á mí lo que le pasa al niño
Que un solo nombre sabe y balbucea
Y tenaz lo repite en su cariño.

Niño grande, no tengo más idea,
Ni más frase en mis labios que tu nombre,
Y sólo el repetirlo me recrea.

Quiero unir, y mi empeño no te asombre,
El corazón del niño y su inocencia,
Al pensamiento lúcido del hombre,

Y el horizonte hacer de mi existencia,
Juntando al oceáno de mi mente
El cielo todo azul de mi conciencia;

Ser poeta después, y al elocuente
Canto, que el genio al inspirarse lanza,
Hacer sentir lo que mi pecho siente,

Despertar la dulcísima esperanza,
Y abrasando en la fé los corazones,
Ir más allá de donde el hombre alcanza;

Trocar en realidad las ilusiones,
Que lucen como el rayo un solo instante
Y se pierden en lóbregas regiones,

Y al hombre que camina vacilante:
«Marcha, marcha hacia Dios sin retroceso,»
Gritarle y conducirle hacia adelante.

Mas ¡ah! con cuánta pena lo confieso,
Para empresa tan grande me hallo solo,
Solo y sin fuerzas para tanto peso.

En vano en aras de mi afán me inmolo,
Canto, y muere la voz en mi garganta;
Mientras que atruena y va de polo á polo,

Y un huracán de vítores levanta
El consternado acento del poeta,
Que gime, y llora, y duda cuando canta.

¡Ah! Si al dolor la vida está sujeta,
¿Qué virtud de grandeza más notoria
Que el oponerle un corazón de atleta

Que combata en la lid, venza con gloria,
Y en vez del lloro inútil del vencido,
Eleve al cielo canto de victoria?

Hoy el canto parece un alarido,
Y el poeta maldito Prometeo
Por fiero buitre el corazón roido.

Llora, suplica, tiembla como el reo,
Ruge al dudar, maldice, desespera,
Y ya sin voluntad y sin deseo,

Sin luz que le ilumine en su carrera,
Sin entusiasmo que su pecho inflame,
Deshonra, al deshonrarse, su bandera.

¡Padre del alma! (deja que te llame
Con este nombre, que me da consuelo,
Y que á tus plantas mi perdón reclame).

Yo también delinquí, mi noble anhelo,
Vencido en los instantes de amargura,
Tuvo mil veces que abatir el vuelo.

Perdónenme tu ciencia y tu ternura:
Si el hombre tiene alientos de gigante,
Al fin es una débil criatura.

Nada en la tierra es fijo ni constante:
Siguen las tempestades á las calmas,
Como el olvido á la protesta amante:

No hay luz perenne, ni inmarchitas palmas:
Hasta el sol, que da vida á tantos mundos,
Sufre eclipses también como las almas.

Arranques de maldad, bienes fecundos,
Esperanzas, funestas decepciones,
Momentos de placer, llantos profundos,

Forman en alternados eslabones,
De la vida del hombre la cadena
De virtudes y pérfidas pasiones.

No temo que me impongas grave pena:
Es para tí ser juez, ser bondadoso,
Y la bondad perdona y no condena.

El que sabe lo rudo y escabroso
Que es el sendero de la vida humana,
Para el caido es siempre generoso;

Que hasta el que más de su virtud se ufana,
Si ayer pudo evitar una caida,
Al fin caido se verá mañana.

¡Es tan terrible del dolor la herida!
¡Es tan fuerte y tan ciego el sentimiento...
El sentimiento, Padre, que es mi vida!

Que ante su empuje indómito y violento,
Cede la voluntad inobediente,
Y se oscurece el claro pensamiento.

Siempre el hombre al efecto, al accidente,
Al hecho material les rinde culto:
La causa no la ve ni la presiente.

Y yo, que nunca lo que siento oculto,
Dudo, lloro y maldigo en ocasiones,
Y á mi razón y á mi conciencia insulto.

¡Mas dichosos aquellos corazones,
Que alcanzan, aunque heridos, la victoria
En su lucha cruel con las pasiones!

Ser herido y vencer, esa es mi historia:
Senténciame; la pena no me irrita,
Ni me envanece el lauro de la gloria.

Aquí en mi libro la hallarás escrita,
Unas veces con sangre, otras con llanto,
Otras con luz de inspiración bendita.

Al entusiasta, arrebatado canto
Que ensalce la virtud y el heroismo,
Verás, con desconsuelo ó con espanto,

Seguir otro de amargo escepticismo,
Como sobre la tierra á ver se alcanza
La cumbre al lado del profundo abismo.

Al ronco son de guerra ó de venganza,
Suspiros seguirán consoladores,
Que el corazón enamorado lanza;

Y del loco placer â los clamores,
Los gemidos del alma que se anega
En desatada lluvia de dolores.

El adios del que parte, el del que llega,
El llanto, la sonora carcajada,
El tembloroso acento del que ruega,

La réplica por la ira entrecortada,
El brindis del festín; cuantos sonidos
Lanza la muchedumbre alborotada,

Hallarás en mis cantos esparcidos,
En revuelta y monstruosa algarabía,
Cual vienen á azotar nuestros oidos.

Mas si en tal confusión y gritería,
Percibes una voz dulce, inefable,
Esa es la voz de la esperanza mía.

Si otra escuchas serena, inalterable,
De mi fé brota, de mi fé potente,
Como el destino mismo incontrastable.

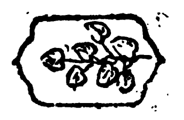
Yo creo en ese Dios, grande, omnisciente,
Que no define la razón humana,
Y que en el alma palpitar se siente;

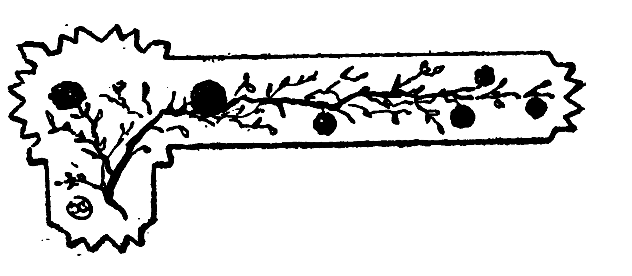
En la santa virtud que de Él emana,
Y mantiene del hombre en la conciencia
El puro rosicler de la mañana;

En la verdad que brota de la ciencia
Y en la absoluta que á los cielos guía;
En el amor que endulza la existencia,

Y en tí, mi bien, mi orgullo, mi alegría,
Dulce consuelo que mis penas calma,
Perpétua luz de la existencia mía,
¡Padre del corazón! ¡Padre del alma!

Enero, 1876.





Á MI MADRE.

AL recordarte, madre, aunque maltrecho
Está mi corazón, vivo golpea
La quebrantada cárcel de mi pecho;

Mi labio bendiciones balbucea,
Y truécase en suspiro, en leve brisa,
El grito de furor que en mí bravea.

¡Cuán triste llego á tí! ¿Ves mi sonrisa?
Es del dolor la amarga crispatura,
¡Ay! del dolor que hoy llevo por divisa.

En tí busca consuelo mi amargura;
El hombre es sordo á la desdicha ajena;
Tú, fuente inagotable de dulzura.

¿Quieres, madre, saber cuál es mi pena?
Mi pena es el vivir. ¡Ay! que la vida
Al tormento del mundo me condena.

Tengo en el corazón tan mala herida,
Que cuanto más la curo más se encona.
¡Ay, déjame llorar, madre querida!

¡Sólo el llanto consuelo proporciona!
¡Las lágrimas del triste son las perlas
Que engarza el Hacedor á su corona!

No sufras, pues, en mi semblante al verlas:
Cual sombras de dolor en mi alegría,
Hallo placer á veces en verterlas.

La existencia, que es sólo una agonía
Prolongada y cruel, yo la bendigo,
Porque tú me la has dado, madre mía!

Y por hallar en tu regazo abrigo,
Por imprimir mis labios en tu frente,
Decirte ¡madre! y sonreir contigo;

Por verte, por oirte solamente,
Cien mil veces nacer apeteciera,
Al dolor de la vida indiferente.

¿Donde dicha más grande y verdadera,
Placer más hondo ni gloriosa palma,
Que en un beso en que va la vida entera

Y al espíritu lleva paz y calma,
Confundir de la madre el—¡hijo mío!—
Con la tierna expresión—¡madre del alma!—?

¡Ah! cuando pienso que el destino impío,
Ese dulce placer á un hombre niega,
Siento, entre accesos de calor y frío,

Un vértigo en la mente que me ciega,
Y en el pecho la angustia pesarosa
Del que quiere llegar y nunca llega.

¿Qué es el hombre sin madre cariñosa?
Pájaro triste que perdió su nido
Y en su azoradó vuelo no reposa,

Hasta que ya, de revolar rendido,
Plega sus alas y se viene á tierra
De la muerte en los brazos recogido.

¡Huérfano triste! Con su sino en guerra,
Va mendigando amor y no lo halla;
De su espantosa soledad se aterra;

Y al gritar «¡madre! ¡madre!»... todo calla,
Menos los angustiosos estertores
De su oprimido corazón que estalla.

Pone la muerte fin á sus dolores...
¿Y quién llora en su tumba? Sólo el cielo,
Dulce rocío que se trueca en flores.

¡Cuán feliz soy en cambio en mi desvelo!
Si el grave peso del dolor me abruma,
Llevo á tí la memoria y me consuelo.

Á tu vista, disípase la bruma
Y puéblase de flores la enramada,
Bebe el aire tu aliento y se perfuma;

Te escucha el ave y canta alborozada,
Te mira el sol y de esplendor se viste,
Y la estrella palpita á tu mirada.

Y es que hallo hermoso y grande cuanto existe
Si lo miro en tus ojos, y en tu ausencia
El mundo es para mí desierto triste.

¡Si vieras con qué dulce complacencia
Entretengo en la mente la memoria
De mis pasados años de inocencia,

Cuando sólo mirarte era mi gloria,
Cobijarme en tu seno mi ventura,
Y conseguir tus besos mi victoria!

Á veces, me parece que aún murmura
Tu boca una oración junto á mi oido,
Llena de fé, de encanto y de ternura;

Y que en tu seno santo recogido,
Y por sonoros besos arrullado,
Soñando con tu amor me hallo dormido.

¿Te acuerdas? Tú feliz y yo á tu lado,
Sin miedo al porvenir que hoy me da miedo,
Libre de la memoria del pasado,

Que de la mente desterrar no puedo,
Y de este ciego ambicionar vehemente
Al que quisiera resistir y cedo,

Mi vida, entonces, plácida y riente
Se deslizaba cual gallarda nave
Por un dormido lago trasparente.

Con la inocencia del que nada sabe,
Creía al escuchar de un ave el canto
Que sólo para mí cantaba el ave.

Si teñidas de grana y amaranto
Las nubes se extendían por la esfera
Ó derramaban su fecundo llanto;

Si al beso de la brisa lisonjera,
En flores los capullos se trocaban
Saturando de aromas la pradera;

Si las olas del mar roncas bramaban
Y al dar en los peñascos con estruendo
Deshechas en espuma se irisaban;

Y el sol, tras la montaña apareciendo,
Calor, y vida, y formas, y colores
Iba sobre los seres esparciendo;

Juntando á los del mundo mis clamores
«Para mí se han creado—me decía—
»Aves, aromas, luz, nubes y flores;»

¡Ay! que inocente y cándido, creía
Que el mundo era tan sólo un panorama
Que á mi encantada vista se ofrecía.

Una voz que sonidos no derrama
Y distinta en el alma se percibe,
Gritaba en mi interior, diciendo «ama;»

Cual hoy la escucho que me dice «escribe;»
Y volvía á gritar «ama y espera,»
Añadiendo después «espera y vive.»

Y esperanza y amor, la vida entera
Cifré en tí con pasión inextinguible
Que no puede morir, aunque yo muera,

Y que dulce, serena y apacible
Brotó en mi corazón, cuando en la cuna
Me arrullaba tu canto indefinible.

Hoy, el sueño de ayer es mi fortuna;
Así cuando en la mente combatida
Lo oscurece una sombra inoportuna,

Siento, al ver mi ilusión desvanecida,
El angustioso afán del moribundo
Que vivir quiere y se le va la vida.

¿Cómo decirte ahora el mal profundo
Que mi pecho desgarra, y el sendero
Por donde van mis pasos en el mundo?

De tal empresa, madre, desespero;
Porque al hablar de tí lo olvido todo,
Y sólo sé decirte que te quiero.

Á pintarte mi afán no me acomodo;
¿Quién—dí—si con el cielo está soñando
Baja á la tierra á remover el lodo?

¡Ay, déjame soñar! El soplo blando
Del aura, que suspira dulcemente,
Tu nombre está á mi oido murmurando,

Y en el cristal de la serena fuente,
Hallo en mi venturoso devaneo
Retratada tu imagen sonriente.

Que es tan grande el poder de mi deseo,
Que á donde quiera que los pasos guío,
Tu nombre escucho ó tu semblante veo.

Yo no sé si es verdad ó desvarío;
Pero cuando en las noches de desvelo,
Ya fatigado el pensamiento mío,

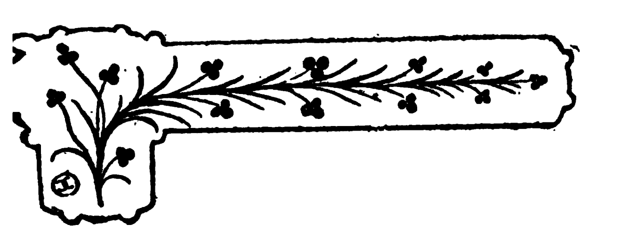
Como buscando luz, miro hacia el cielo,
Te diviso en la sombra impenetrable,
Mi espíritu va á tí con loco anhelo,

Y cayendo en arrobo inexplicable,
Me parece que escucho en lo infinito
De tu acento la música inefable.

¡Madre del alma, adios! Besa este escrito
Reflejo apenas de mi amor profundo,
Que besándolo tú, será bendito,
Y de blasón me servirá en el mundo.

Febrero, 1876.





EPÍSTOLA NECROLÓGICA

DIRIGIDA AL

SR. D. GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE

CON MOTIVO DE LA MUERTE DEL

SR. D. JOSÉ FERNÁNDEZ-ESPINO.

El mismo soplo que apagó su vida
Encendió la que existe tras la muerte.
¿Á qué llorar, Gonzalo, su partida,

Si despojado ya del polvo inerte,
Que en el mundo al espíritu encadena,
Goza del justo la envidiable suerte;

En tanto que la vida nos condena
De las pasiones al combate rudo,
Á trabajo cruel y amarga pena?

Llore aquel triste que, de fé desnudo,
Á comprender un más allá no alcanza,
Después de roto de la vida el nudo;

No el que alienta en su pecho la esperanza
De que, al ir á la muerte caminando,
Va hacia lo eterno y hacia Dios avanza.

Mas te estoy neciamente aconsejando:
Sé que no ha muerto, que á vivir empieza,
Que no debo llorar, y estoy llorando!

Tal es del sér humano la flaqueza;
Luchan en él razón y sentimiento,
Y vence el corazón á la cabeza.

¿Qué me importa que aún viva, si no siento
De su voz las caricias en mi oido,
Ni reverbera en mí su pensamiento,

Y sólo restan, de su sér querido,
Cenizas que mañana serán nada,
Y un nombre que camina hacia el olvido?

Y grítame la fé con voz airada:
«Calla, infeliz, y tiende á lo infinito
De tus nublados ojos la mirada;

«Allí con soles el Señor ha escrito:
—Sólo cambia la forma, todo es vida;—
Y tan sólo dudarlo es un delito.

»¿Qué parte de su sér está perdida?
Ninguna: la materia deleznable,
Que ya juzgas en nada convertida,

»Vaga á tu alrededor, tenue, impalpable,
Y en su eterno bullir se transfigura,
Conservando su esencia inalterable.

»Gira de sér á sér á la ventura;
De la tierra á la flor, la arrastra el viento,
Truena en las nubes, en el sol fulgura,

»Y al hallarte, en su raudo movimiento,
Quizás da brío á tu cansada mente,
Llanto á tus ojos y á tu vida aliento.

»Y, si hasta el mismo polvo es persistente
Y sus débiles átomos fecundos,
¿Podrá morir el alma inteligente?

»Surcando va los ámbitos profundos
De la inmensa creación, á Dios subiendo
Por la infinita escala de los mundos.

»¡Su muerte lloras con afán tremendo!
Mas al llorarlo con angustia tanta,
¿No está en el fondo de tu sér viviendo?

»Y hasta en tu lira, cuando triste canta
Y el lenguaje del genio balbucea,
¿La voz del profesor no se levanta?

»¿Qué sonido dará que eco no sea
Del que prestó á tu mente fantasía,
Fuego á tu corazón, luz á tu idea?

»Y aunque llegase, al fin, el triste día,
Que su nombre cayese en el olvido,
¿El fruto de su ingenio moriría?

»Cuanto la humanidad ha producido
Es eterno también: la voz primera,
Que lanzó el primer sér, no se ha perdido;

»Retumba aún en la celeste esfera,
Con las voces mezclada y confundida
Que dió después la humanidad entera.

»Gota á gota la fuente toma vida,
Forma el arroyo, se convierte en río
Y los mares ensancha engrandecida.

»¿Quién dirá al resistir con débil brío,
Esas olas de empuje soberano,
Que fueron leves gotas de rocío?

»Pues gota á gota el pensamiento humano,
Fuente, y arroyo, y río que alborota,
Forma, al fin, de la ciencia el oceáno.

»¿Y el hombre acaso, en su ceguera, nota,
Que ese mar que hacia Dios se precipita,
Se ha formado también gota por gota?

»¡Que ha muerto dices! No: do quier se agita;
Eternos son su nombre y su memoria,
Vive en el todo y en tu sér palpita.

»Aquí, el ejemplo de su noble historia
Y el fruto de su ingenio permanecen;
Su espíritu está en Dios, lleno de gloria!»

¿Oyes, Gonzalo? Pues mi pena acrecen
De la fé y la razón las voces santas
Y mi abatido espíritu estremecen.

¿De mi punible ceguedad te espantas?
¡Las voces con que grita el sentimiento
Son tan irresistibles y son tantas!

Do quiera escucho funeral lamento;
El arroyo, la fuente bullidora,
Las secas hojas que arrebata el viento,

El ronco mar, el ave arrulladora,
Dan cánticos de pena y de amargura;
Todo reza, suspira, gime y llora.

Ya murió el justo, la virtud murmura,
El sabio sucumbió grita la ciencia,
Gime el arte en su triste sepultura,

Enmudecen poesía y elocuencia,
Y encuentro en todo soledad y calma,
Esa calma terrible de la ausencia.

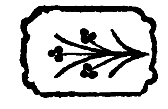
Y apenas veo, en mi dolor, la palma
Que alcanzó su saber. ¡La luz no existe
Cuando se llevan sombras en el alma!

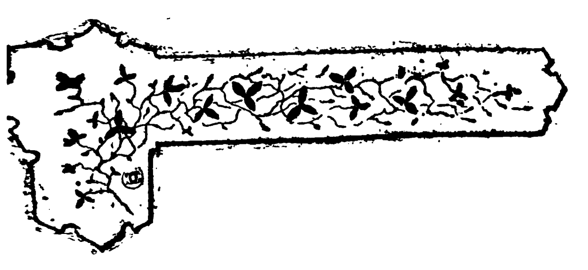
Cuanto miran mis ojos luto viste,
La risa del placer la juzgo llanto
Y el suspiro de amor gemido triste...

¿Qué hacer sino dar rienda á mi quebranto,
Si en vano la razón vencerlo trata,
Y nada me consuela, y sufro tanto?

El raudal de tus lágrimas desata
Y, como yo, tu duelo satisface;
Que tan vivo dolor, sólo no mata
Cuando en llanto y suspiros se deshace.

Mayo, 1875.





LA FE.

AL CANTOR DE LA DUDA

EL EMINENTE POETA

D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

I.

La musa del dolor llora, suspira,
Toma del niño el tembloroso acento;
Mas no arranca á las cuerdas de la lira
La voz tonante que estremece el viento
Y en tus sublimes cánticos se admira.
Si cantaste la duda consternado,
Del vate la misión dando al olvido,
Es que, más bien que ciego, deslumbrado,
No sordo á la razón, sino aturdido,
El pensamiento tuyo deliraba
Por la fiebre del genio enloquecido.

II.

—«La fé agoniza, la virtud acaba,
El valor en los pechos languidece,
Se oculta la verdad tras el sofisma,
La esperanza al nacer se desvanece
Y Apolo mudo en su dolor se abisma.
Presa de un infernal desasosiego,
La multitud se entrega á las pasiones
Atropellando, en su apetito ciego,
Derecho, libertad y religiones.
Ritos, tronos, altares, leyes, hechos,
Van en vertiginoso torbellino
Rodando aglomerados y deshechos
Al rudo empuje de fatal destino.
Sucede á la razón la ardiente tea
Y en cabañas, y en tronos, y en altares,
Con roja luz vivísima flamea;
Con el ronco bramido de los mares
Todo en profundo abismo se derrumba,
Y es ya la tierra solitaria tumba
Formada por escombros seculares.»—

III.

Dices en triste soledad sumido,
Como el ave nocturna y agorera
Que en la musgosa ruina forma el nido,
Y la honda calma de la noche altera
Con el canto imponente y dolorido

Que angustia, atemoriza ó desespera.
Apartando la vista del oriente,
Donde la luz del porvenir fulgura,
Lo mismo que en la aurora, sonriente,
Alzas de la espantable sepultura
El hórrido esqueleto del pasado,
Y envolviendo en lujosa vestidura
Su cuerpo por los siglos descarnado,
Gritas á la ignorante muchedumbre:
«Si no quieres vivir desconsolada,
Abraza con amor estos despojos;
No hay más luz que en la tierra nos alumbre
Que la que brota triste, amortiguada,
De las cuencas vacías de estos ojos.
Yo arrastro de la vida el peso grave
En el desierto mundanal perdido,
—Añades con pesar:—*yo soy un ave*
Que llegó sola y sin amor al nido.»

IV.

Da treguas al amargo desaliento
Para llegar al bien, siempre infecundo,
Y en alas de tu osado pensamiento
Ven y recorre la extensión del mundo.
Rugiendo el mar y levantando bruma,
Azota los peñascos con rudeza,
Ó callado en la orilla deja impreso,
Con algas, conchas y rizada espuma,
En curva desigual, su dulce beso.

Los flotantes girones de las nubes,
Por rumorosos vientos impelidos,
En el vasto horizonte se amontonan,
Y por el sol, de púrpura teñidos,
Las azuladas cúspides coronan.
Atronando el torrente se despeña,
Contiénese en el llano, y con voz grata
Murmura entre las guijas y la breña
Deshecho en hilos de luciente plata.
Su roja cabellera el sol extiende,
Y huye la sombra: brillan los colores
Y el átomo en la atmósfera se enciende.
De las ondas, las fuentes y las flores
Se mecen en la brisa, perfumados
Y en melódico ritmo encadenados,
Besos, notas, suspiros y rumores.
Todo es belleza, luz, arte, poesía,
Y sin cesar al cielo se levanta,
En torrentes de mágica armonía
El himno inmenso que la vida canta.

V.

¿Aún dudas y ves sólo en tu camino
Miseria, luto y sangre, llanto y guerra?
Adelante, incansable peregrino,
Y verás que del hombre es el destino
Ir sembrando milagros por la tierra.
Que si es polvo su cuerpo, y está escrito
Que polvo vuelva á ser mísero y vano,

No es polvo el pensamiento soberano
Que mira, alcanza y mide lo infinito.
Ese soplo de Dios, llama creadora,
Mueve y dirige la potente mano
Que tantas maravillas elabora,
Arranca el velo al misterioso arcano,
Que ocultas las verdades atesora;
Á las leyes del cálculo sujeta
El vuelo arrebatado del cometa,
Que arrastra en pos de sí flecos de oro
Y rápido en lo inmenso se sepulta;
Cuenta, como el avaro, su tesoro,
Los soles de la oscura nebulosa
Que la distancia á la mirada oculta;
De los astros asiste al nacimiento;
Contempla su ruina desastrosa,
Y cual Titán de poderoso aliento,
En lucha desigual con la tormenta
Cuando amenaza con el rayo al mundo,
Se lo arranca, lo sume en el profundo
Y ante Dios victorioso se presenta.

VI.

El hombre que tú juzgas miserable,
Se halló, al nacer, sin pan y sin abrigo,
Á todos los dolores vulnerable,
De la naturaleza vil mendigo,
Á la ciega ignorancia encadenado
Y envuelto en un problema indescifrable.

Y confuso, abatido, atormentado,
Cuando morir dejábase impotente,
Mira á los cielos, y al alzar la frente
Y retratarse el sol en su pupila,
Despierta en él adormecida idea,
Y como el Hacedor gritando «*Sea,*»
Corre animoso á socavar la gruta,
Hace el fuego brotar, la piedra afila,
Sujeta á su poder la fiera hirsuta,
Cubre su cuerpo tosco, el barro amasa,
Apacienta el rebaño, ara la tierra,
Y en necesaria y fratricida guerra,
La patria funda al defender la casa.
¿Y aún no calla tu voz doliente y grave?
Desconoces el bien que has recibido:
Mira á tu al rededor: ¡Tú eres un ave
Que halló formado y con calor el nido!

VII.

Has llegado á la vida, cuando el hombre
El imperio del mal tiene vencido,
Y tomas posesión del gran legado
Que él á fuerza de tiempo y de constancia
Para hacerte feliz ha atesorado.
Permite, gran poeta, que me asombre
De tu dolor que todo lo ennegrece,
Del amargo y profundo desaliento
Que desvía del bien tu sentimiento
Y tu razón clarísima oscurece.

Si aún consideras mísera y liviana
La ciencia augusta que la especie humana
Acumuló en los siglos y hoy te ofrece,
¿No te hará bendecir la inteligencia
La humeante y audaz locomotora,
Que al rodar velocísima parece
Aborto colosal de la demencia,
Delirio de la mente soñadora?
¿Qué gigante poder, qué férrea mano
La arrastra retemblando por el llano,
La hace subir el empinado monte
Y trasponer veloz el horizonte?
Un vapor impalpable, un humo vano
Que en cilindros de hierro el hombre encierra,
Y le obliga á llevarlo por la tierra
Y el impulso á vencer del Océano.

VIII.

El hombre es un gigante poderoso;
Él horada los montes, profundiza
Las entrañas ocultas del planeta,
Diques opone al mar y le sujeta,
Saca de madre el río caudaloso
Y por un nuevo cauce le desliza,
Acerca las orillas con los puentes,
Monta el globo y penetra en el vacío,
Y llega á tal su inmenso poderío,
Que separa los viejos continentes.
Él alza las soberbias catedrales

En donde busca el pecador contrito
Alivio á su dolor, fin á sus males,
Ante la imagen de Jesús bendito.
Él se agita en la fábrica estruendosa
Que á Dios eleva su clamor inmenso,
Envuelto en la humareda nebulosa
Que del noble trabajo es el incienso;
Y mejorando siempre su destino
Ata los pueblos en estrecho abrazo
Con el lazo de hierro del camino
Y de la idea el impalpable lazo.

IX.

Si ayer esclavo vil ó siervo era,
Hoy la cabeza del tirano aplasta
Y libertad y honra recupera;
Rinde culto á la fé, no al fanatismo,
Redime á la mujer, que antes viviera
Á esclavitud inícua condenada,
Tiene clara conciencia de sí mismo,
Enfrena su pasión desordenada,
Con el estudio sus instintos doma,
Y en Dios ve amor, no furia desatada.
No del mundo moral que se desquicia
Son los restos que ves en tu camino.
La mano del derecho y la justicia
Que arrasó el Asia y abrasó á Sodoma,
Cumpliendo con las leyes del destino
El edificio del error desploma.

X.

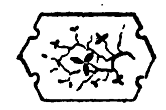
No te abandone el varonil denuedo;
Se despojan del mal las sociedades
Como el cielo, sufriendo tempestades
Que sólo al débil sér infunden miedo.
Huye la soledad, huye el quietismo
En que el alma se enerva y languidece.
Sin lucha no hay virtud: lucha y ofrece
Á Dios el vencimiento de tí mismo.
Si en otro tiempo el alma dolorida,
Muerta su fé, viviente su egoismo,
Se encerraba en el claustro silencioso
Robando á las demás, como el suicida
El concurso preciado de su vida
Para yacer en criminal reposo,
Hoy que comprende su misión sublime
Ve en el claustro, que viejo se derrumba,
No lugar de descanso, sino tumba,
Y vive, y lucha, y vence y se redime.
Que no se acerca á Dios quien duda, gime,
Se resigna al dolor, débil se abate,
Y sumido cobarde en la indolencia
Se entrega al mal sin empeñar combate;
Sino aquel que arrogante y animoso,
Si vencido una vez, jamás domado,
Fiero batalla por su bien ansioso
Sin desmayar su fé ni su esperanza;

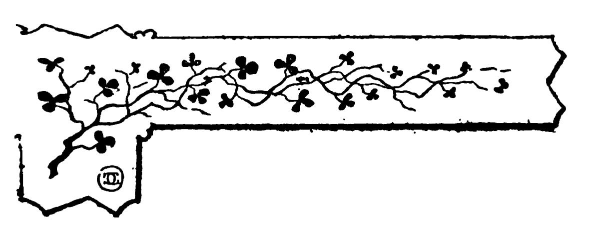
Porque luchando así, siempre el soldado
Ó vivo ó muerto la victoria alcanza.

XI.

Y en lugar de morir triste, abatido,
En el silencio y en la sombra oculto,
Por extrañas visiones perseguido,
Y al miedo y al dolor rindiendo culto,
Como el mártir morir, como el valiente
Que sin hacer á su misión agravios
Muere mirando al cielo frente á frente,
Blandiendo altivo victoriosa palma,
El himno de la fé puesto en los labios
Y la esperanza en Dios viva en el alma.

Julio, 1876.





LA DESCONFIANZA.

CUENTO.

Á.....

I.

Conociste á la huérfana Leonora?
Pues era bella como tú, alma mía;
Pues, como tú, tenía
En las mejillas, tintas de la aurora,
Algo del cielo en los azules ojos,
Ricas hebras de sol por cabellera,
Preciado almíbar en los labios rojos,
La seducción de la mujer primera
De formas y apostura esculturales,
Y el sello de ideal melancolía,
Que guiado por artes celestiales,
Dió Murillo al semblante de María.

II.

Lo mismo que la tuya, su mirada,
Dulce como un halago, y luminosa
Como el ténue reflejo blanco y rosa
Con que se anuncia el sol en la alborada;
Á todo sér por ella iluminado,
Le inducía á soñar cosas del cielo;
Y dotada de mágica influencia
Llevaba la inquietud al desalmado,
Á los tristes consuelo
Y confusión al fuerte y al osado;
Que cuando la inocencia
En unos bellos ojos resplandece,
Y esos ojos nos miran, nos parece
Que escudriñando están nuestra conciencia.

III.

Al desplegar su boca la sonrisa
Con que el candor del alma la engalana,
Y que en la tuya siempre se divisa,
Parecía una flor de nieve y grana
Abriéndose á los besos de la brisa.
Y su voz, si es que es voz ese sonido
Que deleita, seduce y estremece,
Que se apaga en el viento y no fenece,
Pues vibra eternamente en nuestro oido,
Cantando una perpetua melodía

Que dulces notas llora,
En confusión armónica, reunía,
Al perderse en el aire en suave giro,
El fervor del acento del que ora,
La languidez de la amorosa queja,
La rítmica cadencia de un suspiro
Y el misterio de un eco que se aleja.

IV.

Una palabra sola,
Una mirada amante,
Trocaba en el color de la amapola
El rosado matiz de su semblante;
Y de bellas modelo,
En virtudes llevábase la palma,
Pues, sin ser niña, conservaba el alma
Con la pureza que bajó del cielo.
Sensible aún más que hermosa,
De la brisa al rumor se estremecía,
Y saturada el alma de poesía,
Al ver una pintada mariposa
Libando en una flor, se sumergía
En gratos sueños de color de rosa.

V.

Superaba á su clara inteligencia
El instinto, la fuerza sobrehumana,
Que presta á la mujer *sobrada ciencia*,
Para arrancar secretos al mañana

Y leer de corrido en la conciencia;
Que cual brota la flor y se abre al viento
En la selva escondida,
Al soplo misterioso de la vida
Que imprime á la creación el movimiento,
Brota en ella la luz del pensamiento
Radiante y virginal, como encendida
Del mismo Dios por el vital aliento.

VI.

Esta aserción no extrañes en mi labio.
¿Cuántas veces el sabio,
Tras una lucha ruda y fatigosa
En que sufre del alma los dolores,
No hallando la verdad apetecida,
La escucha de los labios de una hermosa
Que no ha aprendido más que á coger flores
En los bellos umbrales de la vida?

....

Sí; la mujer es arte, y genio, y gloria,
Inspiración y aliento del profeta,
Sibila eterna, musa de la historia,
Corazón, vida y alma del poeta!

VII.

Cuanto era angelical y soñadora
La huérfana Leonora,

Era adusta y sombría
La encanecida anciana
Que de escudo en el mundo le servía.
Era aquélla el albor de la mañana,
Y ésta la sombra con que muere el día.
Contrarios en sentir sus corazones,
Cuando Leonora hablaba de ilusiones
Historiaba la anciana desengaños,
Siempre dispuesta á dar esos consejos
Helados por la nieve de los años,
Que brotan de los labios de los viejos.

VIII.

«Es cuanto existe, para mí,—decía,
Teñido el rostro de carmín Leonora—
Música, luz, amores y poesía.
Cuando surge la aurora
Arrastrando su manto de escarlata,
En el movible espejo de los mares
Se mira el cielo azul y se retrata;
Canta el ave, y semejan sus cantares
Vibraciones de láminas de plata;
Halla la brisa flores en sus giros,
Y las mece y arrulla con suspiros,
La luz se quiebra en múltiples colores,
Las nubes se revisten de amaranto,
En pebeteros truécanse las flores,
Y en medio del concierto de esta vida

De luces, de sonidos y de amores,
Siento ansias de querer y ser querida;
Una tierna emoción me arranca llanto
Cual si fuese el placer pesar profundo,
Y postrada ante Dios, uno mi canto
Al coro universal que entona el mundo.

IX.

Deja, abuela, por Dios, que me desvíe
De tu amarga doctrina. ¿Acaso puedo
Mirar al mundo, como tú con miedo,
Cuando todo en la tierra me sonríe?
¡Que te escuche! Se niegan mis oidos;
Tu voz en mi alma á penetrar no alcanza,
Porque tengo ocupados los sentidos
Con sueños de ventura y de esperanza.
En vano, en vano con afán me advierte
Que he de ver mi ilusión desvanecida,
Que hallaré la verdad sólo en la muerte,
Que es un sueño la vida,
El placer una sombra, la ventura
Humo vano que el viento desvanece
Y el amor ¡el amor! luz que fulgura
Un instante tan sólo y desparece;
Que yo abrasada por oculta llama
Y obediente á la voz de mi deseo,
Que me grita:—Mujer, espera y ama—
En el amor y en la ventura creo;

Y, como del desierto en lo profundo
La palma, al ondular su cabellera,
Da á la brisa, de amor beso fecundo,
Y la brisa en sus alas de topacio
Lleva el beso de amor á otra palmera
Por la senda invisible del espacio;
Con el dulce rumor de una plegaria,
En el silencio de la noche umbría,
Tiernos suspiros con la brisa envía
Á otra alma solitaria,
Abrasada de amor el alma mía.»

X.

Y la abuela impasible,
Á tales arrebatos de elocuencia
Oponía la lógica inflexible
De su amarga experiencia.
¿Quién venció en este duelo?
¡Ay! el ángel aquel de ojos de cielo,
Todo fé, todo amor, todo esperanza,
Sintió al fin en su pecho algo del hielo
Que engendra la crüel desconfianza.

XI.

Tres años han pasado, y ya Leonora,
Enfermo el cuerpo, el alma envejecida,
Meditabunda en vez de soñadora,
Piensa más en la muerte que en la vida.

Pues cree la pobre joven—influida
Por los tristes consejos de la anciana,
Que en combatir toda ilusión se aferra,—
Que maldita de Dios la especie humana
Marcha sembrando males por la tierra.
Ya no ve en la mañana
Un concierto de luces y sonidos,
Ni alegremente engríe
Con sueños de ventura sus sentidos.
Ya, al sonreir el cielo, no sonríe,
Ni el llanto del placer su rostro baña,
Ni á Dios, cantando como el ave, adora;
Llora tan sólo de pesar, si llora,
Y creyendo que el diablo la acompaña,
No por amor, por miedo reza y ora.

XII.

Si alguna vez el pensamiento lleva
Á los pasados años de ventura,
Y el placer en su alma se renueva,
Rechaza ese recuerdo con pavura;
¡Ay! persuadida de que aquí en el suelo
Es un crimen gozar, y que es preciso
Vivir en el martirio y en el duelo
Para alcanzar después el Paraiso.
Y á sus instintos hace cruda guerra,
Dentro del alma la pasión sofoca,
En dura cárcel su razón encierra,

Desconfía del mundo y le maltrata,
Llora en la soledad como una loca
Y poco á poco su dolor la mata.

XIII.

Y al ver que va á morir ¿qué hace la abuela?
«Ya llegaste al final de tu calvario.
¡Cómo ha de ser!»—murmura—y se consuela
Repasando las cuentas de un rosario.

. . . .

XIV.

Su conciencia se hubiera estremecido
Quizás, á haber leido
Estas frases de duelo y de amargura
Que escribió en un esfuerzo sobrehumano,
Casi al morir, la niña sin ventura,
Y que aún estruja su crispada mano
Dentro de la espantable sepultura:
«Contigo, á quien no he visto, y sé quién eres,
Espíritu del hombre á quien he amado,
Que tampoco me has visto, y que me quieres,
Pues cual yo te soñé, me habrás soñado,
Conversar un momento necesito
Para morir en paz, para dar calma
Á la lucha moral en que me agito.
»Tú eres alma gemela de mi alma,

Desmantelada nave que navega
En el mar proceloso de la vida,
Y nunca á puerto de ventura llega,
Por encontrados vientos combatida.
»Tú podrás sólo comprender mi duelo,
Espíritu invisible,
Tú, que gimes cual yo, en el desconsuelo
Sosteniendo una lucha insostenible.
»¿Es un crimen amar? ¿Es la esperanza
En las dichas terrenas torpe engaño?
¿Es un bien la cruel desconfianza
Y una felicidad el desengaño?
»¿La fé en los hombres, el afán de vida,
Las doradas risueñas ilusiones
Que el alma forja de placer henchida,
Envenenan quizás los corazones
Como frutos de planta maldecida?
»¿Se acerca más á Dios quien en la tierra
Huye dichas, placer, encanto, amores,
Y en soledad tristísima se encierra,
Buscando del martirio los rigores,
Ó aquel que, sin luchar con el destino,
La vida goza en calma, en la creencia
De que es nuestra existencia
Inapreciable don del Sér Divino?
»¿Debemos sofocar dentro del alma
El ciego impulso que á gozar nos guía?
¿No hay en la tierra paz, dicha ni calma,
Ni se pueden hallar en armonía

La razón y el instinto, y los deberes
Con el amor al mundo y sus placeres?
»Lo ignoro; sólo sé que envenenada
Por la amarga ponzoña de la duda,
He vivido en la tierra desdichada,
De esperanza, de fé, de amor desnuda.
»Que al alma, en las pasiones con que lidio,
Maltraté con rudeza abominable,
Y el martirio del alma es un suicidio,
Un suicidio moral imperdonable.
»Sí; en el instante en que morir me siento,
Y en que el alma del cuerpo se separa,
Brilla con nueva luz mi pensamiento
Y mis dudas aclara.
»Por la tierra á los cielos se camina
Si el amor nos alienta,
Si la dulce esperanza nos sustenta
Y la luz de la fé nos ilumina.
»Sentir, soñar, creer; así se avanza
Hacia el trono de Dios: hace más daño
Al alma la crüel desconfianza
Que el amargo dolor de un desengaño.
»¡Espíritu á quien hablo en mi deseo!
Voy á morir; si en loco devaneo,
Ayer al recordarte maldecía,
Hoy te adoro con tal idolatría
Que lo mismo que en Dios en tu amor creo.
»Se unirán nuestras almas: está escrito;
Y tendrán al gozar tanta fortuna,

Su tálamo nupcial en lo infinito
Y á Dios por sacerdote que las una.»

....

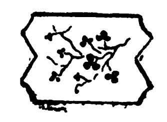
....

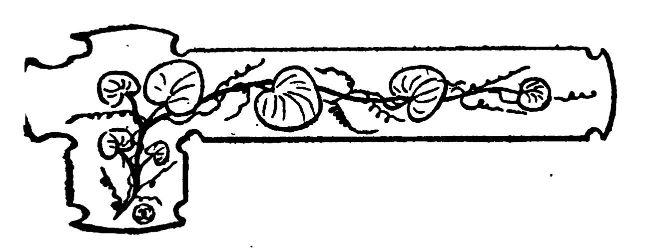
XV.

Intenta proseguir y ya no puede,
Y estrujando aquel pliego con firmeza,
Inclina la cabeza
Y otra vez al rigor de su mal cede.
¿La ves? Ya va espirar. De su belleza,
De su encanto y su gracia peregrina,
Tan sólo queda un sello de grandeza,
La triste majestad de una ruina.
¡Pobre niña! es un ángel, y se muere
Como el malvado, que en horrible duelo,
Al recordar sus crímenes, infiere
Que no le puede perdonar el cielo.
Su cuerpo de tan raras perfecciones
Amarillo se encuentra y descarnado,
Cual si el fuego interior de las pasiones
Lo hubiese consumido y abrasado;
Márcanse las arrugas de la duda
En su empañada frente;
Late su corazón pausadamente
Sin sangre que á él acuda,
Inerte, débil, frío,
Y muerta ya para pensar la mente

Truécase en estupor su desvarío.
Quiere ver, y sus ojos, que están ciegos,
Al girar con dolor derraman llanto;
Quiere oir, y oye voces de quebranto,
Quiere rogar, y sordos son sus ruegos;
Y aumentando su angustia y su agonía,
De su oprimido pecho surge un grito,
Y queda inerte la materia fría
Y el espíritu vuela á lo infinito!

Julio, 1876.





ANTE UN CRUCIFIJO.

Á MI QUERIRO AMIGO

JULIÁN FUENTES.

I.

INCIENSO, luz, armonía
Llevar quiero á tus altares,
¡Oh Dios! que enfrenas los mares
Y enciendes de un beso el día:
Así que mi alma te envía
Al altar del firmamento,
Como armonía un acento
Lleno de santo fervor,
Como perfume el amor,
Como luz el pensamiento

II.

Cuando ante tí reverente
Á orar me postro de hinojos,
Asoma el llanto á mis ojos
Y lo infinito á mi mente:
Y siento sobre mi frente,
Nublada por el desvelo,
Bajar en callado vuelo
El hilo de luz fecundo
Por donde vienen al mundo
Las bendiciones del cielo.

III.

No pretendo comprenderte,
Ni llegar á definirte,
Tan sólo aspiro á sentirte,
Á admirarte y á quererte.
Quien vaya á tí de otra suerte
Luchará con la impotencia:
Te busca la inteligencia
De los astros en el fondo,
Y tú habitas lo más hondo
Y oculto de la conciencia.

IV.

Sin ternura y sin amor
La mente desatentada
Te busca en lo que anonada,

En lo que infunde terror:
En el rayo asolador,
En la batalla cruenta,
En el volcán que revienta,
En el aquilón que brama,
En el torrente, en la llama,
En la noche, en la tormenta.

V.

El alma te va á buscar
Á donde ve sonreir,
Y hay que amar, y bendecir
Y lágrimas que enjugar:
Ella te ve palpitar,
Prestando vida y calor,
En cuanto respira amor,
En el iris, en la bruma,
En el aroma, en la espuma,
En el nido y en la flor.

VI.

No te anuncia el huracán,
Ni del trueno el alboroto,
Como al sordo terremoto
La aparición del volcán.
Tus pasos por do quier van,
Difundiendo la alegría,
Nuncios de luz y armonía;

Que sólo la bella aurora
Puede ser la precursora
Del astro que enciende e día.

VII.

Cuando los cielos escalas
Llevas soles por joyel
Y te forman un dosel
Los ángeles con sus alas:
Los mundos te ofrecen galas,
Y tú los huellas triunfal,
Envuelto en leve cendal
Del color de los zafiros,
Y en músicas de suspiros
Y de liras de cristal.

VIII.

Como en el yermo la palma,
Como el astro en el vacío,
Pones en la flor rocío
Y sentimiento en el alma.
Truecas la tormenta en calma
Y en dulce sonrisa el lloro,
Y llevando tu tesoro
Á donde el hombre el estrago,
Con flores de jaramago
El erial bordas de oro.

IX.

Mas ¡ay! que mi fantasía
De pintarte forjó el sueño
Y no te alcanza en su empeño
Por ser humana y ser mía;
Que si á tí sus alas guía,
Y cual la nube ondulando
Altiva se va ensanchando
Y á grandes alturas sube,
Al fin, como sólo es nube,
Se va al subir disipando.

X.

¿Y ante tí cuál no se abruma,
Si la de más poderío
Tan sólo encierra el vacío
Como el crespón de la espuma?
¡Que el filósofo presuma
Alcanzar tu majestad!
¡Que te niegue la impiedad!
El pensamiento atrevido,
Como en el aire el sonido,
Se pierde en tu inmensidad.

XI.

Si alguien quiere tu creencia
Arrojar del pensamiento,
Eres tú el remordimiento

Y te lleva en la conciencia;
Con ansia busca en la ciencia
Cómo empañar tu corona,
Mas la ciencia no le abona,
Y entre dudas y entre asombros
Ve que deshecha en escombros
Su Babel se desmorona.

XII.

En vano te envuelve en luz
Y te da pomposo nombre,
Cuando de tí sabe el hombre
No alcanza á más de la Cruz;
Y si extiende su capuz
La noche en su corazón,
Que no busque salvación
En sus abstracciones fijo,
Que mire hacia el crucifijo;
Allí está la redención.

XIII.

Tú, Dios, formaste, al crear
Del universo el palacio,
Con un suspiro el espacio,
Con una lágrima el mar:
Tú queriéndonos probar
Que quien te adora te alcanza,
Como señal de bonanza,

Has dibujado en el cielo
La aurora, que es el consuelo,
Y el iris, que es la esperanza.

XIV.

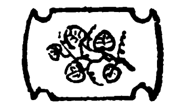
Tu purísimo esplendor
El universo colora,
Como el beso de la aurora
Los pétalos de la flor;
Y si tu soplo creador
En el caos se derrama,
El mismo caos se inflama,
Y entre nubes y arreboles
Brotan estrellas y soles,
Como chispas de la llama.

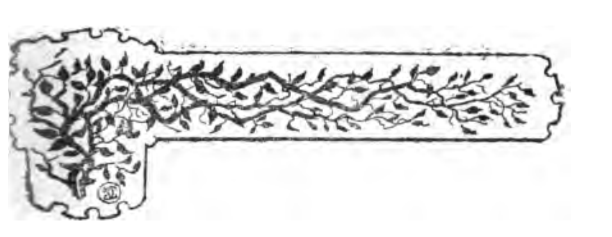
XV.

Así, cuando nada era,
Á tu voz jamás oida,
Tomó movimiento y vida
La naturaleza entera;
Surcó el río la pradera,
Dió la flor fragancia suma,
La luz disipó la bruma
Y tu aliento soberano
La ola hinchó en el Oceano
Y la coronó de espuma.

XVI.

Mas con ser la suma esencia,
Es tu arrogancia humildad,
Tu riqueza caridad
Y tu justicia clemencia;
Pues quiso tu omnipotencia
Las flores por incensario,
El monte por santuario,
Por águilas golondrinas,
Por toda corona espinas,
Por todo trono el Calvario.





EL OTOÑO.

Á MI QUERIDO AMIGO

MANUEL BENJUMEDA.

I.

EL otoño es tristeza y agonía:
Todo en él languidece;
El luminar del día
Oblicuos rayos sin calor envía,
Se aparta del zenit y palidece.
En olvidado surco cae la hoja
Que sirvió de pomposa vestidura
Al árbol que de galas se despoja,
Siendo mudo esqueleto en la llanura;
La locuaz golondrina
Aterida de frío
Á más benigno suelo se encamina;

El agua del torrente enturbia el río,
La brisa se hace cierzo, silba y ruge,
El ave calla, se marchita el fruto,
El mar enronquecido sordo muge
Y amenazante aterra;
La nube tiende por el cielo el luto
Y un sudario de nieve por la tierra,
Y en el monte desierto
Oye el pastor temblando la campana
De la ermita lejana
Con fúnebre clamor tocando á muerto.

II.

En esta triste edad, la pöesía
Como el ave nocturna huye del día,
Busca lo incierto, lo flotante y vago,
Se envuelve de la sombra en el misterio
Y ejerce sobre el alma el mismo imperio
Que el dolor, la ruïna y el estrago.
La que fuera otro tiempo poderosa
No anima, no entusiasma
Y al espíritu abate, enerva ó pasma,
Que se ha trocado la celeste diosa
En pueril y ridículo fantasma.
¿Qué mucho que le aturda la armonía,
Que le cieguen las luces del estío
Y ensalce del otoño la atonía
Si ésta corre parejas con su hastío?

III.

Ya el árbol está seco, el monte cano,
El vapor de la tierra humedecida
Cual si fuese de tumba removida
Habla á los hombres de su fin cercano;
La luz que el sol en el ocaso vierte,
Por la nube parduzca reflejada,
La tierra tiñe de color de muerte...

....

¿Dí, cómo quieres encontrar belleza,
Generación menguada,
Donde todo es dolor, sombra y tristeza?

IV.

¡Oh dulce primavera,
Renacimiento, luz, amor y vida,
Á cuyo soplo alfombran la pradera,
Por el cierzo invernal entumecida,
Lirios violados y purpúreas rosas;
Estación de las aves y las flores
En que hasta los gusanos roedores
Toman alas y se hacen mariposas!
¡Resplandeciente estío
En que la sangre como hinchado río
Con pletórico empuje se derrama
Por las venas azules,

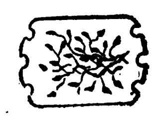
Y no oscurecen blanquecinos tules
De la hoguera solar la ardiente llama;
El de auroras cuajadas de rocío,
El que llena las trojes hasta el colmo
Del fruto sazonado,
Y nos muestra la vid teniendo al olmo
Con retorcido pámpano abrazado!
Vosotros sois mi encanto y alegría,
Y al entibiarse vuestro santo fuego,
Cayendo en la atonía,
Como planta sin riego,
Languidece y desmaya el alma mía.

V.

Quiero, en un cielo azul, un sol radioso
Y que la sombra huyendo de sus llamas
Se ampare al pié del álamo frondoso,
En cuyo grueso tronco carcomido
La abeja haga su miel, y en cuyas ramas
El pardo ruiseñor fabrique el nido;
Que den vida al paisaje
El átomo en la atmósfera encendido,
La espuma que levanta el oleaje,
Los lúcidos colores
De múltiples insectos zumbadores
Y de las bellas aves el plumaje;
Escuchar de la alondra alegres trinos,
De los arroyos plácidos murmullos,

Amorosos arrullos
De tórtolas errantes por los pinos,
Y contemplar la rauda catarata
Por vertiente escabrosa despeñarse,
Romperse en hilos de bruñida plata
Y en lluvia de diamantes desatarse.
Que sólo alienta y vive la poesía
Donde la luz da formas y colores,
Y hay perfumes, y pájaros y flores,
Concertándose, en mágica armonía,
Nidos y besos, cánticos y amores.

Noviembre, 1877.



III.

En un nido de dulces ruiseñores;
En la mansión de amores
Donde del arte se levanta el solio;
En la tierra que se alza el Vaticano,
El Norte del cristiano,
Y el templo de la gloria, el Capitolio.

IV.

Italia, como España, sin fortuna,
Aunque del genio es cuna
Y de la historia corazón gigante,
Y eje del mundo y madre de la idea,
Condenada voltea
En los eternos círculos del Dante.

V.

Allí también naturaleza santa
Eterno idilio canta,
Se templa el sol, el huracán se doma,
Brota el laurel, perfúmase el ambiente,
Es más clara la fuente
Y arrulla más amante la paloma.

VI.

Así que mi nación de amor palpita
Por la tuya bendita,
Gran corazón de la latina raza;
Uniéndolas no sólo en maridaje
Amor; gloria, lenguaje
Y hasta la desventura las enlaza.

VII.

Lloraba yo del arte el decaimiento,
Cuando tu dulce acento,
Vibrando como un arpa enamorada,
Llevó mi vista á tí fija y resuelta,
Y dejó mi alma envuelta
En la esplendente luz de tu mirada.

VIII.

Ante mis ojos ensanchóse el mundo,
Al salir del profundo
Triste letargo que me hiciera guerra,
Como al tocar la cúspide del monte
Se ensancha el horizonte
Y se dilata á nuestros piés la tierra.

IX.

Circuló entonces por el cuerpo mío
Del entusiasmo el frío;
Al magnético influjo de la artista
Latió mi corazón apresurado,
Y te admiré extasiado
Muda el habla y atónita la vista.

X.

Y ni fuí de mí dueño, ni hallé calma:
Arrastrabas mi alma,
Lo mismo á la ventura que al quebranto;
Mi voluntad esclava te seguía,
Con tu risa reía
Y arrancábame lágrimas tu llanto.

XI.

Y te ví dar del genio al pensamiento
Voz, forma, vida, aliento,
Por sobrehumano espíritu inspirada,
Y resolver el mágico problema
De encerrar un poema
En la actitud, el gesto ó la mirada.

XII.

La súplica que tiembla congojosa
Como un ave medrosa,
El ¡ay! desgarrador que al alma apena;
La plegaria que busca lo infinito,
El destemplado grito
Del dolor ó la duda que enagena;

XIII.

El habla del amor, que es un gorjeo
Ó angélico aleteo,
La balbuciente voz de la mentira,
La carcajada, el llanto y el gemido;
Todo humano sonido
Que halla un eco en las cuerdas de la lira,

XIV.

Tu flexible garganta lo articula
Cual la alondra modula
Su dulce trino al remontarse al cielo;
Y el corazón, cuando tu acento vibra,
Queda herido en la fibra
Del espanto, el amor ó el desconsuelo.

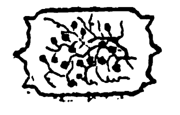
XV.

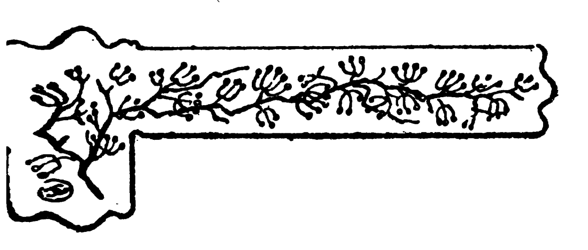
Porque tu genio á simular alcanza,
Lo mismo la esperanza,
Que dulces sueños en el alma evoca,
Que la pasión que fiera nos combate
Con el furioso embate
Del irritado mar contra la roca.

XVI.

Y cuando tiendes á la altura el vuelo,
Como deja en el cielo,
Ráfaga luminosa, astro errabundo,
Te siguen, en tu curso de cometa,
El canto del poeta
Y la entusiasta admiración del mundo.

Diciembre, 1877.





NAPOLEÓN.

UN ESPAÑOL, UN FRANCÉS Y EL POETA.

ESPAÑOL.

Es sanguinario verdugo.

FRANCÉS.

Héroe y gloria de la Francia.

ESPAÑOL.

De ambición mónstruo insaciable,
Que de su renombre en aras
Familias, pueblos, naciones
Destruye con furia insana.

FRANCÉS.

Paladín altivo y fiero
De la honra y de la fama

De su nación, que á la Europa
Sujeta bajo su planta.

ESPAÑOL.

Sus huellas, cual las de Atila,
Marchitan, secan, devastan;
Un reguero de sepulcros
En la tierra las señala.

FRANCÉS.

Brota el laurel de la gloria
En donde fija la planta,
Y el espíritu enervado
En bélico ardor se inflama
Al ser por el rayo herido
Que fulgura en su mirada.

ESPAÑOL.

¿Qué deja sobre la tierra?
La ruina, la matanza,
El incendio, los dolores,
Arroyos de sangre y lágrimas.

FRANCÉS.

Hay muertes que dan la vida;
Purificadoras llamas
Que al producir el incendio
Iluminan y no abrasan;
Dolores que recio temple

Prestan á débiles almas;
Escombros que el sol calcina
Y cubre de musgo el agua,
Mejores que los palacios
En donde habita la infamia,
Como hay llanto que redime
Y sangre que al brotar salva.

ESPAÑOL.

Todas las malas pasiones
Tienen asiento en su alma:
La ambición le aguijonea,
El orgullo le avasalla,
La soberbia le domina,
El egoismo le inflama;
Es su justicia el capricho
Y su perdón la venganza;
Para medrar se precave,
Tiraniza cuando manda;
Pospone á su encumbramiento
La ventura de su patria,
Y nuevo Eróstrato impío,
Por gozar de eterna fama,
Vierte á torrentes la sangre,
Inmola la triste Francia
En las estepas de Rusia
Y de Iberia en las montañas,
Trueca en yermos los verjeles,
Los pueblos quema y arrasa,

Los imperios desmorona,
Las religiones profana,
Y apilando humanos restos,
Que con sangre y llanto amasa,
Los hace escabel del trono
Donde osado se levanta.
Allí el incendio le alumbra,
Su gloria el cañón proclama,
En vez de incienso le envuelve
El humo de las batallas,
Y contempla el mundo atónito
Su apoteosis satánica.
Hasta que al fin, ¡Dios es justo!
Muere lejos de su patria
Corroido por el cáncer
Que devora las entrañas,
Y por el remordimiento,
Terrible cáncer del alma.

FRANCÉS.

En Córcega nace oscuro
Y su valor le agiganta,
Y en medio del semillero
De pasiones enconadas,
De una sociedad convulsa
Que furiosa se desata
Y á los crímenes se entrega
Y camina desbocada,
Como el sol rompe las nubes

Donde alienta la borrasca
Y el noto las barre airado
En la bóveda azulada,
Él los ánimos enfrena
Y las pasiones encauza;
En Austerlitz y Marengo
Da gloria eterna á su patria;
Al empuje formidable
De sus huestes entusiastas,
Atónita tiembla Europa,
El Islam pásmase en África,
Nobles príncipes y reyes
Sumisos besan sus plantas;
Los tronos se bambolean
Cuando fulmina su espada,
Por botín da á los soldados
Los reinos que vence y gana;
Esclaviza la fortuna;
La victoria le acompaña;
Díctale leyes al mundo,
Y cuando tal premio alcanza,
La infame traición le vence,
Y va á morir aquel águila
Á Santa Elena, una roca,
Como su mente, volcánica;
Entre dos inmensidades
Que con su grandeza igualan,
La del cielo que en su tumba
Rayos tropicales lanza,

Y la del mar, que, rugiendo,
Le entona gigante *hosanna*.

EL POETA.

Ni semidios, ni verdugo.
Es la poderosa máquina
Que ciegamente obedece
La voluntad Soberana.
Nace humilde y nace oscuro
Y Emperador se proclama
Para probar que es el genio
La primera aristocracia.
Es ambicioso, egoista
Y tirano cuando manda,
Y al elevarse hasta el trono
Es al pueblo á quien levanta.
Entre horribles convulsiones
El derecho nace en Francia,
Porque todo alumbramiento
Dolor á la madre causa,
Y él lo lleva victorioso
Por la Europa consternada.
Como Atila y Alarico,
Al par que destroza y tala,
Á los pueblos enervados
De su postración levanta.
En el libro de la historia,
Por ley fatal impulsada,
Es una mano de hierro

Que escribe una nueva página
Y le abre la puerta al siglo
De la libertad humana.
Merece, como tirano
Y usurpador, odio y saña,
Admiración como héroe,
Como genio lauro y palmas,
Olvido y perdón como hombre,
Y como ley soberana
De la historia, que Dios guía,
El amor de nuestras almas.





AL SR. D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

EPÍSTOLA MORAL.

Cuando un pueblo en los vicios se encenaga,
Enviado por Dios, surge el profeta
Que con el rayo y con la peste amaga,

Y la indomable perversión sujeta,
Como al indócil bruto con el freno
La vigorosa mano del atleta;

Que quien lleva los vicios en su seno,
Así como los brutos al castigo,
Sólo teme al relámpago y al trueno.

Tú eres poëta, como yo, y testigo
Del mal que á la virtud mina en su base
Y no debes llorar; canta conmigo,

Aunque el dolor tu corazón traspase,
Y sea nuestro canto un anatema,
Lluvia de fuego y huracán que arrase.

Ha de ser inmortal nuestro poema,
Que bien se expresa lo que bien se siente,
Y cuando la virtud es nuestro emblema,

Con la divina inspiración ardiente,
Como sagrada comunión del alma
Recibimos á Dios en nuestra mente.

Es hasta crimen el mirar con calma
Cómo el mal nos corroe y envenena,
Sabiendo que jamás logra la palma

El que se entrega al llanto y á la pena,
Y sí el que aplica con heróica mano
El hierro enrojecido á la gangrena.

¡Que ruede el mal desde la cumbre al llano,
Como el peñón por la centella herido;
Que huya á la luz del genio soberano,

Como al rayo de sol esclarecido,
La sombra corre á la caverna oscura
Donde el ave nocturna tiene el nido!

Así, ante Dios, Luzbel, que es la locura,
El odio y la soberbia, huyó al profundo,
Presa el alma de insólita pavura.

¿Es invencible el mal, y fué infecundo
El torrente de sangre que vertiera
En el Calvario el Redentor del mundo?

¡Ay! en el hondo afán que nos altera
Nos parece que al Tártaro lanzada
Será por Dios la humanidad entera.

Por viles apetitos impulsada,
Se precipita ciega en el abismo,
Sin levantar al cielo la mirada,

Enérvala fatal escepticismo,
Apagada su fé, fuerza divina
Que á los débiles lleva al heroismo,

Y del vicio en la copa cristalina
Bebe el veneno que traidor, callado
Entre misterio y sombras asesina.

¿Quién opone, al torrente desbordado
De la humana pasión, valla, ni coto,
Si al espíritu débil y angustiado

Agita fiero, cuando el cauce ha roto,
Como sacude la espantada tierra
La brusca convulsión del terremoto?

¿Y quién no desfallece en esta guerra,
Si al vislumbrar de lejos la esperanza,
Oscura nube el horizonte cierra,

Y á donde quiera que la planta avanza
Halla oculta la espina punzadora
Ó el lazo que le tiende la asechanza?

¿Quién al ver tanto mal no duda ó llora?
Feroz agita la incendiaria tea
En los campos la guerra asoladora,

Y en los ojos del hombre centellea
El odio vil, y del hermano el pecho
Busca el arma homicida en la pelea.

En ruinas todo está, todo deshecho:
Corrompida se vende la justicia,
La fuerza y el favor son el derecho,

La inocencia sucumbe á la malicia;
En tanto que en la plaza se alza el tajo
De Jesucristo el templo se desquicia;

El ocio vence al redentor trabajo,
Y ve el alma, transida de amargura,
El vicio arriba y la ignorancia abajo.

Para llegar el hombre hasta la altura
No vuela como el ave soberana,
Se arrastra cual reptil en la espesura,

Y convierte en infame cortesana
El lujo á la mujer, ángel bendito,
Mitad divina de la especie humana.

¡Poëta! combatamos el delito,
Y semejante nuestra voz al trueno
Retumbe en la extensión de lo infinito.

Todo vicio, aunque llegue al desenfreno,
Tiene alguna virtud que le combata,
Como tiene su antídoto el veneno;

Y si el bien es vencido, se desata
La cólera celeste y se desploma
Sobre el mal, como hirviente catarata,

Y llueve fuego en la procaz Sodoma,
Hace eriales de Nínive y Palmira
Y concentra los bárbaros en Roma.

Si nada ¡oh ciega humanidad! te inspira
El Cristo que en la cruz te abre los brazos
Y por tu amor en el tormento espira;

Si rotos ya de la virtud los lazos
Sin esperanza das al fatalismo
El triste corazón hecho pedazos;

¿Qué te aguarda, infeliz, sino el abismo?
Vuelve la vista á Dios, que Dios perdona
Y es su noble perdón otro bautismo.

Tú que buscas rastrero una corona,
Sabiendo que edificio mal labrado,
Del céfiro al soplar, se desmorona,

Con saciar tu ambición ¿qué habrás logrado
Si es el hombre un puñado de ceniza
Y el diamante carbón cristalizado?

Mujer que á tu hijo das madre postiza
Por conservar la efímera hermosura
Que provoca al placer ó escandaliza,

¿No ves que la belleza un soplo dura
Y que el hijo prolonga tu existencia,
Y es tu sangre, tu sér, tu misma hechura?

Y tú que te entregaste á la licencia,
¿Puede ahogar el estruendo de la orgía
El grito acusador de la conciencia?

Imbécil muchedumbre, turba impía
Que del trabajo y la honradez al fruto
Ladras como famélica jauría,

Y la indomable condición del bruto
Tomas por libertad, por luz la hoguera
Y el mundo llenas de terror y luto;

Tirano que, en la sed que te exaspera
De dominar la tierra, airado clavas
En tus pueblos las garras de la fiera;

Juez al favor vendido, sacerdote
Que sacrílego manchas los altares,
¿Ya no teméis el vengador azote

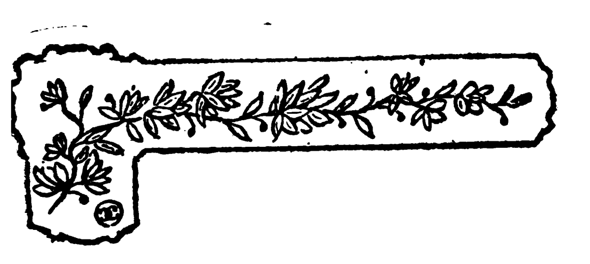
De quien dió al firmamento luminares,
Lava al volcán, arenas al desierto
Y borrascosas olas á los mares?

Buscad el bien que de la vida es puerto
Y no os invadirá la podredumbre
Que devora insaciable cuanto ha muerto,

Ni caerá, como alud desde la cumbre
Sobre todo el que manche su memoria,
Rodando con inmensa pesadumbre
La maldición del cielo y de la historia.

31 Diciembre, 1877.





EL TROVADOR.

Á MI QUERIDO AMIGO

FRANCISCO ALVAREZ Y ARANDA.

I.

Natura.

Arrogante, esbelto, airoso,
Rosado y blanco el color,
Los ojos azul de cielo
Y tan vivos como el sol,
La cabellera ondulante
Acariciando el jubón
Y rubia cual las espigas
Que el seco Julio tostó,
Pendiente el hierro del cinto,
En el bonete el airón
Y el laúd tañendo ufano,
Errante va el trovador,

De monasterio en castillo,
Entonando su canción.
Se ignora quién fué su madre;
No se sabe si nació
Como Venus de la espuma
Ó cual Minerva de un Dios.
Muy niño, huérfano y solo
En el mundo se encontró
Sin más caudal que su acento
Y su ardiente inspiración;
De un laúd abandonado
Las dulces cuerdas hirió,
Le acariciaron las Musas
Y al vibrar su clara voz,
La oropéndola, el jilguero,
La alondra y el ruiseñor
Oyeron mudos y absortos
Su peregrina canción.
Desde entonces vaga errante,
Llueva, truene ó luzca el sol,
Entonando cantilenas
De esta suerte el trovador.

«Tierra sagrada,
Madre querida
Todo lo encierras
Calor y vida,
Ricos metales,
Aguas sonoras

Y las semillas
Germinadoras.
En los bochornos
Del seco estío
La sed apagas
Del labio mío;
Me ofreces frutos,
Y me das flores
Para la reina
De mis amores;
¡Ay! y en muriendo,
Tu seno abriendo
Con santo amor,
Caerás piadosa
Sobre la fosa
Del trovador.

Son mis hermanas
Las golondrinas
Cual yo cantoras
Y peregrinas,
Y mis maestros
Los ruiseñores,
Como yo libres,
También cantores.
Á amar aprendo
De la paloma,
Que va arrullando
De loma en loma;

Me da sus sombras
El bosque umbrío,
Su miel la abeja,
Su linfa el río,
Su voz el viento
Y el alma siento
Llena de amor
Por la natura,
La amada pura
Del trovador.

Resuenan juntos
En mis cantares,
Fieros rugidos
De roncos mares;
Notas perdidas,
Rumores vagos
De secas hojas
Y ocultos lagos;
Gemidos sordos,
Tiernos arrullos,
Suspiros tristes,
Dulces murmullos,
Trinos alegres,
Ayes, lamentos
De aves y selvas,
Ondas y vientos;
Que la natura,
Mi amada pura,

Mi tierno amor
Es quien me inspira,
Y ella es la lira
Del trovador.

II.

Patria.

Á las puertas de un castillo
Cantando el bardo llegó,
Y los pajes y escuderos
De la señorial mansión
El rastrillo levantaron
Para dar paso al cantor,
Á quien llevaron gozosos
Hasta un gótico salón.
De jabalí todo un cuarto
Volteaba el asador,
Ardiendo en la chimenea,
Enteros de dos en dos,
Los olivos y chaparros
De los bosques del señor.
El gato arisco mayaba,
Graznaba el montés halcón,
Y los sabuesos gruñían
Del vivo fuego al calor.
En los muros denegridos,
Entre blasón y blasón,
Se veían huecas trompas,

El venablo matador,
La alabarda, la armadura
Reluciente como el sol,
La silla del noble bruto,
Y del jabalí feroz
Y del ciervo, las cabezas
Disecadas sin primor.
En luenga mesa de roble
Blanco lienzo se tendió,
Y apetitosa cecina,
Rancio vino de color,
Sendos platos y ancha copa,
Lindo paje colocó
En ella, cuando acercóse
El poderoso señor
Del castillo, que ceñudo
Á la mesa se sentó,
Diciéndole al bardo—«canta
Los timbres de mi blasón,
De mis famosos abuelos
La nobleza y el valor,
Y de mi patria las glorias
Que, más altas, las de Dios.»

En tu escudo se miran
León y castillo,
Eres señor de haciendas,
De horca y cuchillo:
Entre cabezas moras

Se halla este mote:
«Del infiel islamita
Soy el azote.»
Tiene un pendón glorioso
Y una caldera,
Que dicen que levantas
Gente guerrera,
Ostentando asimismo
La cruz divina
Que llevaron tus padres
Á Palestina.
Tu estirpe noble
Tiene el tiempo y la fuerza
De añoso roble.

El pecho revestido
De férrea cota,
Llevando en la cimera
Blanca garzota,
Al cinto la tajante
Bruñida espada,
Y en la diestra nervuda
Fuerte ferrada,
De la tierra que pisas
Conquistadores
Fueron tus valerosos
Progenitores,
Y del bruto enfrenando
Los escarceos,

En los juegos de cañas
Y en los torneos,
Honor y gloria
Dejaron en sus hijos
Y en nuestra historia.

Fué la patria bendita
De tus mayores,
Valladar á los fuertes
Conquistadores.
Las águilas romanas,
La media luna,
No alcanzaron en ella
Victoria alguna.
Aquí el hombre es valiente,
La mujer bella,
Da la flor más aroma,
Más luz la estrella,
Por eso sus llanuras
Y sus montañas,
Sus feudales castillos
Y sus cabañas,
Recorre amante,
Cantando dulces trovas
El bardo errante.

III.

Fides.

Alejóse del castillo
El inspirado cantor,
Y á una abadía cercana
Sus pasos encaminó.
Hizo sonar de la puerta
El gigantesco aldabón
Y del claustro en las crujías
El eco se prolongó.
—Dios venga con vos, hermano,—
Dijo el lego que le abrió,
Á lo que el bardo repuso:
—Que guarde esta casa Dios.—
Y replicóle el buen lego:
—¿Hermano, sois trovador?
Pues veníos á la huerta,
Allí están de recreación
Los hermanos, y podréis
Cantar las glorias de Dios.—
Y siguiendo lentamente
Sus pasos el trovador,
Los corredores del claustro
Admirado atravesó.
Que eran de admirar los vidrios
De diferente color
De la gótica ventana
Que en la ojiva se perdió,

Los pintados azulejos,
El sonoro surtidor,
Los frutos y bellas flores
De rica vegetación,
Los lienzos representando
La vida del fundador,
Y de un ángulo en la altura
Y en cruz tosca, á nuestro Dios
Como si abrazar quisiera
Para ofrecer el perdón.
En la huerta penetraron,
Donde se hallaba el prior
En su breviario leyendo,
Sentado de cara al sol,
Y al ver al bardo le dijo:
—Canta, hermano trovador,
Nuestra fé y á nuestra madre
La santa Iglesia de Dios.—
La comunidad se hallaba
En completa dispersión,
Y al estremecer el aire
Del bardo la dulce voz,
Cual se acerca á la colmena
El enjambre en confusión,
Fueron llegando los monjes
Donde se hallaba el cantor.

Como el sol á las sombras,
Llegó el Mesías

Ahuyentando las ciegas
Idolatrías,
Y en la diestra de Jove
Se apagó el rayo
Y salió el oprimido
De su desmayo.
¿Qué importaron las fieras
persecuciones,
De impíos Diocleciano
Y de Nerones?
¿Quién vence la fé heróica
Del alma humana?
Al fin, tras los martirios,
La grey cristiana,
Alzó su solio
Desde las catacumbas
Al Capitolio.

Esa fé que os ha hecho
Dejar el mundo
Y que á mí me ha llevado
Siempre errabundo,
Labra las catedrales
Y monasterios,
Hace vibrar las cuerdas
De los salterios,
Inspira las salmodias
De los profetas
Y los cantos profanos

De los poetas,
Y antes que abandonarla,
Morir prefieren
Los buenos de la tierra,
Que cuando mueren,
Ven un querube
Que viene por sus almas
En blanca nube.

¡Salve, Iglesia que guardas
Ciencias y artes,
Que extiendes tus raices
Por todas partes
Y sigues la doctrina
De la paloma,
Que arrulla en los Concilios
Y anida en Roma!
Tienes la Santa Virgen
Pura, inocente,
Que aplasta la cabeza
De la serpiente,
La caridad que anuda
Con fuertes lazos
Y la Cruz que extendiendo
Sus santos brazos
Cobija el mundo,
Como una madre llena
De amor profundo.

IV.

Amor.

El peregrino incansable
Del monasterio salió,
Llevando las bendiciones
Del venerable prior.
Y sin temer la inclemencia
Del furibundo aquilón,
Ni las sombras de la noche
Que al pecho infunden pavor,
Hasta llegar á las rejas
De un palacio caminó,
Y convulso, tembloroso
(Que hace temblar el amor),
Con acento enternecido
De aquesta suerte cantó.

Viene á entonarte
Su serenata
El triste bardo,
Mujer ingrata.
Sé que por pobre
¡Ay! no me quieres.
¡Funesto achaque
De las mujeres!
Yo te prometo,
Si al fin me amas

Y con favores
Mi amor inflamas,
Dejar mis cantos,
Ir á la guerra,
Y conquistarte
Toda la tierra,
En los combates
Y en los torneos
Colores tuyos
Siempre vestir.
En ese día
¡Ay! de alegría
Voy á morir.

Pero no escuchas
Mi serenata?
Es amor vida
Y amor me mata.
Como ave amante
Sal al reclamo;
Mira, ángel mío,
Que yo te amo
Como la umbría
Los ruiseñores,
Como la abeja
Las gayas flores,
Como á la Virgen,
Nuestro tesoro,
Los querubines

Del almo coro;
Que eres mi encanto,
Mi vida entera...
¿Pero no sales?
¿Quieres que muera?
Sal, que te espera
Tu tierno amor.
Fresco capullo,
Sal al arrullo
Del trovador.

Mas ¡ay! no escuchas
Mi serenata!
Adios por siempre,
Mujer ingrata;
Adios, encanto
Del alma mía,
Preciada rosa
De Alejandría,
Fúlgida estrella,
Blanca paloma,
Lirio del valle,
Fragante poma,
Búcaro lleno
De frescas flores,
Reina encantada
De los amores,
Espejo puro
Que á Dios refleja,

Por siempre el bardo
De tí se aleja.
Hoy al albor,
Tenlo por cierto,
Habrá ya muerto
Tu trovador.

V.

Dolor.

Una impía carcajada
Á la trova respondió
Y helada quedó en las venas
La sangre del trovador:
Con fuerza el laúd sonoro
Apretó á su corazón
Y entre breñas y jarales
Por los montes se perdió;
Hasta que al cabo rendido
Á la fiebre y al dolor,
En los duros peñascales
Casi exánime cayó.
Era más de media noche,
Helaba el cierzo traidor,
Densa nube los fulgores
De los astros ocultó,
Al dilatarse en el cielo
Como fúnebre crespón,
Y congelada en la altura,

Copos de nieve lanzó,
Que trocaron en sudario
La capa del trovador,
Quien los miembros ateridos
Y perdida la razón,
El silencio de la noche
Con un canto interrumpió,
Que las fieras de los montes
Escucharon con pavor.

Me hallé, al venir al mundo,
Huérfano y solo,
Lo recorrí cantando
De polo á polo,
Sin encontrar consuelo,
Calor ni abrigo
En brazos de la amada
Ni del amigo.
¡Oh! qué horrible amargura
Vivir cantando
Á tiempo que está el alma
Triste llorando!
Nadie adivina
Que aguda espina,
Vivo dolor
Turban la calma,
Hieren el alma
Del trovador.

Mujer siempre difícil
  Á mi deseo;
Madre no conocida
  Pero á quien veo
Retratada en la fuente
  Donde me miro,
Recibid mi angustiado
  Postrer suspiro!
¡Y tú, Dios de los cielos
  Y de la tierra,
  Si muero en este trance
  Mis ojos cierra,
  Y si cumplida
  No fué la vida
  De tu cantor,
  Tu enojo calma,
  Y acoge el alma
  Del trovador!!

VI.

Mora.

En los ecos de los montes
Fué apagándose la voz,
Un suspiro oyóse á poco
Parecido á un estertor,
Después una nota aguda
Que el laúd triste lanzó,

Y por último, tan sólo
El rugir del aquilón.

. . . .

. . . .

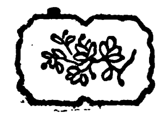
Cuando la aurora rosada
Al horizonte asomó
Estaba yerto el cadáver
Del mísero trovador,
Que aún el laúd apretaba
Con ahinco al corazón,
Y en sus labios azulados
La sonrisa se encontró
De quien espira en la nieve
Ó muere en gracia de Dios.
Una nubecilla blanca,
Á la salida del sol
De aquel tronco inanimado
Á los cielos ascendió.

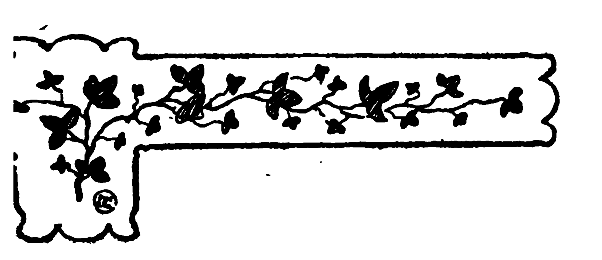
. . . .

. . . .

¿Quién sabe si en ella iría
El alma del trovador?

Enero, 1878.





Á MI QUERIDO AMIGO

NIÑO DE QUINCE AÑOS

JUAN ANTONIO CAVESTANY

CON MOTIVO DEL ESTRENO

DE SU MAGNÍFICO DRAMA

EL ESCLAVO DE SU CULPA.

Ay! con cuánto furor, con cuánta pena
Miro sobre la escena
Donde vibró de Calderón la estrofa
Turba vil de procaces histriones
Con palabras y acciones
De lascivia, de escándalo y de mofa.

No es su burla, la burla que corrige
Y á los vicios aflige,
Ni el delicado juego del idioma;

Es el escarnio, el epigrama obsceno,
El torpe desenfreno
Que vengaron los bárbaros en Roma.

Se ha hecho indigno el poeta del Parnaso,
El cómico un payaso:
Entre los dos sus plácemes reparte
Un vulgo necio, y de diversos modos
Injurian entre todos
Á la moral, á la razón y al arte.

Voy á buscar al patrio coliseo
El honesto recreo,
La escuela del honor y la cultura,
Y hallo la desnudez provocativa,
La sátira lasciva,
La danza muelle, el vicio y la locura.

Como para vengar bajeza tanta,
Osada se levanta
Con la espada flamígera desnuda
Otra escuela fatal que se extravía,
Pues le sirve de guía
La luz de fuego fatuo de la duda.

Y se goza en pintar desierto el cielo
Sin premio ni consuelo,
Ternura, honor, virtud, llantos y preces,

En erigir en Dios el fatalismo
Y con brutal cinismo
De la miseria en remover las heces.

Y el enervado público se inflama
Y alucinado llama
Virtud al mal, pasión al desenfreno,
Moralidad á la lascivia impura
Y genio á la locura
Armada del puñal y del veneno.

¿Mas cruzo con el látigo estallante
Al grosero farsante
Que á gala tiene su procaz cinismo,
Ó al vulgo sin pudor que le tolera,
Y aplaude y vocifera
Excitado por torpe sensualismo?

¿Dónde el Cervantes que con rudo azote
En un nuevo Quijote
Mate riendo la locura humana;
Dónde de Herrera el férvido entusiasmo,
De Quevedo el sarcasmo
Ó el formidable ariete de Quintana?

¿Dónde el Sansón que el profanado templo,
Dejando eterno ejemplo,
Reduzca á polvo con hercúleos brazos,

Ó dónde el Cristo que al juglar inmundo
Arroje furibundo
De la mansión del arte á latigazos?

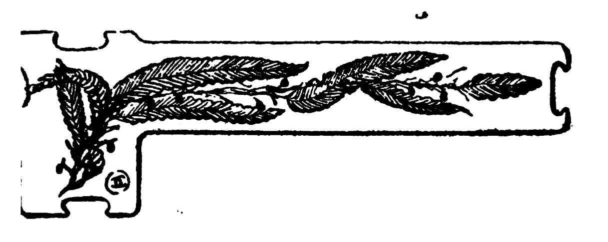
Lo ignoro; mas perdida la esperanza,
Virtud que á Dios avanza,
En mi labio la queja y el reproche
Y en el pecho la duda punzadora
Encuentro en tí la aurora
Que surge de las nieblas de la noche.

Quizás sea ilusión de mi cariño,
Pero al verte tan niño
Pisar con honra el español proscenio,
Al público sacar de su marasmo,
Excitar su entusiasmo
Con el poder magnético del genio,

Y ostentar el laurel sobre tu frente
Donde el sueño inocente
De la infancia feliz virgen anida,
Volver el arte á su grandeza he visto
Como á la voz de Cristo
Lázaro muerto retornó á la vida.

Diciembre, 1877.





Á LA MEMORIA DEL INSIGNE POETA

D. GABRIEL GARCÍA TASSARA.

LA POESÍA Y EL POETA.

I.

CIEGA á los rayos de la luz del día
La imbécil muchedumbre
Dice, Gabriel, que ha muerto la poesía,
Cual si pudiera el sol perder su lumbre,
Su canto el ave, el aura su gemido,
Su nieve la alta cumbre,
La flor su aroma y su calor el nido.

II.

¿Acaso los instintos, las pasiones,
La fé y el amor tierno
Se han helado en los tristes corazones

Bajo la nieve de aterido invierno,
Y ya no tiene el corazón humano
El movimiento eterno
Y el ronco rebramar del Oceano?

III.

¿Qué hay, pues, en el extático embeleso
De una dulce mirada?
¿Qué de la madre en el amante beso?
¿Qué en la trova que, oculta en la enramada,
Entona el ave al anunciar el día
La aurora sonrosada,
Sino belleza y celestial poesía?

IV.

Existe en cuanto vive, en cuanto ha muerto
Sin que jamás sucumba.
Es pasmo en la grandeza del desierto,
Recuerdo en lo que ha sido ó se derrumba,
Fervor ante el altar del santuario,
Gran problema en la tumba,
Y doloroso drama en el calvario.

V.

En tanto que los necios le hacen guerra,
El árbol carcomido
Bebe savia en el seno de la tierra,

La abeja hace su miel, el ave el nido;
En la noche, por verse en la laguna,
Asoma al monte erguido
El argentado disco de la luna;

VI.

Sueñan las mariposas con las flores,
Con Dios los inocentes,
Las vírgenes con cándidos amores;
Arrostran por la gloria los valientes
Peligros mil en apartadas zonas,
Y al borde de las fuentes
Crece el laurel para tejer coronas.

VII.

Tan grande es su valor que quien la niega
Ó la mira con mofa,
—No por maldad, por ignorancia ciega,—
Enmudece si el labio le apostrofa
Entonando el *Cantar de los cantares*
Ó tu viril estrofa
Rugiente cual las olas de los mares.

VIII.

Un día llegará que, arrepentida,
te aclame con anhelo
La sociedad ingrata que te olvida.

¿Cómo á tu altura remontar el vuelo
La que es del goce terrenal esclava?
Tu reino está en el cielo,
Que el poeta empieza donde el hombre acaba!

IX.

¡Su vida terrenal, lucha terrible!
Su sueño deseado
Á fuerza de ser grande es imposible;
La realidad le tiene encadenado,
Y aunque su mente lo infinito encierra
Se arrastra desalado
Sobre espinas y abrojos por la tierra.

X.

¿Qué es en el mundo? Imagen del Quijote,
virtud, gloria, heroismo,
Siempre cayendo de la lanza al bote;
Locura, que es locura el idealismo,
¡Ay! en la tierra donde el premio alcanza
El grosero egoismo,
Que representa al vulgo en Sancho Panza.

XI.

¡Triste poeta! si á la altura llega,
El huracan le azota,
La luz le abrasa, el resplandor le ciega;

Con fé persigue la verdad ignota,
Lucha impotente en la contienda ruda
Y al fin vacila, flota
Y rueda á los abismos de la duda.

XII.

Él no está donde vive; el ¡ay! profundo
Que le arranca su duelo
Parece que nos llega de otro mundo.
Y nunca encuentra á su dolor consuelo,
Porque es el malestar que su alma inquieta
La nostalgia del cielo,
Del cielo, que es la patria del poeta.

XIII.

Le quema el mismo fuego que le inflama;
Sufrir es su destino
Al pintar las catástrofes del drama,
Los horribles tormentos de Ugolino,
Á Nerón, que es la hiena en el osario,
Al lascivo Tarquino
Ó á Dios, al mismo Dios en el Calvario.

XIV.

Con ellos llora, ruge, cree, vacila,
Es débil, es atleta;
Sufre la convulsión de la Sibila;

Goza el místico arrobo del asceta;
Columbra la verdad en el delirio,
Locura de profeta,
Y ciñe la corona del martirio.

XV.

Lleva, al par que en la frente la aureola,
En el alma el estrago,
¿Quién dijera que guarda la amapola
Que en los rastrojos mece el viento vago
En su encendido cáliz el veneno,
Y que es límpido el lago
Porque tiene en su fondo tanto cieno?

XVI.

No envidiéis, no, su victoriosa palma;
La gana en una guerra
Que deja herida y desgarrada el alma.
¡Dichoso tú en la tumba que te encierra!
¡Ya tu cuerpo halló paz, tu alma consuelo!
¡Yo aún habito la tierra,
Pero mirando sin cesar al cielo!

10 Abril, 1878.





EL HOGAR.

POEMA DEDICADO Á MI QUERIDO AMIGO

MANUEL CANO Y CUETO.

CANTO PRIMERO.

EL SUICIDIO.

En una tarde de otoño
Triste como la desgracia,
Como el desaliento fría,
Como la tumba callada,
De su quinta de recreo,
Apartado en una estancia,
Meditabundo y sombrío
Federico de Peralta,
Con trémula mano escribe
En papel de orla enlutada.

. . . .

Por el cielo trasparente
Oscura nube se espacia
Y cruzan opacas nubes
Por la mente de Peralta.
El cierzo desapacible,
Azotando las ventanas
Con silbido lastimero,
Por las hendiduras pasa.
Él siente el pecho oprimido,
Y anudado en la garganta
Un sollozo que reprime
Y que á su pesar estalla.
Y cual la lluvia impalpable
Los tersos vidrios empaña
Y condensándose en ellos
En gruesas gotas resbala,
Á su enrojecido párpado
Asoma medrosa lágrima,
Crece, se desliza y cae,
Como una estrella en la carta,
En el lugar donde ha escrito
Su pluma: ¡Madre del alma!

. . . .

Al recordar una dicha
Ó al fingir una esperanza
Como ilumina el relámpago
Las nubes en la borrasca,
De luz un vivo destello
Cruza por su frente pálida

La rigidez espasmódica
De su faz tórnase blanda,
Brota el sollozo en su pecho
Estallando cual la llama,
Y en el azul de sus ojos
Como un iris de bonanza
Brilla una lágrima herida
Por la luz de la mirada.

. . . .

Mas ¡ay! que un instante solo
Dura la apacible calma;
Y otra vez á rugir vuelve
En su pecho la borrasca.
Á escribir convulso torna
Y su pluma el papel rasga;
Apoya en la mano trémula
La frente ceñuda y pálida,
Y parece que medita
Y que recobra la calma;
Cuando del letargo sale
Del asiento se levanta
Y recorre presuroso
Y á grandes pasos la estancia.
Con ánimo decidido
Á la mesa se adelanta,
Contrae su triste rostro
Una sonrisa sarcástica,
Hace con el labio un gesto
De desdén ó de arrogancia,

Y encogiéndose de hombros,
Como quien no teme nada,
Á escribir rápido torna,
Concluye, firma la carta,
La envuelve en sobre enlutado,
Y con letra firme y clara
Pone «Al señor Almirante
Don Jacobo de Peralta.»

. . . .

Cálase un ancho sombrero,
Embózase en luenga capa
Y saliendo sin ser visto,
Por sendas extraviadas
Camina, llegando á un puente
Compuesto de toscas tablas
Y encorvado sobre un río
De corriente sosegada.
En las ondas bulliciosas
La vista atónita clava
Cual si de ellas en el fondo
Algún secreto buscara;
Se despierta, abre los brazos,
Adelante el cuerpo avanza
Y cae como una piedra
En el seno de las aguas.
Se abren á golpe tan rudo
Y con estrépito saltan,
En remolino se agitan,
Forman grandes oleadas,

Después concéntricas olas,
Y por último, ondas mansas
Que lentas se desvanecen
Á medida que se ensanchan,
Yendo á morir á la orilla
Entre juncos y espadañas,
Hasta que otra vez sereno
El puro cristal del agua
Los álamos plateados
Y el torvo cielo retrata.

CANTO SEGUNDO.

LA CARTA.

Pues naufragué en el mar de la amargura,
Me refugio en el puerto de la muerte
Que paz y olvido eterno me asegura.

Si impulsos tienes de llorar, advierte
Lo triste y miserable de la vida,
Y quizás te dé júbilo mi suerte.

Mas temiendo que llames mi partida,
Uniéndote del vulgo al pensamiento,
La deserción cobarde del suicida,

Robo á la muerte el último momento
Para dejar probado en este escrito
Que ignoro que es temor ó abatimiento.

Con sosegado espíritu medito
En mi próximo fin, y la conciencia
Me absuelve plenamente de delito.

¿Tiene el mundo derecho á mi existencia
Cuando robarme, pérfido, le plugo
El amor, la esperanza y la creencia?

¿Acaso del dolor sujeto al yugo,
Como un perro, con blanda mansedumbre,
La mano he de lamer de mi verdugo?

Quizás lo afirme así la muchedumbre,
La que uniéndose al juez y al sacerdote
Llevó á Jesús del Gólgota á la cumbre,

La que teniendo la maldad por dote,
Y esclava del error y el fanatismo
Sirve en el mundo á la virtud de azote.

¡La sociedad! Me irrita su cinismo:
Ella á mi labio arrebató las preces,
Me hizo erigir en Dios el fatalismo,

Arrastróme tenaz una y mil veces
las pasiones donde el mal anida,
De las que loco removí las heces,

Y si hoy le pongo término á una vida
Que tanto y tanto emponzoñó, mañana,
Al negarme un sepulcro por suicida,

Bajo el amparo de la cruz cristiana,
Me lanzará su bárbaro anatema
Creyendo ser moral, siendo inhumana.

Siempre en el débil su reńcor extrema,
La palabra que sale de su boca
Aún más que el hierro enrojecido quema,

Entre los vicios la virtud sofoca,
Los dulces lazos del amor desata,
Marchita y envenena lo que toca,

Y cuando al hombre muéstrase más grata,
Engañadora con halagos hiere,
Con besos vende y con abrazos mata.

¿Extrañas que sañudo vitupere
Á la que en vida al hombre martiriza
Y su memoria infama cuando muere?

Si pudiera con ella entablar liza
Entre mis brazos al morir la ahogara,
Ó al huracán la diera hecha ceniza,

Y muerto, de la muerte despertara
Para iracundo maldecir su nombre
Y escupirle sus vicios á la cara.

¡Ah, Jacobo! mi saña no te asombre.
¿Alguna vez por el dolor herido
No te has hallado fiera en vez de hombre,

Has hecho por llorar y no has podido,
Buscaste una oración y no la hallaste,
Quisiste sollozar y fué un rugido

Lo que estalló en tu pecho, y deseaste
La total destrucción, tu misma muerte
Y cual Luzbel caido blasfemaste?

Pues que fué un punto tu dolor advierte,
Y que una pena inacabable, impía,
Dios ó el mismo demonio me dió en suerte.

Oye el relato de la vida mía,
Y si tan miserable hallaste alguna,
Tu maldición escuche en mi agonía.

Tú bien lo sabes, resbaló mi cuna
En un palacio de riquezas lleno
Siendo mi primer mal tanta fortuna,

Pues de mi madre arrebatóme el seno
Conveniencia social, y el de una extraña
Quizás me dió á beber hiel y veneno.

El destino fatal que en mí se ensaña
Hizo que, niño aún, se me enviase,
Para educarme bien, fuera de España.

Deja que en llanto de dolor me arrase.
La retirada del hogar paterno
De mi triste infortunio fué la base.

Ella privóme del cuidado tierno
De amante madre, sin el cual el niño
Se hiela como planta en el invierno.

De la oración sentida y sin aliño
Que ella tan sólo por instinto sabe,
Religioso poema de cariño

Que repite la infancia como un ave,
Y despierta en su alma el sentimiento
Cerrando al mal del corazón la llave.

Cuartel, hospicio, cárcel y convento
El colegio los ánimos relaja
Con su comunidad y su aislamiento.

Ciegamente se reza y se trabaja;
Los más tiernos anhelos infantiles
Con ruda mano el preceptor baraja;

Los niños, esos ángeles gentiles
Sedientos de ternura y de alborozo,
Hallan en vez de amor rostros hostiles,

Y aislados en la pena y en el gozo
Y faltos de los besos maternales
Que truecan en sonrisa su sollozo,

Al pisar de la vida los umbrales,
En sus almas despierta el egoismo,
Mónstruo que engendrará todos los males.

Diez años vegeté en el ostracismo,
Aislado como palma en el desierto,
Y sujeto á tan rudo despotismo,

Cuando á la vida me encontré despierto
Por carta de mi padre que decia:
«Vuelve pronto á Madrid, tu madre ha muerto.»

Aunque la ausencia el sentimiento enfría
Hirióme la noticia como un rayo,
Y caí balbuciendo—¡Madre mía!

¿Por qué ¡oh Dios! desperté de aquel desmayo
Que mi cabeza plateó con nieve
Aun de la vida sin tocar al Mayo?

No viera entonces una mano aleve,
Por respeto al honor en mortal duelo
La vida de mi Padre hacer más breve,

Ni me hallara en la tierra sin consuelo,
Apartado de tí, huérfano, solo,
Y abandonado hasta del mismo cielo.

Mas ya de mis desdichas llegué al polo.
Ya sé que el corazón de las mujeres
Es el altar en donde oficia el dolo,

Que son humo las glorias y poderes,
Que de la caridad tráfico impío
Hacen los religiosos mercaderes,

Y que el fin del placer es el hastío,
La oscuridad el fondo de la ciencia
Y el fondo de los cielos el vacío.

Á costa lo aprendí de mi inocencia;
Por cada paso que en el mundo he dado
Ha caido una mancha en mi conciencia.

Corrí tras los placeres desalado,
Y por no hallarlos ni encontré en el vicio
El maldito placer del condenado,

Pues sujeto á un horrible maleficio
Voy rebotando, sin hallar el fondo,
De dolor en dolor al precipicio.

Guárdame el mundo su rencor más hondo,
Pero en lucha con él gano la palma:
Con un odio mayor le correspondo.

Tan sólo el sueño mis torturas calma,
Que si llego á soñar un ángel veo
Parecido á la madre de mi alma,

Me arrulla con suavísimo aleteo,
Me embriago en un dulce parasismo,
Se acalla mi rencor, y á veces creo

Que merced á un engaño de espejismo
Hallo en el mundo los funestos males
Que viven sólo dentro de mí mismo.

Mas al rumor de locas saturnales
¡Ay! despertando de tan dulce sueño
Retorno á mis tormentos infernales,

Y como alud ingente me despeño
Al abismo sin fin de la amargura
Y odio la vida y en morir me empeño.

Mentira es todo; la Virtud más pura
Como al fin es humana, en lo profundo,
Lleva del mal la amarga levadura.

Bien, amor y verdad no son de un mundo
Que hasta á su misma redención contrario,
Ciego, loco, malvado, furibundo,

Á Colón considera visionario,
Á Galileo la verdad refuta,
Á Sócrates condena á la cicuta
Y arrastra al mismo Dios hasta el Calvario.

CANTO TERCERO.

LA CABAÑA.

I.

En lo más alto
De la montaña,
Donde coloca
Su nido el águila,
Entre lentiscos,
Enhiestas jaras,
Verdes madroños
Y encinas altas,
Se ve una humilde
Choza de paja
Y un espacioso
Cerco de estacas
Que al tímido rebaño
Del lobo guarda.

La madreselva
Tiende sus ramas
Por la techumbre
De la cabaña
(Donde hace el nido
Con barro y granzas

La golondrina
Que alegre canta),
Y abre sus flores
Embalsamadas
Cuando el sol templa
Su ardiente llama,
Yendo á esconderse augusto
Tras la montaña.

Algunos tiestos
Con verde albahaca,
Lirios, geranios,
Rosas y dalias
Forman un cinto
De verdes ramas,
Puestos en torno
De la cabaña,
Á donde acuden
Á beber ámbar
Las mariposas
Tornasoladas
Y por miel las abejas
De la comarca.

En ellos tiene
Puesta su alma
Y sus amores
Esa zagala
De negros ojos,

De piel tostada,
De esbelto talle,
Robusta y alta
Que en la cabeza
La tosca cántara
Camina alegre
Trayendo el agua
Del manantial copioso
De la cañada.

El disco fúlgido
Del sol se agranda,
Buscan las aves
Las enramadas,
Vuelve al aprisco
La agreste cabra
Ramoneando
De mata en mata,
La aguijonea
Con la cayada
El pastorcillo
Que ufano marcha
Con su haz de leña
Sobre la espalda,
Y en espirales
Que el viento ensancha,
La chimenea
Negro humo lanza
Que el sol colora

De oro y de grana
Como á las nubecillas
De la alborada;

¡Fugaces nubes
De rosa y Gualda
Que nos recuerdan
Por lo galanas,
Los devaneos,
Las vivas ansias,
Las ilusiones,
Las esperanzas,
Todos los dulces sueños
Del alma humana!

II.

Tiene la choza
Terrizo el suelo,
Baja la entrada
Y ahumado el techo.
De las paredes,
Como trofeos,
Se hallan colgados
De trecho en trecho
De la labranza
Los instrumentos,

Y entre unas piedras
Puestas en ruedo
Salta hecha espuma
La savia hirviendo
Del resinoso
Tronco de abeto,
Y lanzando mil chispas
Restalla el tuero.

¡Pobres pastores
Al mundo ajenos;
Es su vajilla
Tosco barreño;
Por festín tienen
El pan moreno
Y el agua pura
Del arroyuelo;
Un trozo de árbol
Le presta asiento,
Y haces de paja
Forman su lecho.
¿Qué les importa?
Viven contentos,
Y en las ciudades
Echan de menos
De las montañas
Su hogar estrecho,
Los ardorosos
Rayos de Febo

Y las esencias
Que arranca el viento
Al hinojo, tomillo
Salvia y cantueso.

Conquistadores
Que halláis estrecho
Para vosotros
El mundo entero,
Siempre anhelando,
Siempre sufriendo!
Sér ambicioso
Que estás sediento
De honores, glorias
Y altos empleos,
Y al no alcanzarlos
Vives muriendo,
Y al conseguirlos
Te causan tedio;
Y tú, que anhelas
Ver tus deseos
Hechos designios
Del alto cielo,
Mediará siempre
Un mar inmenso
De vuestros triunfos
Á vuestros sueños,
Y en la cabaña
Que con desprecio

Veis en la cumbre
Del alto cerro,
De la humana ventura
Vive el secreto.

III.

Es una triste
Noche de otoño,
Fulgura el rayo,
Con furia el noto
Troncha las ramas
Y silba ronco,
Rueda en los aires
El trueno sordo,
Los corderillos
Balan medrosos,
Y en la cabaña
Puestos de hinojos
Zagala y niños,
Á Dios piadoso
Por los tristes viajeros
Rezan en coro.

Luego á la mesa
Se ponen todos,
Cercan el fuego

Formando corro,
La hermana grande
Da vuelta al torno,
Y el padre dice
Cuentos medrosos
De encantamientos,
Brujas y robos,
Que los muchachos
Oyen gozosos
El oido atento,
Fijos los ojos
Con tanta boca abierta
Como unos bobos.

Como entre sueños,
Contempla atónito
El tierno cuadro
Un hombre mozo
Que aquella tarde
Cayó en el fondo
Del manso río
De aquel contorno,
Siendo salvado
Por el arrojo
De aquel buen padre,
Que vigoroso
Llevóle hasta su choza
Sobre los hombros.

En la cabaña
Reina el reposo,
Se apaga el fuego,
Se duermen todos,
Acalla el austro
Sus silbos roncos,
Lejos resuenan
Los truenos sordos,
Y al pié del lecho,
Vertiendo lloro,
Y entre las manos
Oculto el rostro,
Federico el suicida
Puesto de hinojos
Confunde sus plegarias
Con sus sollozos.

CANTO CUARTO.

LA REDENCIÓN.

Cuando al primer fulgor del nuevo día
La campesina gente dejó el lecho,
Federico rezaba todavía
En llanto copiosísimo deshecho;
Y saliendo al umbral de la cabaña,
De la familia entera rodeado,
Que le miraba con fijeza extraña,

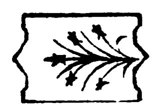
)e esta manera habló:
—Pastor honrado,
'ues que á más de librarme de la muerte
ιl bien tornó por tí mi alma perdida,
)uiero que vaya unida
ι tu suerte mi suerte
Y regular por tu virtud mi vida.
Dueño de la extensísima comarca
Que nuestra vista abarca,
Soy más pobre que tú, porque no tengo
Con toda mi riqueza y mi abolengo
Ni tu fé que se escuda en la inocencia,
Ni el puro amor que á la virtud te exalta,
Ni la profunda paz de tu conciencia...
Yo soy Don Federico de Peralta.
¿Qué pensabas de mí? ¿Que era tu dueño,
Que tesoros inmensos poseía
Y que, siendo tan rico, viviría
En mis palacios realizando un sueño?
No sabes, yo tampoco lo sabía,
Que cuando el alma está de fé desnuda
En la amorosa llama encuentra el frío,
En la ciencia la duda
Y en las mismas riquezas el hastío.
Falto de la dulcísima esperanza
Que columbra en la tierra algo del cielo,
De sentimiento el corazón vacío,
Víctima fuí del punzador recelo
Y en la honrada intención ví la asechanza,

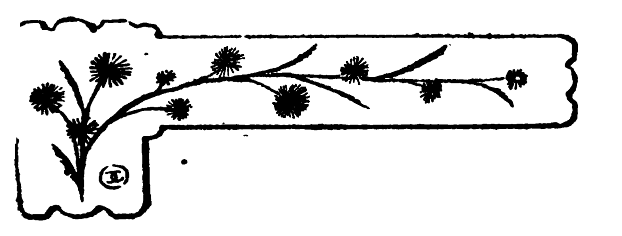
En la mujer, que es ángel, sierpe artera,
En la existencia insoportable yugo,
En Dios una quimera
Y en el género humano mi verdugo.
Y cuando ya cegóme el torbellino
De mi loca pasión, busqué la muerte
Maldiciendo del mundo y de mi suerte;
Y de este crimen acusé al destino,
Que así llamaba yo á la Providencia,
Para acallar la voz de mi conciencia
Que ¡asesino! gritábame, ¡asesino!!!...
Tú sabes lo demás, pero no sabes
Que al verte en la pobreza sin desvelo,
Á tus hijos alzando, cual las aves,
Sus plegarias ó cánticos al cielo,
Á esta zagala en su estrechez contenta,
Y en torno del hogar todos en calma
En tanto que rugía la tormenta,
Se desbordó abundoso el llanto mío
Tanto tiempo encauzado,
Y fué tan bienhechor para mi alma
Como la fresca lluvia y el rocío
Para el sediento valle calcinado
Por el sol ardoroso del estío.
Quiero vivir; la vida tiene objeto
Cuando del vicio se desoye el reto
Y se busca el placer en la templanza;
Cuando se tiene amor, hogar, familia
Y se cifra en el cielo la esperanza.

Lo he aprendido de tí: tras la vigilia,
Libre del ocio que enmohece el alma,
A tu hogar vuelves, donde está la calma
Y donde un sueño de ángel se concilia.
  Tendré mi hogar y mi familia amada;
Mi sangre mezclaré de caballero,
Tan azul como débil y enervada,
Con la plebeya de mujer honrada
Que en concha de virtud viva escondida
Como en el mar la perla nacarada.
Así enjerta entendido jardinero
En árbol débil, para darle vida,
El árbol virgen del inculto otero.
  Emplearé la existencia
En hacer bien al hombre, que es mi hermano,
Y cuando sienta peso en la conciencia,
De esta montaña tomaré el camino
Y beberé en el hueco de la mano
El agua del arroyo cristalino,
Aspiraré el aroma del romero,
Me sentaré al hogar que me ha salvado,
Y volveré otra vez regenerado
De la virtud al áspero sendero.
  De hoy más eres mi padre;
Puesto á tus piés tu bendición exijo.
¡Por la memoria santa de mi madre,
En el nombre de Dios, bendice á tu hijo!
  Todos por un impulso sobrehumano
Cayeron de rodillas en el suelo:

El honrado pastor alzó su mano,
Y, de la bruma descorrido el velo,
El sol apareció en el horizonte,
Iluminó la cúspide del monte
Y lentamente remontóse al cielo.

Junio, 1878.





Á S. A. R. LA INFANTA

DOÑA MERCEDES DE ORLEANS

CON MOTIVO DE SUS BODAS.

De esmeraldas, diamantes y rubíes
Te ofrecerán espléndido atavío;
Y yo tan sólo lirios, alelíes,
Purpúreas rosas, campesinas flores
Aún bañadas de gotas de rocío,
Donde la luz se quiebra en más cambiantes,
Y vívidos colores
Que en ópalos, zafiros y diamantes.

En vez del esmaltado pebetero
Donde arde rica esencia, del romero
Que recogí en el monte y del tomillo
Te traigo un hacecillo,
Que te envuelva al arder en mil cendales
Perfumados y azules;
Que en medio de sus blandas espirales
Parecerás un ángel entre tules.

Y por ser aunque rica, muy pesada
Corona de oro de diamantes llena,
Traigo, para adornar tu sien nevada,
Una de verde mirto y de verbena
Por pastoriles manos fabricada.

Que la sonora trompa
Cante tu excelsitud y tu grandeza;
Yo, prescindiendo de la regia pompa,
En mi cantar sencillo,
Alabaré tu gracia y tu belleza,
Imitando en el tosco caramillo
El trino del pintado pajarillo
Que anida con su amada en la maleza.

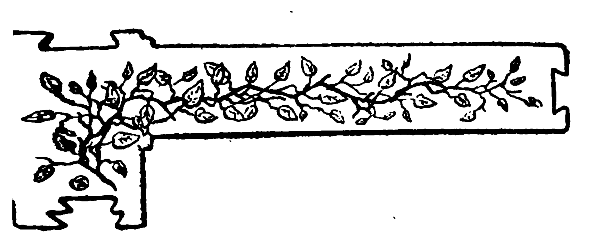
Y en tanto que te diga mil primores
La muy pulida lira cortesana
Del trono, del poder y los honores,
Yo, la humilde aldeana,
Con ruda lengua te hablaré de amores;
Te diré lo que dice á la paloma
Al seguirla el pichón de loma en loma,
Lo que gime la ola en la ribera,
Lo que piensa la luna
De la mansa laguna
Donde su faz de plata reverbera;

Por qué el botón de oro
Abre la flor al beso de la aurora;

En dónde guarda el gnomo su tesoro;
Dónde nace la fuente bullidora;
Por qué busca el milano la alta sierra
Y el colorín pintado la espesura,
Y cómo, hinchada, rompe su clausura
La semilla en el seno de la tierra.

Y llegará mi voz hasta tu oido,
Blanda como el halago
Con que llega á la flor la onda del lago;
Más amante y más grata que el balido
De la tímida oveja,
Y más dulce y sentida que la queja
Que la paloma enamorada exhala
Batiendo triste y temblorosa el ala
Cuando su tierno amor el nido deja.

¡Y cantaré tu amor! Ama, querube;
El amor es la fuente de la vida,
Y todo á amar convida.
La creación es un cántico de amores
Que en cadencioso ritmo al cielo sube;
Ama la errante nube
El espacio en que flota y se dilata;
El espacio se enciende en mil fulgores
Á los besos del sol, que se retrata
Con amor en los lagos tembladores;
Á los lagos parece que se inclina
La ondulante colina



DEDICATORIA

DE LA LEYENDA

LA CUEVA DEL CRISTO.

Á MI PUEBLO.

I.

¿Qué más fortuna
Que nacer español, oir en la cuna
El clamor de la mar alborotada,
Y abrir los ojos á la luz del día
Donde halle la mirada
Un cielo con el sol de Andalucía?

II.

Jamás olvido
El modesto lugar donde he nacido:
De Trafalgar las olas arrullaron

De mis primeros sueños la honda calma,
Y después despertaron
Rugiendo á las pasiones de mi alma.

III.

¡Con qué cariño
Recuerdo aquella edad en que era niño!
El consejo amoroso de mi padre
Poniendo freno á mi imprudencia loca;
Los besos de mi madre
Brotando entre plegarias de su boca;

IV.

Los tan pueriles
Como dichosos sueños infantiles;
El hondo afán, el íntimo alborozo
Con que el juguete ansiado recibía;
La pena y el sollozo
Si entre mis torpes manos se rompía;

V.

Y mi amor luego
Tan puro y tan ardiente como el fuego
Que guardó la Vestal en los altares,
Afluyen á mi mente, en la presencia
De los bellos lugares
Testigos de mi dicha y mi inocencia.

VI.

¡Se quieren tanto
Á esos testigos del placer y el llanto
De aquella edad que tan ligera pasa!
Un recuerdo nos trae á la memoria
Cada enser de la casa;
Cada árbol del jardín sabe una historia!

VII.

¡Fuí sorprendido
En aquel murallón cogiendo un nido!
¡Allá mi buena madre me arrullaba!
¡Aquí lloré de amor amarga cuita!
¡Allí siempre la hallaba!
¡Fué en esta reja mi primera cita!

VIII.

¡Qué alegre acento
El de aquella campana del convento,
Que de mi pueblo se alza en la alta loma,
Cuando repica por su Virgen bella!
¡Ni en San Pedro de Roma
Hay campana que suene como aquella!

IX.

Toda amargura
Se templa recordando la ventura
Que se gozara allí: y aunque se vea
El aldeano en medio de la corte,
Mirará hacia la aldea
Cual la aguja imantada mira al Norte.

X.

Hoy, pueblo mío,
Á tí el acorde de mi lira envío,
Que, si pintara mi pasión, tuviera
El cadencioso ritmo del «*te amo*»
Que entona la parlera
Ave gentil volando hacia el reclamo.

XI.

En mi poesía
No encontrarás la luz del medio día
Que ciega con sus vívidos fulgores,
Ni el capuz de la noche aterradora;
Pero sí los albores
Y los matices suaves de la aurora.

XII.

Jamás del vicio
Canté la seducción ni el maleficio.
No hay belleza en el mal. Toda poesía
Sin esperanza, amor, ni noble anhelo,
Es voz sin melodía,
Es un paisaje donde falta el cielo.

XIII.

Verásme en guerra
Contínua con el mal, que ni me aterra,
Ni de mi corazón ni de mi mente
Los indomables ímpetus mitiga.
El mal es la serpiente
Que sólo muerde el pecho que la abriga.

XIV.

Si la amargura
Me lleva hasta dudar, miro á la altura,
La inmensidad extático contemplo,
Y mi espíritu en Dios se reconcentra:
Lo infinito es el templo
Donde siempre y más pronto á Dios se encuentra.

XV.

No quiero glorias
Si he de ganarlas removiendo escorias.
Prefiero á todo triunfo, á toda palma,
Á ver mi nombre en pórfido ó granito,
Que la hija de mi alma
Lea sin rubor lo que su padre ha escrito.

Julio, 1878.





CARTA DE TEODOMIRO

AL REY DON RODRIGO (1).

«Si no engaña un tenaz presentimiento
Á quien tiene tranquila la conciencia,
Esta carta será mi testamento.

»Señor: al no acorrer con diligencia
Á los pueblos que abarca mi ducado,
Bien pronto perderán su independencia.

»Ha aparecido aquí, como un nublado,
Gente extraña del África venida,
Y avanza cual torrente desbordado.

»Me opuse á su feroz acometida,
Y cediendo á su empuje incontrastable,
Rota mi gente, se entregó á la huida.

(1) Esta carta es una paráfrasis de la histórica que inserta Lafuente.

»Mañana mismo lucharé indomable,
Y os juro por mi nombre hallar la muerte
Si alcanzar la victoria no me es dable.

»No temo su furor: temo á la suerte,
Que, cual mujer voluble y tornadiza,
Á quien menos debiera se convierte.

»Venid, señor, venid presto á la liza,
Y buena gente á su bandera aporte,
Que enemigo cruel nos hostiliza.

»¿De dó viene? ¿quién es y cuál su norte?
Lo ignoro: mas si el hierro no le ataja
Atropellando llegará á la Corte;

»Y ¡ay si entonces la patria se desgaja,
Como el monte al vaivén del terremoto,
Y entre escombros el trono se amortaja!

»Venid á la barbarie á poner coto,
Ó iremos á su impulso por la tierra
Como nube empujada por el Noto.

»Nunca ví tales hombres ni tal guerra:
Atacan en tropel y sin concierto,
Y moviendo un estrépito que aterra,

»Mil se levantan donde alguno ha muerto.
¿Cómo entregar al filo de la espada
Ese turbión de fieras del Desierto?

»Penetraron en Calpe la murada
Sin catapulta, tolenón, ni ariete,
Sólo por el incendio y la escalada.

»Va el infante desnudo, va el jinete
Bajo blanca y flotante vestidura
Ocultando el bruñido coselete;

»Y sus gritos, su negra catadura
Y el rudo golpe de su corvo acero
Infunden en los nuestros gran pavura.

»¡Ay, cuánto de vencerlos desespero!
Á los placeres dado el pueblo godo
En muelle se ha trocado de guerrero.

»Ya que voy á morir, lo diré todo.
Forma la perla el agua que se agita,
El agua que se estanca forma el lodo.

»El corazón de un pueblo sibarita
Ni vuelve por la gloria de su raza,
Ni de entusiasmo bélico palpita.

»Y nuestro pueblo débil ya no embraza
Con vigor el escudo defensivo,
Y el ruginoso acero le embaraza.

»Prefiere ser humilde á ser altivo;
Medra, como el raposo, por la intriga,
Y se vende al oficio lucrativo;

»Enervado, la lucha le fatiga,
Y se arreboza en clámide de seda,
En vez de revestirse la loriga.

»Y de esta suerte hacia el abismo rueda
Sin encontrar la vigorosa mano
Que en su camino detenerle pueda.

»¡Oh, si volviese al tiempo, ya lejano,
En que hambriento y desnudo acometía
Como un lobo al ejército romano!

»Al mirar su presente cobardía,
Tal furor me arrebata, que quisiera
Volverlo á aquella condición bravía;

»Que el cobarde en esclavo degenera,
Y es la resignación más vejatoria
Que el instinto salvaje de la fiera.

»Bárbaros, sí, mas héroes y con gloria
Vinimos de Tartaria hasta el Vesubio
Á ceñir el laurel de la victoria.

»¡Cuántas veces del Vístula al Danubio
Bajamos contra Roma disoluta
Con la indomable fuerza del diluvio!

»Con la espada por Dios, la piel hirsuta
De la fiera polar por todo fausto,
Por todo templo la escondida gruta

»Donde al Dios se ofrecía en holocausto
La cabeza cortada al enemigo
En la revuelta del combate infausto;

»Nuestra raza brutal trajo consigo
Á Europa, por los vicios depravada,
La regeneración con el castigo.

»Sueño á veces que miro congregada
Bajo el árbol sagrado su asamblea,
Y que á la voz profética, inspirada

»Del implacable Odín, á la pelea,
Cumpliendo ciega su misión divina,
Se lanza con bravura gigantea.



»¡Cómo á sus piés con cólera leonina,
Del acero tajante al golpe rudo
Montones de cadáveres hacina!

»Ni el peto le resiste ni el escudo;
Divide y rompe, como el rayo hiciera,
El redoblado arnés su hierro agudo.

»Recogida la larga cabellera,
Enastado en el palo de una pica
Un cráneo de caballo por bandera,

»Y al ronco son del cuerno, que duplica
Su valor en la lucha, llega á Roma
Como una tempestad que purifica;

»Y ayudando del vicio á la carcoma
Que lenta la minó, cede á su empuje
La antigua sociedad y se desploma.

»¿Qué raza que á la nuestra sobrepuje?
Cuando recuerdo su brillante historia
Y hoy miro su abyección, mi pecho ruge.

»¿Qué resta de su brío y de su gloria?
Humo y aire, no más; un sueño incierto,
Porque sólo es un sueño la memoria.

»Hoy circula, merced á torpe ingerto,
Por nuestras venas la ponzoña insana
De aquel imperio gangrenado y muerto,

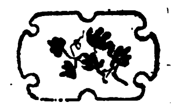
»Cuando reniego de mi fé cristiana,
Tan sólo por haberla recibido
De aquella impura sociedad romana,

»¡Que me perdone Dios si le he ofendido!
El dolor y la cólera me ciegan
Hasta el punto de haberme enloquecido.

»Á mis ojos las lágrimas se niegan.
Ante una tempestad embravecida
Yo soy de los que rugen y no ruegan.

»Si oís decir que mi hueste fué vencida,
No preguntéis, Señor, cuál fué mi suerte.
Antes que ser esclavo, ser suicida;
Si no muero en la lid, me daré muerte.»

Julio, 1878.





LA POESÍA DEL HOGAR.

Á GRILO

CON MOTIVO DEL NACIMIENTO DE SU HIJA

MAGDALENA.

I.

CON respeto y amor tu hogar contemplo,
Que al encanto dulcísimo del nido
Une la augusta majestad del templo.

En él no atruena el mundanal rüido,
Ni el mefítico ambiente se respira
De este social pantano corrompido.

De tierna madre, que de amor delira
Por el sér de su sér, se escucha el canto,
Dulce como el acorde de tu lira,

Y el oprimido pecho se abre en tanto
Á un aire tibio y lleno del aroma
Que esparce en nubes el incienso santo.

Cual se esponja en el nido la paloma,
Las alas bate y cubre á su polluelo,
Que entre el plumaje la cabeza asoma,

Así Fuensanta, con amante anhelo,
De dicha tiembla, en su regazo hallando
Un ángel puro que bajó del cielo.

Angel que al mundo despertó llorando,
Sintiendo la nostalgia de la gloria,
Y que, al tibio calor del seno blando,

Perdió en el primer sueño la memoria
De otra vida feliz, por ser con ella
Imposible esta vida transitoria.

Mas siempre deja en nuestras almas huella.
¿Quién no recuerda un sueño no soñado?
¡Ay, yo tengo recuerdos de una estrella!

II.

Y tú, padre feliz, ¡cuán extasiado,
Cuán lleno de ternura y noble orgullo
Miras el sér á quien la vida has dado.

Agólpase á tus labios el murmullo
De la que fué olvidada tantos días,
Ternísima oración, á cuyo arrullo

En el regazo maternal dormías,
Y en sueños con los ángeles jugabas,
Y en un místico arrobo sonreías.

Si en la tierra algo célico buscabas,
Ya tienen realidad las ilusiones
Que en quiméricos sueños te forjabas;

Has visto que, del mundo en las pasiones,
Suele la misma mano que acaricia
Desgarrar nuestros tristes corazones,

Y buscas el encanto y la delicia
Del hijo tierno en la primer mirada,
Que en misterios del cielo nos inicia

Cuando en su blanca cuna perfumada
Tu Magdalena en tí fija los ojos
Donde brilla la luz de una alborada,

¿No es cierto, dí, que el mundo te da enojos,
que cayendo en extático embeleso,
Están los tuyos por el llanto rojos,

Y que, de amor en el febril acceso,
Dieras hasta tu gloria de poeta,
Que vale un mundo, por lograr un beso?

III.

Con invisibles lazos nos sujeta
El hijo á nuestro hogar; le da armonía,
Lo alumbra, lo perfuma y lo completa.

Ante su faz, radiante de alegría,
Huye el dolor que nos devora y mata,
Como la sombra ante la luz del día.

Nuestra madre en su rostro se retrata;
Es de dos seres la divina esencia;
Nuestro sér que en el tiempo se dilata;

Nos habla çomo Dios en la conciencia;
Al par que á las virtudes nos convierte,
Nos toma por su augusta providencia,

Y nos presta el poder del hombre fuerte,
Que, haciendo un sacerdocio de la vida,
Aspira á hallar el cielo tras la muerte.

IV.

Mira á tu Magdalena; está dormida:
En la flor de granado de su boca
Guarda la miel que al beso te convida,

Como al beso asimismo te provoca
El terciopelo de su faz nevada,
Que aromatiza al labio que lo toca.

Por la vena ligera y azulada
Que serpea en su frente de querube
Corre la sangre de tu esposa amada,

Con la que ardiendo á tu cerebro sube,
Para encender la luminosa idea,
Que surge como el rayo de la nube.

¿Qué fulgor en su cuna centellea?
¡Ah, los ojos abrió! los labios mueve...
¡Quizás tu nombre en sueños balbucea!...

V.

El nebuloso otoño vendrá en breve
Á aniquilar la herencia del estío,
Que el triste invierno enterrará en la nieve;

Y ya se finge el pensamiento mío
En tu modesto hogar risueña escena
En las noches de escarcha, y viento y frío.

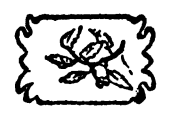
Dormirá sonriendo Magdalena,
Tranquila, sin que cruce sombra alguna
Por su frente que envidia la azucena;

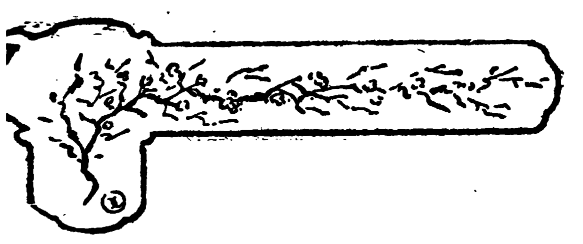
Fuensanta bordará junto á la cuna,
Y, anudado el suspiro en la garganta,
Bendecirá, al miraros, su fortuna.

Tú entonces, al pintar la escena santa,
Los ojos llevarás con embeleso
De la cuna á los ojos de Fuensanta,

Y uno y otro, de amor en un acceso,
Iréis hacia la cuna con vehemencia,
Y se verán fundidos en un beso
El *Genio*, la *Virtud* y la *Inocencia*.

Madrid, Agosto del 78.





TEMPESTADES.

Á MI QUERIDO AMIGO Y MAESTRO

EL INSIGNE POETA

DON MANUEL CAÑETE.

I.

Como produce estancamiento insano,
Si es duradera, la apacible calma,
Amo la tempestad embravecida,
Que esparce los efluvios de la vida
Al romper en los cielos ó en el alma.

II.

El rugiente Oceano,
Cuando lo azotan roncos vendavales,
Se corona magnífico de espumas,
Cuaja en su seno perlas y corales

Y vida emana levantando brumas;
Y el pantano sereno,
Traidor oculto bajo verde lama,
Asilo es del reptil y forma el cieno,
Que, impalpable, mortífero veneno
Por la tranquila atmósfera derrama.

III.

Cuando se tiende, como negro manto,
En el azul fluido,
Espesa nube, produciendo espanto,
Súbito el rayo rásgala encendido,
Resuena conmoción atronadora,
Y el nublado espantoso, estremecido,
En lluvia se deshace bienhechora.

IV.

Cuando chocan las nubes en la mente,
Vibra y relampaguea,
Como rayo fulgente,
La luminosa idea,
Con voz de trueno la palabra brota,
Y el nublado iracundo
Va cayendo deshecho gota á gota
En lluvia de verdades sobre el mundo.

V.

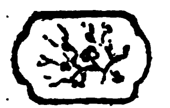
En el fondo del mal el bien palpita;
El ánimo enervado en los placeres
Cobra en la adversidad fuerza infinita,
Y en el laboratorio de los seres
Todo aquello que ha muerto resucita.
La tormenta es presagio de bonanza;
Del desengaño nace la experiencia;
De la duda la ciencia,
Y del triste infortunio la esperanza.
Un espinoso arbusto da la rosa;
Sale volando de la larva inerte,
Como una alada flor, la mariposa;
Brilla el iris en nube ennegrecida,
Y bullen en el seno de la muerte
Los gérmenes fecundos de la vida.

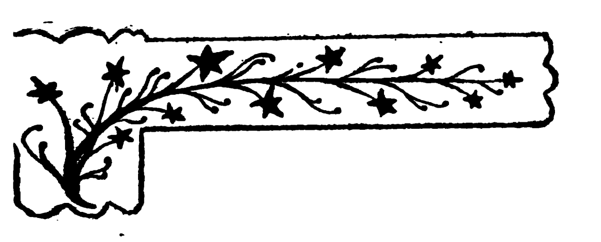
VI.

La gloria es grande, si la lucha fuerte;
La estatua á golpe de cincel se labra;
La tierra con el hierro del arado,
Y el error de su altar cae desplomado
Al golpe inmaterial de la palabra.
El seno se desgarra al nacimiento;
La religión se prueba en el martirio;
La virtud es combate turbulento;

El genio tempestad, fiebre, delirio.
Al soplo del *simoun* crecen las palmas;
Surgen de las borrascas las centellas,
Del incendio del caos las estrellas,
Y el amor del incendio de las almas!

Madrid, Diciembre del 78.





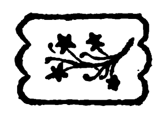
LA PRIMAVERA.

SALIENDO de su lánguido desmayo,
Naturaleza toda resucita
Al fecundo calor del sol de Mayo.
Las entrañas benéficas visita
De la madre común vívido rayo,
Y las semillas que ateridas duermen
Hinchadas rompen su corteza dura,
Y se hace planta el germen,
Y brota, y crece, y cubre la cañada
De una mullida alfombra de verdura
De arabescos de flores recamada.

Todo obedece al mágico conjuro:
El vendaval se trueca en blanda brisa;
Vestido el cielo de su azul más puro
Se mira absorto en el cristal del río,
Y en el alba á la flor con su sonrisa
Le manda una diadema de rocío;
La yema se hace pámpana frondosa,

Rojo y dorado tul la densa bruma,
La oscura larva blanca mariposa,
La nieve arroyo, el arroyuelo espuma,
El brote tallo y el capullo rosa;
Entona al anidar su cantinela
El avecilla que de amor se abrasa;
El insecto parece flor que vuela
Agitando unos pétalos de gasa;
Naturaleza toda canta en coro,
Y arrastra el aire en sus revueltos giros
Aromas, y suspiros,. .
Y cascadas de luz en ondas de oro.

Abril, 1879.





ANDALUCÍA.

UNA tarde........................
...........¿Qué hermosa no sería
Siendo de Mayo y en la patria mía?
Ni el país donde se alza el Himalaya,
Granítico atalaya
Que, levantado á la región del cielo,
No halla horizontes y la vista explaya
Cual astro en el zenit por todo el suelo;
Ni la comarca tropical salvaje
Que la luz de un sol tórrido caldea,
En cuyo seno el férvido oleaje
De un mar de lava ruge y serpentea,
Donde ríos, cual mares desbordados,
Se despeñan en rauda catarata,
Y los árboles suben enlazados
Á la nube que en rayos se desata;

Ni Italia, nido celestial de amores,
Tan fecundo en artistas como en flores,
Donde repiten en perpétuo idilio
Aves, brisas y lagos tembladores
Los dulcísimos versos de Virgilio,
Vencer pueden, en mágica armonía
De cánticos, aromas y colores,
Al edén celestial de Andalucía.

Dos mares le tributan vasallaje,
Y al besar las arenas de la playa,
Canta en vez de rugir el oleaje
Y lánguido hecho espuma se desmaya;
De sus márgenes toma arenas de oro
El claro río, y la veloz corriente
Va arrastrando magnífica el tesoro
Y pródiga lo arroja al mar potente.
En sus valles y oteros
Rubias mieses, oscuros olivares
Y verdes limoneros
Vestidos de azahares
Alternan con la parra pampanosa,
Cuajada de racimos y caireles,
Y con la adelfa de color de rosa
Que nace entre las juncias y laureles
Del arroyuelo de la quiebra umbrosa.
Todo es amor allí, luz y armonía,
Cantos el ave, aromas el ambiente,
El prado flores, la mujer poesía,

Y ser parecen de esmeralda el suelo,
De amatista la cúspide eminente,
De plata el río, de cristal la fuente,
De oro la nube y de zafir el cielo.

Abril, 1879.





RETRATO DE GÓMEZ ARIAS.

A dónde irá, caballero
En su yegua jerezana,
Tan de noche y de camino,
El mancebo Gómez Arias?

No á buena parte de juro,
Cuando el semblante recata,
Recela de quien le mira
Y todo le sobresalta.

Recelo engendra el delito,
Busca sombras la asechanza;
Que la virtud no huye el rostro,
Ni teme conciencia honrada.

Va el mozo tan preocupado,
Que consigo á solas habla,
Abre el labio á la sonrisa,
Frunce el ceño, jura ó canta,

Como si á un tiempo en su mente
Recio combate libraran
El placer y la amargura,
La cólera y la esperanza.

Hidalgo de poca hacienda,
Aunque de ilustre prosapia,
Estima en poco el linaje,
Y la hacienda estima en nada;

Que á la par honra y fortuna
En burdeles despilfarra,
Y ahoga escrúpulos en vino
Y pesadumbres en zambras.

El ayer le importa un bledo,
Jamás piensa en el mañana,
Cifra en los dados su suerte,
Y su derecho en la espada.

No hay, sin él, motín, querella,
Francachela, ronda ó danza,
Ni reja, garito ó barrio
Que no cuente sus hazañas;

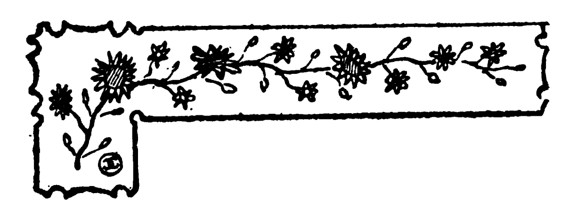
Y con bravos y rufianes,
Y mozas de rompe y rasga,
Sin miedo á Dios ni al demonio,
Bebe y riñe, triunfa y gasta.

Pero pródigo de ingenio
Y de apostura bizarra,
Dulce en el mirar, y dulce,
Más que la miel, en el habla,

Moza en quien fija los ojos
En red de amor enmaraña,
Y el afán que en seducirla,
Pone luego en olvidarla.

Julio, 79.





SEVILLA.

No tiene rival Sevilla
En hermosura y grandeza,
Y es tan gloriosa en las armas
Como inmortal en las letras.

Un Dios echa sus cimientos,
La hace fuerte Julio César,
La gana el moro y la adorna,
Un Santo la recupera,

Y Don Pedro de Castilla,
Con sus justicias acerbas
Y sus dulces amoríos,
De tradiciones la siembra.

De mármoles y azulejos
Ricos palacios ostenta
Y gallardos alminares,
Donde la Cruz señorea.

Allí las columnas de Hércules,
Allí la Giralda esbelta,
Y el Alcázar primoroso,
Y la Catedral inmensa.

Rica, noble y muy cristiana,
No hay calle sin lonja abierta,
Ni casa sin un escudo,
Ni barrio sin una iglesia.

Los naranjos la embalsaman
Á la par que la hermosean,
Y Guadalquivir la arrulla,
Y la retrata y la besa.

Brotan flores en sus fuentes,
Y sus fuentes donde quiera,
Y de las flores en torno
Mariposillas y abejas.

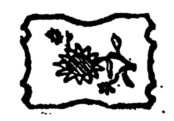
Los campos que la circundan
De frutos sus trojes llenan,
Y entonan á la sultana
Dulcísimas cantinelas

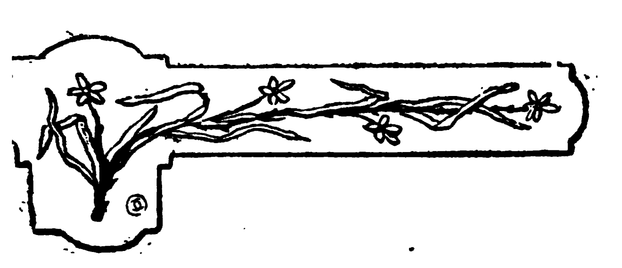
La codorniz en las mieses,
El jilguero en la alameda,
La tórtola en los olivos
Y el ruiseñor en la selva.

Allí no hay nube en el cielo,
Ni crece abrojo en la tierra,
Ni el huracán troncha el árbol,
Ni la nieve el fruto seca.

Blandos céfiros susurran
En constante primavera,
Y el suelo es plantel de flores,
Y el firmameuto de estrellas.

Madrid, Julio, 79.





Á LA INUNDACIÓN

DE LAS

PROVINCIAS DE LEVANTE.

I.

IDILIO.

No acaba allí jamás la primavera:
El cierzo se entumece
Al dar en la cercana cordillera,
Y templado del sol en los fulgores,
Al llegar á los valles se adormece
Sobre un lecho de espigas y de flores.

Es aquel un jardín todo armonía:
Canta el jilguero en la floresta umbría,
La codorniz entre la mies granada,
Tierna arrulla la tórtola cuitada,

De pino en pino errante,
Y, al trémulo fulgor de las estrellas,
El ruiseñor amante
Entona sus dulcísimas querellas.

Descienden de las lomas por las faldas
Formados en hileras, los olivos,
Las cepas retorciendo sus guirnaldas
Y de las mieses las movibles olas,
Un tiempo del color de la esmeralda,
De oro luego y cuajadas de amapolas.

En el lejano monte,
Que limita el clarísimo horizonte,
La trepadora cabra ramonea,
La vaca muge, bala el corderillo,
Y el céfiro que orea
La salvia, y el cantueso y el tomillo,
Baja lleno de aromas á la aldea.

De las altas montañas
Á la cañada umbrosa,
Donde crece la inculta zarza-rosa,
Entre juncias, y mimbres y espadañas,
Viene, sangrado por la acequia, el río:
Sauces, fresnos, acacias, cañizales
Sobre él extienden pabellón sombrío,
Retratándose al par en sus cristales,
Y él corre ledo y manso,

Y dibuja en el valle extraña greca,
Cubierto en el remanso
De verdes ovas y hojarasca seca.

Es la huerta murciana un paraiso
Que el agua del Segura fertiliza.
El arroz, que se cría en los pantanos,
Y la fresca hortaliza,
Se entremezclan con guindos y manzanos;
La morera sus hojas da á la oruga
Para que labre el hilo de la seda
Que adorna á la mujer que nos subyuga,
Y forman espesísima alameda,
Almácigas frondosas y viveros,
Membrillos y granados á millares
Y naranjos y verdes limoneros,
Siempre llenos de frutos y azahares.

¡Oh, qué noches allí las del estío!
Rutilan, cual los astros en la altura,
Gusanillos de luz en la espesura,
Y al par que corre murmurando el río,
Tañe el huertano alegre la guitarra,
De su albergue al umbral, bajo la parra,
Cuajada de racimos y caireles,
Y canta, y nos recuerda al sarraceno,
Que en aquel valle ameno
Tuvo zambras, combates, y verjeles.

¿Quién goza del colono la ventura?
Tiene aire puro y estrellado cielo,
Aguas que rieguen el fecundo suelo,
Buen hogar, rico apero de labranza,
En la bodega y en la troj la hartura,
Un huerto, en el que cifra su esperanza,
Que su verdor retrata en el Segura,
Y no va más allá su pensamiento
De la mujer á quien rendido adora,
Murciana bella entre andaluza y mora,
De piel tostada por el sol y el viento,
De dulces labios rojos,
De talle que á la palma desafía,
Y de ojos negros, de rasgados ojos
Con más fuego que el sol de Andalucía.

II.

ELEGÍA.

Se han dormido en la huerta sin recelo.
Sueña el trabajador con sus labores,
La madre con el hijo, que es su anhelo;
La virgen con purísimos amores,
Y el niño con los ángeles del cielo.

¡Qué horrible despertar! Sordo bramido
Se escucha lejos, y se acerca, y crece,
Y uniéndose del trueno al estampido,
Retumba con fragor tan furibundo,

Que á la atónita gente le parece
Que estalla el cielo y se desquicia el mundo.

Es ¡ay! que aquel nublado
Que el sol poniente coloró de grana,
Y que bendijo el hombre alborozado,
Diciendo alegre: «¡Lloverá mañana!»,
En lluvia torrencial rompió en la altura,
Bajó á los montes y ensanchó al Segura,
Que se derrumba rápido hacia el llano.
¿Quién contendrá su empuje soberano?
Por barrancos y ramblas se despeña,
Arrasa el robledal, salta la breña,
Llega el dique á romper, la vega inunda
Y es aluvión, torrente y catarata,
Que corre, y ruge, y atropella y mata
Con la fuerza iracunda
De turbulento mar que se desata.

¡Qué horror! ¡qué lobreguez! ¡qué noche aquella!
En el valle, de un mar el desenfreno,
Y en el cielo, cerrado, ni una estrella;
¡El rayo, que habla con la voz del trueno!
Ciega, desnuda, del hogar se lanza
Pavorida la triste muchedumbre;
Mas el torrente rebramando avanza,
Y muere quien no alcanza
El árbol, la colina ó la techumbre.
Pero no hay salvación; rebasa el río

La cumbre de la loma,
Arrastra el árbol con pujante brío,
Y al golpe cruel, con que el cimiento ataca,
El muro cede, el techo se desploma,
Y se hunde retemblando la barraca.

Halla el hombre las fuerzas del atleta,
Y lucha hasta morir.—¡Pobre hijo mío!—
Clama la madre; al corazón aprieta
Al tierno niño, loca, desolada,
Y cuando ya donde pisar no tiene,
Y las aguas la cubren, ¡casi ahogada,
Sobre el río en sus brazos le sostiene!
Ve aquí el amante á la doncella hermosa
Hundirse en el hirviente remolino;
Allí luchan sin tino
El hijo por la madre cariñosa,
Y el triste esposo por la amada esposa;
Y el raudo torbellino
Arrollándolos pasa,
Y el árbol, y la casa,
El apero y la rueda del molino,
El ganado y mil seres miserables,
Todo, arrastrado en colosal balumba,
Corre á encontrar su tumba
Del mar en los abismos insondables.

En la comarca amena,
De alegres pueblos y sembrados llena,

El tremendo aluvión lo arrasa todo,
Tras sí dejando pestilente lodo,
Duros guijarros é infecunda arena.

Y alumbra, sonriente, la alborada,
Aquí el pueblo desierto,
Allá el cadáver yerto,
La huerta feracísima talada,
El hogar, tan amado, derrüido,
Y á inmensa multitud que grita y nada,
Ó lucha y muere, ó corre desalada,
¡Ay, como el ave que perdió su nido!

III.

CÁNTICO.

¿Quién, comarca infeliz, tu triste suerte
En venturosa á convertir alcanza?
Ese lúgubre espectro que á tí avanza,
Es la miseria hermana de la muerte.
Pero no temas, no; cobra esperanza;
Mira á la Caridad, cómo abandona,
Con un nimbo de estrellas por corona,
Su trono de la altura,
Y vuela á remediar tu desventura,
Trayendo entre sus manos un tesoro,
En el labio las mieles del consuelo,
Y llorando á la par que enjuga el lloro.

Más que tú triste, quién llorar no sabe,
Ni mitigar del desdichado el duelo:
Que el alma sin piedad, es como un ave
Sin alas ¡ay! para subir al cielo.

Pero, ¿qué corazón habrá tan duro,
Que en sollozos tristísimos no estalle?
¿Qué grito de rencor que no se acalle?
¿Qué mano tan cerrada,
Que á tí no se abra y tienda
Con la piadosa ofrenda,
En raudales de lágrimas bañada?

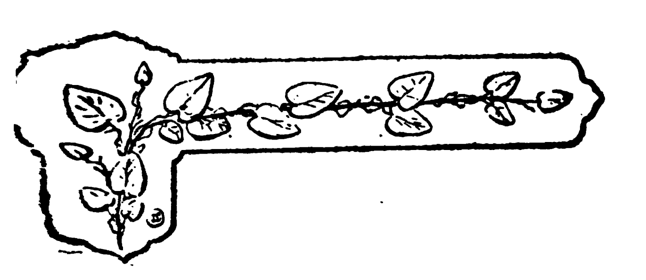
Á tu horrible alarido,
Como á la voz da mágico conjuro,
Un eco en cada pecho ha respondido.
La discordia civil templa su saña;
É impulsada de un mismo sentimiento,
La nación en tu duelo te acompaña;
Que, ante el dolor, un solo pensamiento,
Un corazón tan solo tiene España.

Nadie de lo que da forma inventario,
Ni en límites estrechos se sujeta:
Abierta tiene el arca el millonario;
Da el obrero su abrigo y su salario;
El alma, con sus versos, el poeta;
La mejor perla del joyel, la dama
—Perla que menos al lucir subyuga

Que las benditas que al llorar derrama;—
La ropa de sus hijos, tierna madre;
El huérfano hasta el lienzo donde enjuga
Las lágrimas que vierte por su padre:
Y llanto y caridad, todo lo mueve
Una palanca inmensa:
Poder, y voz, y luz, la noble prensa,
¡El Hércules del siglo diez y nueve!

Madrid, Noviembre, 1879.





LA IGLESIA DE LA ALDEA.

I.

TAN oculto como el nido
Que el ave cauta soterra,
En el riñón de la sierra
Hay un pueblo en el olvido.
Parece un yermo su ejido,
Es su asiento un peñascal,
Y blanqueadas con cal
Las casas del vecindario
Circundan el campanario
De la iglesia parroquial.

II.

En este templo cristiano
Todos cumplen sus deberes.
Á requebrar las mujeres

No va ante Dios el liviano;
El curioso busca en vano
Esplendores y grandeza;
Sólo inspira su pobreza
Recogimiento y ternura,
Y sólo en su nave oscura
El pecador llora y reza.

III.

Hay pintado de arrebol
Un niño de Dios de cera,
Que el pueblo quiere, venera
Y halla bello como el sol.
Tres bancos y un facistol,
En medio, forman el coro,
Siendo allí el mejor tesoro
Una Virgen del Carmelo
Vestida de terciopelo
Con lentejuelas de oro.

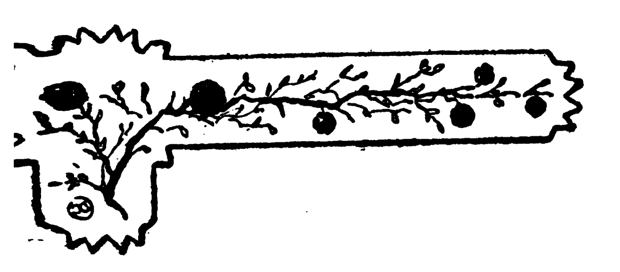
IV.

La iglesia, casi en rüinas,
Ostenta como primores
En sus altares, las flores
Que llevan las campesinas;
Y coronado de espinas,

Lleno de sangre y sudor,
Se ve en el altar mayor,
De una lámpara á la luz,
Agobiado por la cruz
Al divino Redentor.

Madrid, 1879.





ENTRE MAR Y TIERRA.

PAISAJE.

I.

HAY frente al moro una aldea,
Á la mar tan inmediata,
Que en las olas se retrata
Cuando crece la marea.
Admirada se recrea
La vista en aquel lugar,
Donde Dios quiso juntar,
Á los encantos del suelo,
Las maravillas del cielo
Y las grandezas del mar.

II.

Tan vivo allí se arrebola
El cielo, al salir el sol,
Que da envidia su arrebol

Al carmín de la amapola;
Y es de ver la misma ola,
Que en la arena de la playa
Rumorosa se desmaya,
Cómo, no lejos, rugiente,
Va á estrellarse en la rompiente,
Á los piés de la atalaya.

III.

Entre tierra y mar se nota
Allí sorprendente unión;
En las quiebras de un peñón
Anidan cuervo y gaviota;
Da el pescador á su flota,
Á la ribera atracando,
En la yerba, lecho blando,
Y á veces el campesino
Toma por musgo marino
El césped que va brotando.

IV.

Llega hasta el agua el follaje,
Y, si el viento la mar pica,
Al viejo pino salpica
La espuma del oleaje.
Á un tiempo en aquel paraje

Huele á resina y marisco,
Viéndose junto á un aprisco
La red tendida á secar,
Ó el alga que arroja el mar
Enredada en un lentisco.

V.

Algo lejos del poblado,
Y sobre arena infecunda,
Hay un huerto, al que circunda
De pitas viejo vallado.
Denota por lo menguado
Que en balde en él se trabaja;
Y en la parte que al mar baja
Presta asiento á cuatro muros,
Que sostienen, inseguros,
Un cobertizo de paja.

VI.

Reduce el mundo al espacio
De esta comarca silvestre
Una familia campestre,
De quien la choza es palacio.
El tronco, en arder rehacio,
Ahumó el empinado techo,
Siendo del recinto estrecho

El menaje tan sencillo,
Que hay sólo un plato, el dornillo,
Y yerba seca por lecho.

VII.

Cual á otros de su calaña,
Hizo del hambre el rigor
Campesino y pescador
Al dueño de esta cabaña.
Ir por leña á la montaña
Es su recurso supremo;
Así el hallarse á un extremo
De su albergue, en la pared,
El hacha junto á la red
Y la azada junto al remo.

VIII.

¡Cuánta paz, cuánta alegría
Lleva el verano á la choza!
El labriego se remoza
Al cesar la carestía;
Mucho trabaja en el día;
Mas halla premio á su afán,
Pues ofreciéndole están
Los árboles dulces frutos,
El mar, sereno, tributos,
Y la vega tierno pan.

IX.

Hasta en su albergue hay primores:
La enredadera salvaje,
Sobre un verde cortinaje,
Le tiende un manto de flores.
En mar, en valles y alcores
Es recibido con fiesta;
Y si acude á la floresta
En las horas de bochorno,
Las tórtolas del contorno
Le arrullan mientras la siesta.

X.

¡Si para el pobre el estío
Pudiera, oh Dios, ser eterno!
Mas ¡ay! que llega el invierno
Con el hambre y con el frío.
Ruge el viento, llueve, el río
Se desborda en la comarca,
Y ya no puede la barca
Surcar el piélago airado,
Ni la reja del arado
La vega, trocada en charca.

XI.

Ayuno, junto á la lumbre,
Pasa el triste la velada,

Mientras la lluvia pesada
Va calando la techumbre;
Y aunque tiene la costumbre
De estar con el mar en guerra,
Hay noches en que le aterra
Tanto su ronco bramido,
Que sueña que enfurecido
Corre á tragarse la tierra.

XII.

Una noche en que el sosiego
Turba la nube que truena,
Y en que hace falta la cena
En la choza del labriego,
Hállanse en torno del fuego
Dos niños y una mujer,
Á quienes no deja ver
La humareda de la llama
Del tomillo y la retama,
Que se quejan al arder.

XIII.

Del sol y el aire curtida
La tez, un tiempo de nieve,
Y la mano, que fué breve,
Rugosa y encallecida;
Crespo el pelo, que hoy descuida
Y que tanto amó doncella,
La pobre mujer aquella,

Á quien la desgracia apura,
En la edad de la hermosura
Ha dejado de ser bella.

XIV.

En cambio, poder bastante
No ha tenido la desgracia
Á robar frescura y gracia
De sus hijos al semblante;
Ni hay miedo que les quebrante
La escasez con sus rigores,
Porque son mantenedores
De aquellos ángeles rubios
Los saludables efluvios
De la mar y de las flores.

XV.

Á uno y otro rapazuelo,
Que lloran, dice la madre:
—«Callad; si pan no trae padre,
Lo traerá un ángel del cielo;»—
Mas no calmado su anhelo
Con este apóstrofe santo,
Ahogada la triste en llanto,
Cuentos de brujas les cuenta,
Por ver si de ellos ahuyenta
El hambre con el espanto.

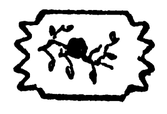
XVI.

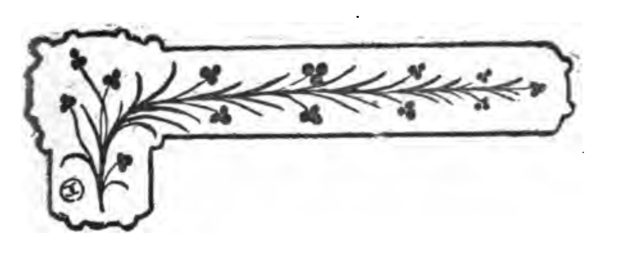
Ellos, puestos los sentidos
En la magia de los cuentos,
Á fuerza de estar atentos,
Se van quedando dormidos;
Pero al cesar sus gemidos,
Sus risas y su algarada,
La choza, por lo callada
Y lo triste, se asemeja
Al nido que el ave deja
Solitario en la enramada.

XVII.

Y es que no falta alegría,
Ni es tan acerbo el dolor,
Donde hay un ave, una flor
Ó un niño que nos sonría.
Va la paz con la poesía,
Cual con el alba el rocío;
Sin ella, presa del frío,
Desfallece el alma, y duda,
Y encuentra la tierra muda,
Y halla en el cielo el vacío.

Madrid, Mayo, 1880.





ALLENDE EL RHIN.

ALLÁ del Norte en la región sombría,
Perennes en los valles son las nieblas,
En los montes altísimos la nieve
Y en el fondo del alma la tristeza.

Pálido el sol se aduerme sobre el lago,
Ó las nubes preñadas de tormentas,
Y es el día crepúsculo medroso
Que da en la noche cuando nace apenas.

Levántase la gótica abadía
Del río caudaloso en la ribera,
Y cual nido de halcón, inaccesible,
El castillo feudal en la alta peña

Á cuyos piés, rugiendo y rebotando,
El torrente hervoroso se destrenza
En hilos de cristal que el sol matiza
Y el viento rompe y desmenuza en perlas.

Dentro de la ciudad, las catedrales
Altas como los vuelos de la idea,
Como el seno del alma misteriosas,
Como la humana desventura inmensas,

En cuyas criptas el eterno sueño
Duermen bajo la losa que los cierra,
Con sus pasiones y mundanas glorias,
Los grandes, hecha polvo su grandeza,

En tanto que la estatua del humilde
Sobre la aguja de calada piedra;
Las nubes rasga para alzar al cielo
Sus mudas preces y pupilas ciegas.

Allí el viento en sus alas voladoras
Perdidos ecos de baladas lleva,
Que repiten los olas de los mares
Tendiéndose espumosas en la arena;

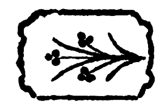
Y es el hogar el centro de la vida,
Donde en grupo feliz la madre reza,
Salta alegre el rapaz, dormita el viejo,
Trabaja el padre y la zagala sueña.

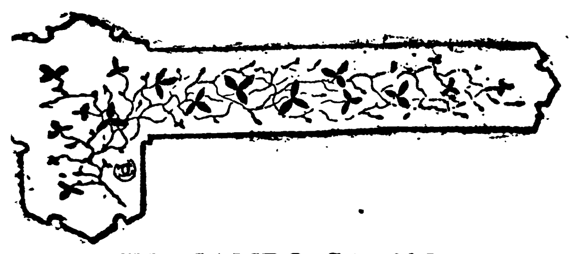
Y en la noche, allá lejos, en la altura
La nieve cuaja y en aludes rueda;
De lobos la famélica jauría
Persigue aullando á la espantada cierva;

Como girones de vapor, las hadas,
Al lucir de la luna soñolienta,
Surgen del lago y bulliciosas tejen
Sus fantásticos bailes en la selva;

Las brujas caminando al aquelarre
De imprecaciones el espacio llenan,
Y los gnomos en busca de tesoros
Remueven las entrañas de la tierra.

Octubre, 1880.





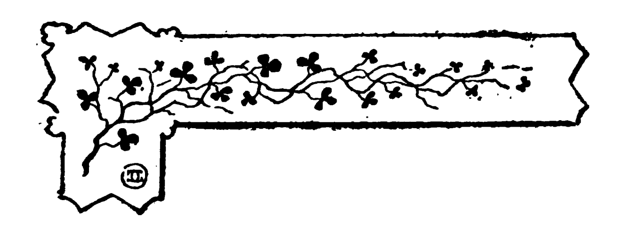
EL CAMPO SANTO.

Por no apartarse de la iglesia santa,
El cementerio humilde de la aldea
En medio de los vivos se levanta.
De negro barro y de ladrillo rojo
Un muro sin revoque le rodea,
Que ya del tiempo destructor despojo,
Á trechos está unido por bardales
De apisonada tierra, donde crecen
La pita, la chumbera y los zarzales,
Y donde en el verano reflorecen
Espinos majoletos y rosales.
La puerta, sin pintura y carcomida,
Al abrirse ó cerrarse para el muerto
Parece que solloza dolorida,
Exclamando: «Venid, que este es el puerto
Donde acaban los males de la vida.»
Dentro, la vanidad aparatosa
Las cenizas en mármoles no encierra,
Y dulcemente el campesino posa
En el regazo de la madre tierra
Sin sufrir ni aun el peso de una losa.

Cubierto por el césped de verdura,
Aquel paraje destinado al duelo
No lleva espanto al alma ni amargura.
Á no ser por las cruces de madera
Que señalan las fosas en el suelo,
Un huertecillo alegre se creyera,
Pues cubren los sepulcros y el osario
El limonero, el álamo y la higuera;
Y no hay más obelisco funerario
Que un ciprés, que se eleva con anhelo
Por encima del mismo campanario,
Para indicar la senda que va al cielo.

Febrero, 81.





LA EDAD MEDIA.

A la inspirada voz de un ermitaño
Las naciones cristianas se despueblan,
Y por norte la cruz, dan en Oriente
Con el ciego furor de la tormenta.

Alza la fé los templos giganteos,
En el claustro refúgianse las letras,
Y hallan nuevos tesoros de poesía
Dentro del corazón, rudos poetas.

Es la edad de los sueños y fantasmas,
De la fé, del amor y de la fuerza.
Menospreciando la mundana vida
Al desierto encamínase el asceta,

En tanto que el abad, teniendo en poco
El poder de la santa penitencia,
Cambia el sayal por la tupida malla
Y abandona el silicio por la espuela.

La joven celestial, en cuyo pecho
Anidan los amores y ternezas,
Impasible en la justa ve la muerte,
Y del más fiero paladín se prenda;

Y el mismo gran señor, que cuando baja
De su castillo la campiña asuela,
Y que al pechero que cazó en sus bosques
Sin compasión de la picota cuelga,

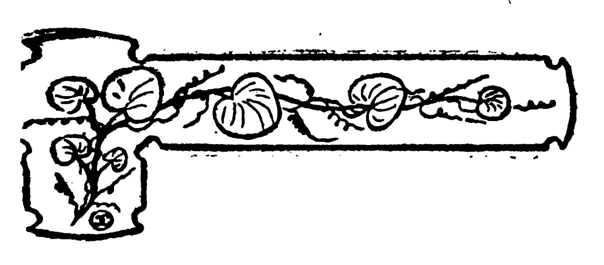
Hace abatir el puente levadizo
Para el mendigo, y á su hogar le sienta,
Y bebiendo con él, pone los labios
Donde puso los suyos la miseria.

Junto va el heroismo con el crimen,
El error se desposa con la ciencia,
Abrázase la fé con la herejía,
De un ósculo de paz brota la guerra;

Edad á un tiempo bárbara y sublime,
Fecunda engendradora de leyendas,
En la que Cristo y Satanás contienden
Como iguales en trágica pelea,

Y en la que Dante baja á los abismos,
No sondados jamás de la conciencia,
Para alumbrar con la sulfúrea llama
De los infiernos la espantada tierra.

Madrid, Octubre, 1880.



EL ESTÍO.

CUÁNTA hermosura en la tierra!
Parece el prado un vivero;
Las rocas están vestidas
De la felpa del helecho,

Y las mieses, ya espigadas,
Cuando las inclina el viento,
Ocultan, formando un toldo,
De las hazas los linderos.

Vense bardales y tapias
De enredaderas cubiertos,
De amapolas los sembrados,
De juncias los arroyuelos;

Y para colmo de vida,
Crecen cardos en los yermos,
Y malvas y jaramagos
En las calles y los techos.

Á los perfumes silvestres
Que en los campos toma el céfiro
Del toronjil y el mastranto,
Del hinojo y el cantueso,

Se juntan los de la albahaca,
El azahar y el espliego,
Que embalsaman el ambiente
De los jardines y huertos.

Ya tusadas crin y cola,
Grabado en el anca el hierro,
Y en brillante pelo corto
Trocado el sucio de invierno,

El potro, cual si sintiera
Hervir en sus venas fuego,
Resopla, piafa, relincha
Y ensaya en correr sus remos.

El rico vellón de lana
Entrega el manso cordero,
Y tábanos zumbadores
Persiguen á los becerros,

Que parten, perdido el tino,
Hijadeando y mugiendo,
En busca del valle umbroso
Donde está el abrevadero.

Madura el albaricoque,
Más fino que el terciopelo;
Pica el gorrión en la breva,
Que de miel güarda un venero,

Y la mazorca, que agita
Un penacho como un yelmo,
Sus tocas pajizas abre,
Mostrando el grano bermejo.

Pasa el rústico la noche
Los melonares cubriendo
Con paja para librarlos
Del influjo del sereno,

Y frente á las madrigueras,
El arma al brazo, en acecho
De los topos y lirones,
Para su daño despiertos.

Mas pronto la escena cambia:
Derrama el sol vivo fuego,
Y, como al salir de un horno,
Abrasa y sofoca el viento,

Que lleva sobre sus alas,
En vez de aromas, suspenso
El polvo de los terrones
Que el calor va deshaciendo.

En pedregal se convierte,
Ó en banco de arena, el lecho
Del arroyo, que era un río
Sin vado alguno en invierno.

De la aurora los fulgores
Tiñen de rojo sangriento
La bruma caliginosa
Que se levanta del suelo,

Semejante á la abrasada
Humareda de un incendio,
Y se alza el sol, y se aspira
La atmósfera del desierto.

Entonces, debajo de otro
La testuz guarda el carnero,
La yeguada se mosquea,
Juntándose en corro estrecho,

Y la perdiz y la alondra
Están, con el pico abierto
Y con las alas caidas,
Á la sombra de los setos.

Tan sólo el calor resisten
Los zumbadores insectos,
Cuyas corazas de oro
Despiden vivos reflejos;

Las tórtolas, que, escudadas
Por el pabellón espeso
De los pinos, siempre verdes,
De uno en otro van gimiendo,

Y las cigarras ventrudas
Que redoblan su concierto,
Saltando á la espiga seca
Que se desgrana á su peso.

¡Infeliz del campesino
Que, sudando, sin aliento
Y abrasadas las espaldas,
Va por los valles y oteros

El rubio trigo segando,
Que, convertido en pan tierno,
En manos del poderoso
Ha de ver, quizás hambriento!

Pero el triste, con su sino
Resignado y satisfecho,
Apenas si para mientes
En el día venidero,

Y duerme sobre la hacina
Tranquilo, mientras su dueño
Tal vez procura y no logra
Cerrar sus ojos despiertos.

Cuando repara en que apenas
Proyecta sombra su cuerpo,
¡Con qué placer deja el tajo,
Y en el parral, á cubierto,

Bebe á chorro en el botijo,
Aliña el gazpacho fresco,
Ó abre la roja sandía,
Que cruge bajo sus dedos!

Y cuando llega la noche,
¡Qué bullicio, qué contento
En las parvas de las eras,
Que sirven de mesa y lecho!

Hasta el capataz se olvida
De su alto rango y empleo,
Y en vez de acallar la zambra,
Alegre baila en el ruedo

Con alguna escogedora
De buen talle y ojos negros,
Que de amapolas y espigas
Orló su rostro moreno.

Aquí un mozo enamorado
Está á solas y en silencio
Ensartando arreboleras
Para aquella que ve en sueños;

Allí las espigadoras
Van buscando por los setos
Luciérnagas encendidas
Con que adornar sus cabellos,

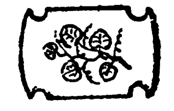
Y allá, en la vereda, se oyen
Los cantos del pasajero,
Que, más que cantos, parecen
Gemidos que lleva el viento.

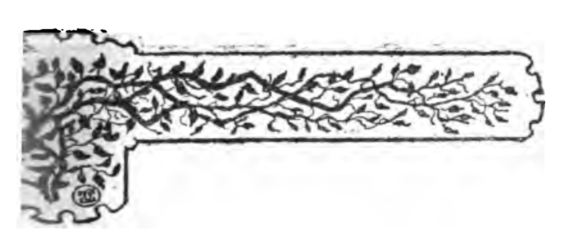
Mas bien pronto no se escucha
Otro rumor en el suelo
Que el del grillo, que ha tomado
De las cigarras el puesto.

Entonces, de las estrellas
Á los fugaces reflejos,
Responden nubes lejanas,
Ocultas tras de los cerros,

Con súbitos fusilazos,
Que encienden de grana el cielo,
Y que anuncian otro día
De más calor que el ya muerto.

Conil, Agosto, 1881.





EL VIEJO MARINERO.

I.

VIÉNELE el sol á encontrar,
Cuando declina y desmaya,
Absorto viendo llegar
Á la arena de la playa
Las roncas olas del mar.

Ya sigue la blanca estela
De la bien ceñida nave,
Que al dar al viento la vela,
Sobre las espumas vuela
Rozándolas como un ave;

Ya á algún pájaro marino
Que va tras el pez sin tino,
Zambulléndose en las olas,
É imitando con su trino
Dulcísimas barcarolas.

Ávido aún de belleza
Escala el coronamiento
De una antigua fortaleza,
Que hunde en el mar el cimiento
Y en las nubes la cabeza;

Y á medida que adelanta
Su ascensión, se le figura
Que la atlántica llanura
Lentamente se levanta
Suspendida de la altura.

Extático de placer
Mira en las aguas caer,
Como en hirviente crisol,
El rojo disco del sol
Que se ensancha al descender,

Y al disiparse sus huellas
De amaranto y de carmín,
Aparecer las estrellas
Temblorosas, blancas, bellas,
Como flores de jazmín.

Llama en esto á la oración,
El destemplado esquilón
De la ermita donde mora
La Virgen, dominadora
Del furibundo aquilón.

Y al escuchar tal sonido,
Ve que el rudo marinero,
Que quizás juraba fiero,
Calla, y se quita, vencido,
De la cabeza el sombrero;

Que no existe en derredor
Marinero ó pescador
Que, al desamarrar la lona,
No le rece con fervor
Una salve á su patrona;

Virgen santa, que presume
De no usar otra presea
Que de corales no sea,
Ni otro incienso que el perfume
Embriagador de la brea,

Y que por ricos ex-votos
Y por galas en su altar,
Quiere los vestidos rotos
De los náufragos devotos
A quienes salva del mar.

II.

Niño de diez años era,
Y ya estaba de grumete
En una barca costera,
Más que los vientos ligera
Cuando viajaba sin flete.

Desde entonces ha morado
Y combatido en los mares,
Hasta que el tiempo irritado
Echóle á tierra cargado
De recuerdos y pesares.

Y allí vive sin más gozo
Que contemplar el mar fiero;
Que para el buen marinero
La tierra es el calabozo
Donde vive prisionero.

Dejad que la vida alabe
De aquel que en el mar nacido
Y por sus vientos curtido
Tuvo por cuna la nave
Donde después ha vivido.

Su historia es todo un poema;
El mar al nacer le mece,
Y libre y robusto crece,
Mientras la brisa le quema
Y el trabajo le encallece.

En vez de las impiedades
Y vicios de las ciudades,
Aprende aquello que ha escrito
Dios mismo en las soledades
De lo inmenso y lo infinito.

Valeroso como bueno,
No sufre jamás desmayo,
Y en las borrascas sereno
Oye retumbar el trueno
Y mira de frente al rayo;

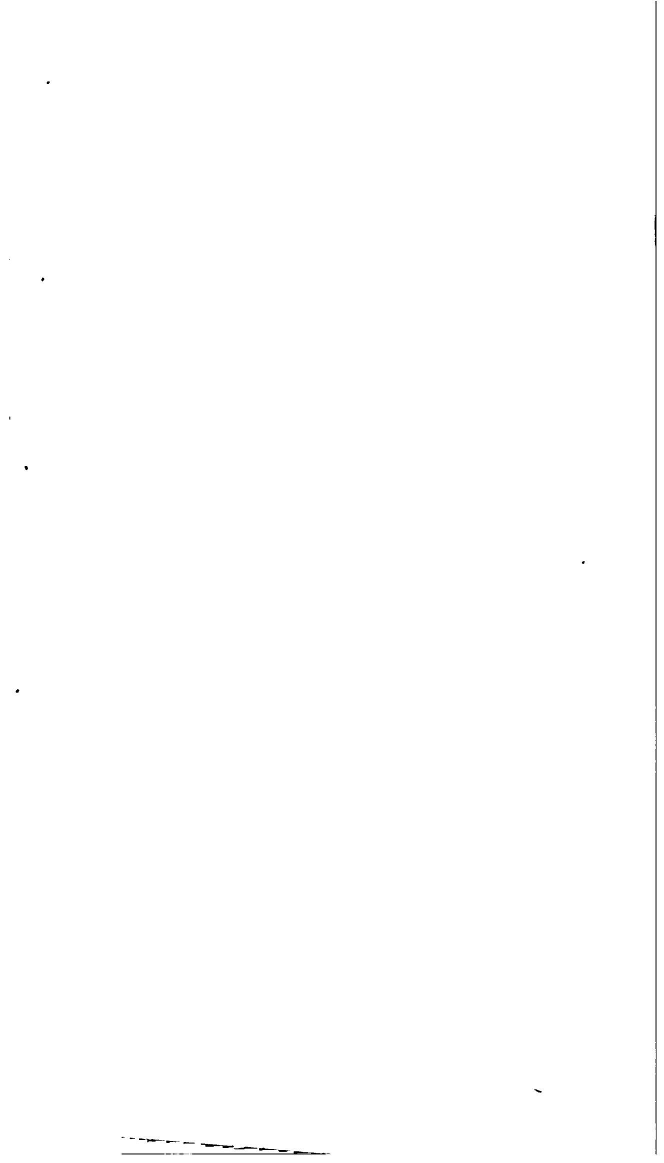
Y aún más sobrio que valiente,
Lo mismo que al mar rugiente,
Á la sed y al hambre reta
Con un sorbo de aguardiente
Y un pedazo de galleta.

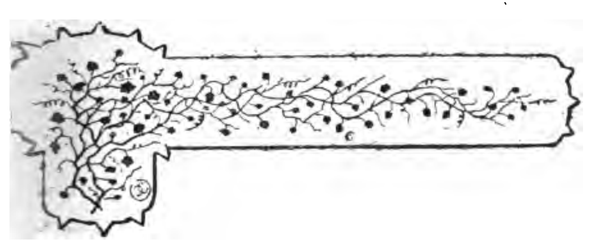
En tanto que el cortesano
Intenta ser libre en vano
Ó vive en tedio profundo,
Él, señor del Oceano,
Cien veces da vuelta al mundo.

Libre de odios y recelos,
Ni envidia gloriosos vuelos
Ni loca ambición le abruma,
Porque Dios le alza á los cielos
Sobre montañas de espuma.

Y cuando en un temporal
Su gloriosa vida acaba,
Cantando su funeral,
Le sepulta la mar brava
En un banco de coral.

Madrid, Diciembre, 1881.





Á MURILLO.

I.

Los dulces tonos con que apunta el día,
Del campo florecido los colores,
Los vívidos cambiantes y fulgores
En que quiebra á la luz la pedrería,
Todo cuanto es matiz, destello ó brillo,
Hasta el sol de la hermosa Andalucía,
Resplandece en los lienzos de Murillo.

En ellos interpreta
El humano ó divino sentimiento,
Con la luz, con la fé, con el aliento
Del pintor, del cristiano y del poeta.

Los sórdidos afanes del impío;
Los místicos arrobos del asceta;
La profunda mirada del profeta
Buscando el porvenir en el vacío;

La santa caridad consoladora
Cayendo como lluvia de rocío
Sobre quien sufre y resignado implora;
La fé que ciega á lo infinito avanza;
El torvo mal que se arrepiente y llora;
El plácido soñar de la esperanza,
Todo trocóse en luz bajo la mano
Del pintor peregrino,
Que unió á lo sumo del talento humano
La célica intuición de lo divino.

II.

Aquí Moisés, cuando de estéril roca
Hace brotar el agua cristalina
Y la insensata rebelión sofoca
De aquella plebe tornadiza y loca,
Que en un punto le ensalza, le acrimina,
Le bendice, le tiembla y le provoca.
Allá el Dios-Niño, débil, sonrïente,
Sin otra majestad que la hermosura,
Tan sólo omnipotente
Por la gracia, el candor y la ternura,
Y los querubes que, entre luz fulgente
Y con la casta desnudez por galas,
Ascienden á la altura
Escudando á la Virgen con las alas.

III.

Nadie, nadie cual él pintó á María,
La mística azucena,
La fuente del amor y la poesía;
La que las olas de la mar enfrena,
El poder de los rayos desafía
Y el huracán indómito encadena;
La que recuerda al alma extraviada
Los besos maternales
Y la oración dulcísima olvidada.
La que vierte el rocío en el sembrado
Y llena de racimos los parrales,
De espigas los trigales,
Y de flores innúmeras el prado;
La que, de blanca túnica vestida,
El manto azul al aire desplegado,
La cabellera en ondas esparcida,
Y en un cerco de soles la cabeza,
Lleva, al tender á lo infinito el vuelo,
En la frente nevada la pureza,
En los labios las mieles del consuelo,
En el pecho un tesoro de terneza,
Y en la mirada el esplendor del cielo.

IV.

Pintaba lo ideal. Genio profundo,
Comprendía que el arte soberano
Es el que sueña; porque el sueño vano
Es la más grande realidad del mundo.
Lo ignoto, lo impalpable, lo invisible,
Son lo bello, lo fuerte y lo fecundo.
Llena el orbe la luz, que es intangible;
El aroma embriaga y envenena;
Sofoca el humo, y el sonido atruena;
La llama abrasa; el huracán es fuerte,
Y el mar al mundo de terrores llena
Si, irritado, en espumas se convierte.

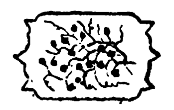
Así el alma también. ¿Qué es lo sentido
Dónde está lo soñado?
¿Quién no prefiere el porvenir fingido
Á los recuerdos del placer gozado,
Y á la verdad de un bien ya conocido
La ilusión de un misterio idealizado?
Humo es la gloria; luz el pensamiento;
El bien, perfume; los recuerdos, bruma;
Nube la pena; la esperanza, viento;
Sombra la dicha, y la pasión, espuma.
¡Ay! que no es más, en suma,
Cuanto al mundo conmueve,

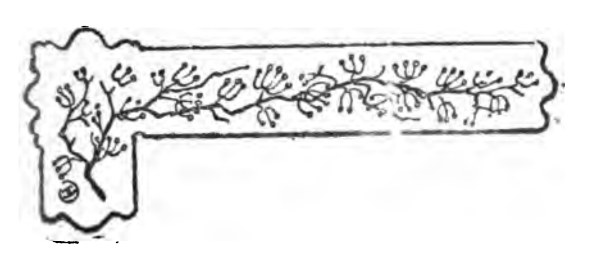
Y arrebata, y asombra,
Cuanto á los hombres á lo grande mueve,
Que humo, viento, perfume, espuma y sombra.

V.

Sueñe el artista, pues, con noble empeño:
El pensamiento humano,
Ni aun de las ciencias penetró en lo arcano
Sin las alas quiméricas del sueño.
Sueña Francklín, y atrae las centellas;
Sueña Wat, y el vapor se hace fecundo;
Sueña Newton, y fija las estrellas;
Sueña Colón, y se engrandece el mundo.

Madrid, 3 de Abril de 1882.





Á LA MUERTE

DE

D. JOSÉ MORENO NIETO [1].

I.

PASÓ por la sociedad
Con la pobreza por cruz,
La mente llena de luz
Y el corazón de bondad.
¡Cuántos hoy en orfandad!
Llora el artista al hermano,
La religión al cristiano,
La cátedra al profesor,
La tribuna al orador
Y la patria al ciudadano.

(1) Leida en la sesión solemne que, á la memoria de hombre tan estimable, se verificó en el Ateneo.

Nada que iguale al pesar
De este Centro del saber,
Que fué su amor, su placer,
Su templo, casi su hogar.
¿Quién le dejó de admirar
Y de amarle, si le oyó?
¿Quién del sabio no aprendió?
¡Cuánta ciencia que aquí brilla
Es fruto de la semilla
Que su palabra sembró!

¡Que blasfema el ateismo!
¡Que amenaza la anarquía!
¡Que hunde en lodo á la poesía
El procaz naturalismo!
¡Que maldice el pesimismo!
¡Que todo es horror y duelo!...
¿Qué importa? Reine el consuelo.
Su voz, que al bien rinde palmas,
Va á caer sobre las almas
Como rocío del cielo.

Pálido y baja la frente,
Su habla surge armoniosa,
Sollozante y temblorosa
Como el raudal de una fuente.
Corre y se trueca en torrente,
Y en catarata y turbión;
Sus miradas rayos son;

Se crece, el recinto llena,
Y sacude la melena
Y ruge como el león.

Es que al buscar la verdad
En vigor trueca el desmayo,
Que la verdad, como el rayo,
Fulgura en la tempestad.
La zozobra desechad
Si tal vez abate el vuelo;
¡Aunque se incline hacia el suelo
La antorcha que el fuego inflama,
Se alzará siempre la llama
Buscando trémula el cielo!

Dejadle que se remonte
Aun más allá de la nube.
¡Cuanto más alto se sube,
Más se agranda el horizonte!
¡Dejadle que al sol afronte!
Sólo la ruindad traidora
Prefiere, pues bajo mora,
Lo que arraiga á lo que vuela,
El quieto mar que se hiela
Al que lucha y se evapora.

Su voz parece que estalla
En ese azul trasparente,
Que es vía para el creyente,

Para el ateo muralla;
Y allí, en las alturas, halla,
No el grito de maldición,
Ni la sorda imprecación,
Ni la carcajada impía,
Sino la dulce armonía
Del himno y de la oración.

Su palabra no produce
Humo sólo y vano ruido,
Cual verde leño encendido
Que ni calienta ni luce.
Es amor que al bien induce,
Arte que obliga á admirar,
Ternura que hace llorar,
Arranque que hace temer,
Persuasión que hace creer
Y ciencia que hace pensar.

II.

Mas ¡ay! que todo es soñado,
Y al despertar siento el frío
Que hay en el nido vacío
Ó en el templo abandonado.
¡Cayó el atleta esforzado,
Luchando por lo ideal;
El que con fé celestial

Rompía la sombra espesa,
Como la luz atraviesa
Por el agua y el cristal!

¿Qué será aquí sin tu aliento
De la Fé, muriente brasa,
Que hoy no luce si no pasa
Por ella un soplo de viento?
Vivirá sólo un momento,
Cual planta que á germinar
Llega en impropio lugar
Y se agosta sin dar flor,
Falta de riego, calor
Y tierra donde arraigar.

¡Ay, cuánto nos arrebata,
Con tu vida, la fortuna,
Contigo desde la cuna,
Á más de ciega, insensata!
¡Oh, qué vida tan ingrata
Te hizo la infame vivir!
¡Tanto debiste sufrir
Y tanto á solas llorar,
Que tal vez al espirar
Te alegrabas de morir!

Arrastrándose subía
Á donde tú con las alas
La ineptitud, que tus galas

Te robaba y se vestía.
Tu virtud se detenía
Ante el logro cortesano,
Cual la fuente que en el llano
Embebe la linfa pura,
Por no perder su dulzura
En el cieno del pantano.

Artista, sufriste el yugo
De esa crítica grosera,
Que se vende cual ramera
Y azota como verdugo.
Con tu llanto amargó el jugo
Que te brindó en su festín;
De tu ciencia hizo botín,
Te llenó el alma de dudas,
Y te besó como Judas,
Y te hirió como Caín.

Combatías á la vez,
Amigo, con el ingrato,
Sabio, con el insensato,
Sencillo, con la doblez:
Te estrechaba la escasez
Y te mordía el rencor,
Y tú, entre tanto dolor,
Gozabas en perdonar,
En bendecir y en sembrar
Las semillas del amor.

III.

En las horas de amargura,
¡Con qué afán recordarías
La niñez, las alegrías
De tu hogar de Extremadura!
¡La inocente travesura,
La infantil animación,
Del campo la seducción,
La ternura sobrehumana
De aquella madre cristiana
Que te formó el corazón!

Y después la edad hermosa,
Cuando, naciendo al amor,
El capullo se hace flor
Y la ninfa mariposa.
Edad para tí dichosa,
En que, abrasado en deseos,
Alternabas los recreos
Y fatigas del trabajo
Con excursiones al Tajo
Y amorosos devaneos.

En Toledo la Imperial.
Tu corazón y tu mente
Bebieron con sed ardiente

En artístico raudal.
Que allí la ojiva ideal
Con la greca pompeyana;
Junto á la ninfa pagana
La bizantina escultura,
Y la arábiga escritura
Con la leyenda cristiana.

Ó bien, con ansia febril,
Te acosaban las memorias
De aquella ciudad de glorias,
Tan llorada por Boabdil.
De la que en Darro y Genil
Retratada al par se mira;
Donde aún la guzla suspira
Á compás del ruiseñor,
Y duerme amenazador
El volcán de Sierra-Elvira.

Allí, los cerros bermejos,
La Alhambra, el Generalife,
Donde agotó el alarife
Los mármoles y azulejos;
Allá la vega; más lejos
La nevada serranía;
Aquí la alameda umbría,
Pájaros, fuentes y flores,
¡Todo bañado en colores
Por el sol de Andalucía!

Y evocabas la era gràta
En que hollaban los corceles
La cuesta de los Gomeles
Con herraduras de plata;
Y la dulce serenata
Que á la odalisca recrea,
Y da celos á la hebrea
Que mira al Abencerraje
Tras los pretiles de encaje
De la oriental azotea.

Ora aquel tiempo de luz
En que Isabel la inmortal
Atravesaba el Real
Rigiendo un potro andaluz.
Feliz tiempo, en que la Cruz,
De nuestra patria sostén,
Después de lograr el bien
De abrazar á España entera,
Buscó otro mundo en la esfera
Para abrazarlo también.

IV.

Cuando en medio del dolor
Soñabas ¡ay! de esta suerte,
Vino callada la muerte
Á darte sueño mejor.

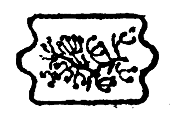
Se inclinó á tí con amor,
Y tú, sintiendo á la par
Algo de dicha y pesar,
Rompiste en dulce gemido,
Y te quedaste dormido
Para nunca despertar.

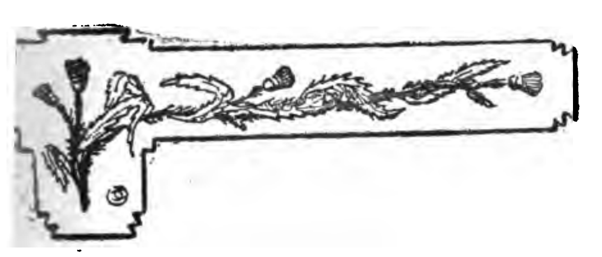
¿Cómo hallar la honda expresión
Que pinte nuestro quebranto,
Ciegos los ojos de llanto
Y nublada la razón?
¿Y cómo, si el corazón,
Avaro del sentimiento
Que le hace latir violento,
Lo guarda, cual si temiera
Que, al estallar, se perdiera
Como perfume en el viento?

Son las voces desgarradas
Propias de falsos afanes,
Nubarrones y huracanes
Sin las lluvias deseadas.
Las penas, al ser cantadas
Y dejar su cautiverio,
Pierden del alma el imperio;
Que el verdadero dolor
Oficia, como el amor,
En el altar del misterio.

¡Adios! ¡adios! ¿Con el mundo,
Qué porvenir se te cierra?
¡Cuando no es polvo la tierra,
Es peor, es barro inmundo!
De lo ignoto en lo profundo
Está el raudal del consuelo;
Y mitiga nuestro duelo
El saber que tienes alas,
Y que las tiendes y escalas
Las altitudes del Cielo.

Madrid, 4 de Marzo de 1882.





EL TRABAJO.

I.

CUANDO el *fiat* de la nada
Salir hizo el Universo,
Y á un soplo de Dios los seres
En la tierra aparecieron,

Á la fuerza poderosa
Del instinto obedeciendo,
El águila, al sol mirando,
Salvó las nubes de un vuelo;

Encrespada la melena,
Corrió el león al desierto,
El jabalí á la montaña,
Y la gamuza á los hielos;

El pez surcó el Oceano,
Perseguido y persiguiendo;
Púsose astuto el raposo
Bajo el zarzal en acecho;

La hormiga labró sus trojes
Y comenzó su acarreo;
La abeja voló zumbando
Hacia la flor del romero,

Y arrancándose la alondra
Sedosas plumas del pecho,
Bajo la grama hizo el nido
Y se alzó, cantando, al cielo.

II.

Á poco, con limo blando
Fué modelado un sér nuevo,
Que por débil é ignorante,
Los demás escarnecieron.

Miró hacia el sol, deslumbróse;
Corrió, faltóle el aliento;
Probó un fruto, le halló amargo;
Fué hacia otros seres, le huyeron;

Bajó al llano, se hundió en lodo;
Subió al monte, le hirió el hielo;
Se guareció en una cueva,
Y las fieras le embistieron;

Hasta que, al cabo, rendido
Y espantado, cayó al suelo
Con el caos en la mente
Y la congoja en el pecho.

¡Oh, cómo entonces cambiara
Por los músculos de acero
Del tigre y de la pantera
Los de sus débiles miembros;

Por la hirsuta piel del oso,
La suya, que helaba el cierzo;
Su carrera fatigosa,
Por la rápida del ciervo;

Su inteligencia dormida,
Por el instinto certero,
Y sus brazos, por las alas
De los halcones soberbios!

III.

Confuso y anonadado
Permaneció largo tiempo,
El suspiro en la garganta,
De llanto los ojos llenos

Y su faz entristecida,
Absorto, copiada viendo
De una fuente rumorosa
En el tembloroso espejo;

Cuando obligáronle, á un punto,
Á alzar la vista á los cielos
La fúlgida luz del rayo
Y el estampido del trueno.

Y al ver que los seres todos
Horrorizados huyeron,
En tanto que él contemplaba,
Alta la frente y sereno,

Cómo las nubes corrían
Impulsadas por el viento,
Y cómo se desgarraban
En pabellones de fuego,

Rompió en un grito salvaje
De entusiasmo y de contento;
Grito que fué la plegaria
Primera que oyó el Eterno.

IV.

Ante el rayo despertóse
El humano pensamiento,
Ave audaz que á lo infinito
Se lanzó del primer vuelo.

Y, desde aquel punto, el hombre
Tuvo á los seres por siervos,
Por esclava la materia,
Y la inmensidad por templo.

Albergue buscó en la gruta,
Vistió su desnudo cuerpo,
Armóse y venció á la fiera,
Robó la lumbre al incendio.

Apacentó los rebaños,
La tienda alzó en los desiertos,
Amasó la blanda arcilla,
Tramó la red, forjó el hierro,

Y surcó las bravas olas
De los mares con el remo,
La tierra con el arado,
Y con la mente los cielos.

V.

De entonces nada resiste
Á sus trabajos de Anteo,
Y á la verdad y á la dicha
Va de progreso en progreso.

Ayer mirando á la altura,
El campesino caldeo
Daba á los astros los nombres
De sus ganados y aperos;

El marino recorría
Los mares sin rumbo cierto,
Á merced del oleaje
Las corrientes y los vientos;

Una cordillera, un bosque
Enmarañado y espeso,
Eran muros que encerraban
Al hombre en límite estrecho;

Siendo su ciencia el absurdo,
Y su culto el sacrilegio,
Y la memoria su libro,
Y la fuerza su derecho.

Hoy mide y pesa los astros,
Conoce sus derroteros,
Analiza su materia
Y descubre sus misterios.

Con la brújula por guía,
Surca los mares soberbios
Tan seguro como el ave
La región del firmamento;

Mina las altas montañas
Con la pólvora y el hierro;
Salva el abismo con puentes;
Hace de un istmo un estrecho,

Y por un hilo de alambre
Trasmite su pensamiento,
Con la rapidez del rayo,
De un continente al opuesto.

VI.

El trabajo es ley forzosa;
Todos los hombres obreros;
Este que guía un rebaño,
Aquél que gobierna un pueblo;

Lo mismo el que ara la tierra
Que el que interroga á los cielos;
El que piensa, y el que imprime
En el libro el pensamiento.

¡Bendito el trabajo sea;
Fuente de paz y consuelo,
Nobleza de los humildes,
Y de los malvados freno!

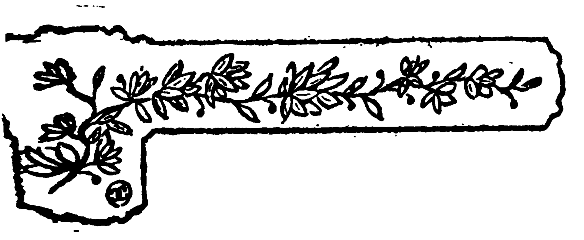
Él dió á conocer á Newton
Las leyes del firmamento,
Y la carrera del globo
Al insigne Galileo;

Él dió á Guttenberg la idea
De inmortalizar el *verbo*,
Y entregó á Franklín el rayo,
Y á Colón un mundo nuevo;

Y él, en fin, prestando fuerza,
Constancia y luz á los genios,
Levantó las catedrales,
Dictóle estrofas á Homero,

Esculpió el mármol con Fidias,
Pulsó la lira de Orfeo,
Con Velázquez pintó al hombre,
Y con Murillo los cielos.

Madrid, Junio de 1882.



CARTA JOCO-SERIA

AL EMINENTE POETA,
EGREGIO NOVELADOR,
Y ACADÉMICO PRECLARO
PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

Aranjuez, corriendo el día
De tu santo y tu patrón,
Año ochenta y tres del siglo
De las luces y el vapor.

AUNQUE este romance afrente
Á los que al Cid Campeador
Hizo la homérica musa
Del noble pueblo español;

Convencido de que en prosa
Escribiría peor,
En verso y á vuela pluma
Voy á escribirte, Alarcón.

Y por no causarte enfado
Con el obligado «*Dios*
Te dé cien días cual éste,»
Haré de fé profesión.

Te abrazo de pensamiento;
No cual la hiedra, traidor,
Para robarte la savia
Y alcanzar tu elevación;

Que no ambiciono más gloria,
En mis ensueños de autor,
Que espejo ser de la tuya
Cual lo es la fuente del sol.

Y esto al decir, ni te adulo
Ni en tí busco adulador;
Que es humo, al cabo, el incienso
Que causa sofocación,

Y la miel de la lisonja,
La baba del caracol,
Que, al querer lustrar, marchita
Los pétalos de la flor.

Tú eres en el arte un astro
De vívida luz, y yo,
Luciérnaga que en la noche
Lanza tenue resplandor.

Cada huella de tu paso
Es inmortal inscripción,
Mientras que borra el olvido
Las huellas que dejo en pos.

Las cien trompas de la Fama
Tienen ya ronca la voz
De ir pregonando tu nombre
Del mundo por la extensión;

Mi nombre oscuro, hasta ahora
Otro eco no repitió
Que el de algún clarinetillo
Cascado y disfamador.

Tú marchas sobre la tierra
Con paso seguro; yo,
Inquieto como el azogue,
Voy de salto en tropezón.

Para combatir me faltan
Fuerza, constancia y valor;
Tú, en cambio, más rejo tienes
Y más puños que Sansón.

Yo soy avecilla muda;
Tú, canoro ruiseñor;
Sólo en no tener dinero
Nos parecemos los dos;

Mas ni en eso, ¡vive Cristo!
Que tan miserable estoy,
Que por muy poco que tengas,
Has de tener más que yo.

Mas no queriendo que digas
Que me pongo en lo peor,
Te haré de mis buenas prendas
Minuciosa relación.

Soy poeta; mas no ahueco,
Como otros muchos, la voz,
Queriendo pasar por cisne,
Siendo pobre moscardón;

Ni soy de aquellos que quitan
Al vuelo todo valor,
Y se arrastran por el fango
Para hallar la inspiración.

No busco prestado brillo
Para dar más resplandor,
Ni igualar pretendo al genio
Traspasando la razón.

No quito al hombre consuelos
Para aumentar su dolor,
Ni por mirar al enigma
Le vuelvo la espalda á Dios.

No soy de aquellos que atacan
Á su patria y religión,
Hijos viles que golpean
El pecho que les nutrió;

Ni de mis versos trasciende
El punzante mal olor
De aquellos que llevan muerto
En el pecho el corazón.

En más tengo al gusanillo
Que, echando de flor á flor
Tenues hebrillas de plata,
Se mece tranquilo al sol,

Que al animal sanguinario,
Ya reine como el león,
Ya tenga el vuelo incansable
Del águila ó del condor.

De cuanto existe, tan sólo
Del musgo envidioso estoy,
Y es porque tiene bastante
Para saciar su ambición,

Con un asiento en la peña,
Un soplo de aire al albor,
Una gota de rocío
Y una mirada del sol.

Son amar y ser amado
Mi ventura y mi ilusión:
Todo, amando, lo resuelvo,
Que las almas sin amor,

Nada igual á los jardines
Que al Alcázar forman cerco,
Con sus fuentes de mosáicos,
Kioskos y baños turquescos,

Albercas y surtidores,
Arriates de azulejos,
Laberintos de arrayanes
Y bosques de limoneros.

En una noche de estío
De esas de dulce misterio,
En que al amor y al reposo
Convidan, al mismo tiempo,

Del ruiseñor las querellas,
De las flores el incienso,
Las miradas de los astros
Y los suspiros del viento,

Espera Zaida á su amante,
Perdida la mente en sueños,
En un pabellón morisco
De enredaderas cubierto.

Echada está en alcatifas
Y almohadones damascenos.
Lleva brial de seda jalde,
De perlas bordado el velo,

Ajorcas de filigrana,
Sandalias persas de cuero
Y un abanico de plumas
De pájaros del desierto.

Ya á una blanca margarita
Pide nuevas de su dueño;
Ya las hojas de una rosa
En su frente va rompiendo,

Rosa que, con ser su hermana,
Tiene amarguísimos celos
Del color de sus mejillas
Y el aroma de su aliento.

Una red de sirgo y perlas
Aprisiona sus cabellos,
Que si fueran desatados
Arrastraran por el suelo,

Y, al mirar, abrasarían
Sus rasgados ojos negros,
Si las sedosas pestañas
No templasen sus destellos.

Rojos y húmedos los labios
Y á la sonrisa entreabiertos,
Cuando los cierra, parece
Que van á estallar en besos;

Y si sueña con amores
Toma su mórbido seno
Del ala de la paloma
El vivo estremecimiento.

Tiene el candor de la niña,
De la mujer el despejo,
De una reina la arrogancia
Y de heroina el denuedo.

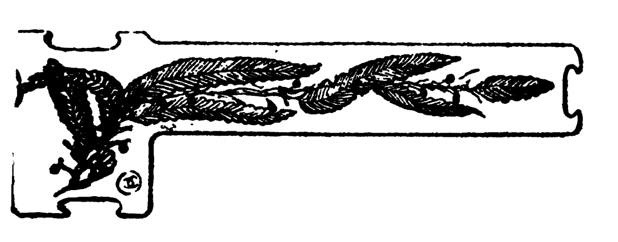
Si la miran, se sonroja
Cual brasa que aviva el viento;
Si la ofenden, ruge altiva
Ó abruma con su desprecio;

Y su corazón se mueve
Á todos los sentimientos,
Á los que surgen del mundo
Y á los que bajan del cielo,

Como junco de ribera
Al que estremecen á un tiempo
La brisa que va volando
Y el agua que va corriendo.

Marzo, 1882.





Á MI QUERIDO AMIGO

JUAN LÓPEZ VALDEMORO.

EL INVIERNO.

I.

Tan sólo aquello que entristece ó daña
Con vida y fuerza en el invierno frío,
El ciprés, el abrojo y la cizaña.

Seco está el bosque y el nidal vacío,
La fuente pura convertida en hielo,
Muda la alondra, desbordado el río;

Y para colmo de tristeza y duelo,
El viento ruge, brama el Oceano,
Y en lluvia y rayos se desata el cielo.

II.

Pero no haya temor que al aldeano
La fiera tempestad ate ó restriña;
Llueva ó granice, desparrama el grano,

Poda el verde olivar, cava la viña,
En la almazara prensa la aceituna
Ó ara de sol á sol en la campiña.

III.

En las noches clarísimas de luna,
Rompiendo el hielo, al chapuzar osado,
Grazna el pato silvestre en la laguna,

Y de clima remoto y agostado,
De grullas llega innúmera bandada
Á saciar su apetito en el sembrado.

IV.

¡Mas cuán triste la noche de nevada!
En vano entre las zarzas el raposo
Espera de la liebre la llegada.

Casi aterido el pájaro medroso,
Sobre la rama que abatió la nieve,
Rebúllese piando, sin reposo.

Ni el mismo buho, cazador aleve,
ue es de las sombras y la lluvia amante,
ı vieja encina á abandonar se atreve.

Ladra medroso el perro vigilante;
orradas las veredas, se extravía
se hiela á la par el caminante,

Y hasta aquel que á cubierto desafía
De la noche el rigor, tristeza siente
Y espera ansioso que despunte el día.

V.

¡Y despunta tan bello y sonriente!
Bajo el hielo, irisado por la aurora,
En los surcos revienta la simiente.

Tibia el aura, las nubes evapora,
Y al sacudir la nieve, la arboleda
Parece un almendral que se desflora.

La nevatilla corre en la vereda,
Y el mirlo de la iglesia en la espadaña,
De otras aves los cánticos remeda.

Á su guarida vuelve la alimaña,
Y el rebaño, al triscar, deshace el hielo
Y alegra con la esquila la montaña.

Suena del alba el toque de consuelo,
Que hace al hombre marchar á su tarea
Y á las palomas levantar el vuelo,

Y principia á humear la chimenea,
Y los campos se llenan de cantares
Y de gritos de júbilo la aldea.

VI.

¡Cuánta dicha en los prósperos hogares,
Cuánto afán en la mísera buhardilla
Y cuántos cataclismos en los mares!

La bien oliente, resinosa astilla
Cruge lamida por la roja llama
Que chispeando se retuerce y brilla,

Y al incierto fulgor de la soflama,
La familia, entre tímida y gozosa,
La narración escucha de algún drama.

Concluida la plática sabrosa,
Ríndense el niño y el anciano al sueño,
Habla el galán con la doncella hermosa;

Y el gato, cerca del ardiente leño,
Con el pelo erizado, desafía
Al lebrel que, roncando junto al dueño,

Sale de su letárgica apatía
Y gruñe con furor, cuando las puertas
Hace crugir la tempestad bravía.

VII.

En las calles medrosas y desiertas
En vano los mendigos desgraciados
Tienden para pedir las manos yertas.

Al volver á su hogar desesperados,
Encuentran entre harapos é inmundicia
Á sus hambrientos hijos casi helados,

Y dudando de Dios y su justicia,
Éste rompe á llorar, y aquél blasfema
Y la idea del crimen acaricia.

En tanto estudia el sabio algún problema,
Y fiebre inspiradora dicta al vate
Las estrofas rotundas de un poema.

En el regio palacio del magnate
La riqueza, la luz y la armonía,
Á las pasiones sirven de acicate;

Y en los vicios buscando la alegría,
La loca juventud con ansia apura
Los amargos placeres de la orgía.

VIII.

Rompe la tempestad. ¡Con qué amargura
Se acuerda de su hogar el marinero
Que los mares recorre á la ventura!

—«¿Qué de la vieja madre que venero,
Y qué de la hermosísima doncella,
Que me aguarda anhelante, si yo muero?»—

Así el infortunado se querella
Atónito mirando el oleaje
Y el fúlgido zig-zag de la centella.

Y es tanto de las olas el coraje,
Que hasta el mismo alcatraz que en ellas vive
Busca amparo del buque en el cordaje.

No hay quien la furia de la mar esquive;
Al débil barco con su fuerza abruma
Y el marino á la muerte se apercibe.

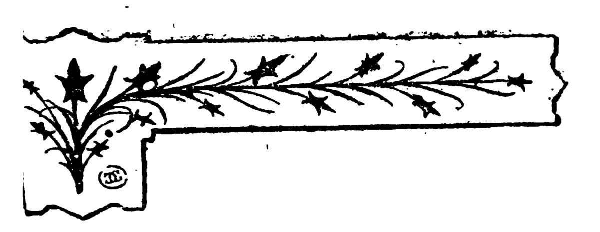
Ya alza la nave como leve pluma
Á la región del firmamento mismo
Sobre montañas de hervidora espuma,

Ya implacable en su fiero despotismo,
La vuelca, la destroza, la anonada,
Y la sume en el fondo del abismo.

....

Al primer resplandor de la alborada,
Aun aferrado rígido á un madero,
Á merced de las olas sobrenada
El cadáver del triste marinero.





APUNTES DE NOCHE-BUENA.

I.

EL NACIMIENTO.

La tarde de Navidad,
Un niño, envuelto en andrajos,
Corría con ansiedad
Por trochas y por atajos
Camino de la ciudad.

Pero la noche cerró
De repente tan oscura,
Que en el monte se perdió,
Y medroso, á la ventura,
Caminando prosiguió.

Cuando ya desfallecía,
Una luz que vió á lo lejos
Le infundió más alegría

Que los rosados reflejos
Que anuncian el nuevo día.

En ella fijos los ojos,
Por el llanto acerbo rojos,
Aligeró el paso breve
Por entre zarzas y abrojos
Que iba bordando la nieve.

Y después de caminar
Tan veloz como su anhelo,
En una casa fué á dar,
Y el triste creyó llegar
Á los umbrales del cielo.

De la casa en lo interior
Resonaban á la vez
La zambomba, el almirez,
La guitarra y el tambor.

Y olvidando sus pesares
Absorto quedóse, oyendo
El descomunal estruendo
De músicas y cantares.

Cuando de tal abstracción
El hambre le hizo salir,

Empinóse para asir
De la puerta el aldabón.

Mas no lo pudo alcanzar,
Y llamó con débil mano,
Hasta que notó que en vano
Se fatigaba en llamar.

Dentro el bullicio aumentó,
Y el niño, yerto de frío,
Llorando y falto de brío,
En el umbral se sentó.

No lejos de la anchurosa
Chimenea de campana,
Donde está colgado al humo
Lo mejor de la matanza,

Levántase el Nacimiento
De tanto bullicio causa,
Sobre mesas y tarimas
Y orlado de verdes ramas.

¡Cuánto lujo y artificio!
¡Qué obra tan bella y tan magna!
¡Hasta al mismo Churriguera
Envidia y pasmo causara!

La guardia civil asoma
Á las torres almenadas
Del castillo, donde Herodes
Tocar á degüello manda.

Junto á San José y la Virgen
Que van pidiendo posada,
Vende fósforos un niño
Y un tren de viajeros pasa.

Al lado de un pretoriano
Está un pastor de la Alcarria,
Y un oso blanco á la sombra
De una palmera africana.

Aquí arroyuelos de vidrio
Donde las manolas lavan,
Y allí una iglesia que tiene
Cascabeles por campanas.

Por las veredas angostas
De una altísima montaña,
Hecha de corcho pintado
Y de papeles de estraza,

Con los jibosos camellos,
Los tres Reyes magos bajan
Precedidos de una estrella
Rabuda de hoja de lata.

No muy lejos, los pastores,
Que están de cena, se espantan
Viéndose venir encima
Un ángel de luengas alas;

Y camino del pesebre,
Donde echado sobre paja
Y entre flores y candelas
El Niño de Dios descansa,

Todos los seres del mundo
En tropel revuelto marchan,
Desde el elefante al gallo,
Desde el labriego al monarca.

En torno del Nacimiento
¡Qué estrepitosa algazara!
Viejos, mozos y rapaces
Todos ríen, todos cantan.

Á poco viene la cena,
El vino añejo se escancia,
Y á los cantares suceden
Gritos, y risas, y chanzas.

Tras de la sopa de almendras
Y la rica besugada,
Sírvese el pavo relleno
De aceitunas y de pasas:

Y el mazapán y el hojaldre
Siguen á las empanadas,
Y el turrón y la jalea
Á las nueces y castañas.

Hierve el mosto en los cerebros,
Y se rompe toda traba;
Enamóranse los mozos,
Hasta los ancianos bailan,

Y los traviesos rapaces
Á porfía y con tal gana
Alborotan, que parece
Que se está hundiendo la casa.

Y no termina el estruendo
De la jubilosa zambra
Hasta que asoma en Oriente
La primera luz del alba.

¿Qué en tanto del inocente
Que afuera cayó rendido?
Escuchando aquel rüido,
Aturdióse, y lentamente
Se fué quedando dormido.

Entonces creyó soñar
Que cada copo nevado,
Que iba cayendo á su lado,
Se trocaba en el manjar
Ó en el juguete anhelado,

Y que, descorrido el velo
De las nubes, le invitaba
Su madre á subir al cielo,
Y que á ella, en rápido vuelo,
Alegre se remontaba.
. . . .
. . . .

Al lucir el nuevo día,
De la casa en el umbral,
El cadáver se veía
De un niño, que sonreía
En éxtasis celestial.

II.

LA NOCHE-BUENA DE LOS LOBOS.

La noche es oscura y fría:
Baja el lobo de la sierra
Cauteloso olfateando
Y al viento dada la oreja.

Cual fuegos fatuos relucen
Sus ojos en las tinieblas,
Y con paso no sentido
Al callado redil llega.

Descuidados los pastores
La Natividad celebran,
Y el perro deja la guarda
Atraido por la cena.

De pronto tristes balidos
Á los pastores despiertan.
Que ¡al lobo! gritan y azuzan
Los perros contra la fiera.

Pero tarde: llega el lobo
Á su cubil con la presa,
Y tiéndese hijadeante
Clavando la zarpa en ella.

En una casa mezquina
De entrada oscura y estrecha,
Sobre un mostrador echado
Está un hombre de faz seca.

Ojo avizor, oido atento,
Como el lobo cuando acecha,

Todos los sentidos pone
De su tugurio en la puerta.

Ábrese, al fin, lentamente,
Y una pobre mujer entra,
Que la manta de su lecho
En manos del hombre deja.

—«Esta noche tendré frío
—Dice al bajar la escalera,—
Mas los hijos de mi alma
Cenarán, que es Noche-Buena.»—

Aún más desgraciado el pobre
Que las tímidas ovejas,
No tiene contra los lobos
Ni perros que le defiendan.

III.

LOS SUEÑOS.

Ya el nacimiento del niño
La familia festejó.
Todos duermen, todos sueñan;
¿Mas cuáles sus sueños son?

Junto al pecho de su madre
El niño sueña con Dios,
Y ella sueña que le nutre
Con su propio corazón.

Sueña el rapaz con sus juegos,
La doncella con su amor,
El padre con los fantasmas
Brillantes de la ambición,

Y el abuelo, como el niño,
En Dios sueña con fervor;
¡Que es toda la vida un sueño
Que empieza y termina en Dios!

IV.

LA FELICIDAD Y LAS ESTACIONES.

Para ser feliz—decía
Á sus nietos una anciana,—
Es preciso que el invierno
Jamás penetre en la casa;

Que el verano esté en los trojes,
El otoño en las tinajas,
Y la alegre primavera
En el interior del alma.

V.

EN LA CÁRCEL.

Tendido en el duro suelo
De un húmedo calabozo,
Duerme un criminal, tan malo
Como feroz es su rostro.

De guitarras y zambombas
Despiértale el alboroto,
Y—«¡Madrecita del alma!»—
Dice, rompiendo en sollozos.

VI.

UN ALMA EN EL MAR.

¿Por qué mientras todos brindan
Cantando y riendo al par,
Aquella mujer hermosa
Tan triste y callada está?

Es ¡ay! que la Noche-buena
Es noche de tempestad,
Y el hijo de sus entrañas
Los mares cruzando va.

VII.

EL EXPÓSITO.

De un grandísimo edificio
En una sala muy grande,
Desvelados en sus lechos
Están doscientos rapaces.

¡Cuánto dieran por unirse
Á los que van por la calle
Entonando villancicos
Y haciendo sonar el parche!

Mas ¡ay! que de aquella casa,
Cuartel, hospital y cárcel,
Salir no pueden, so pena
De ser víctimas del hambre.

Un niño de pocos años,
Cuyas mejillas de ángel

Á voces están pidiendo
Las caricias de una madre,

Incorpórase en el lecho
Para escuchar los cantares,
Pero un celador que llega
Le reprende con coraje.

Y el niño tiembla de miedo
Al ver tan duro semblante,
Y llora y dice:—«¡Dios mío,
Por qué no tenemos padres?»—

VIII.

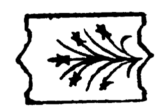
FIN DE AÑO.

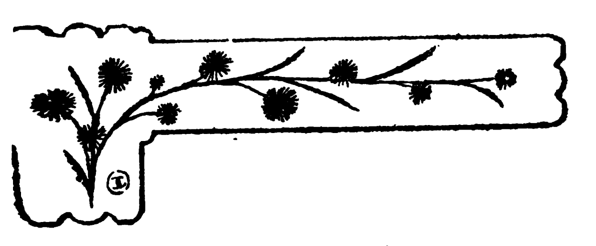
¡Oh cuánto nombre de grandeza vana,
Que se creyó inmortal, desvanecido
Al extinguirse el último tañido
Con que anunció la muerte la campana!

¡Cuánto magnate de hoy, polvo mañana,
Que barrerá la mano del olvido,
Como barre el *simoun* embravecido
Las huellas de perdida caravana!

¿Qué gloria, qué poder que no sucumba?
Cuanto más alto el muro, menos fuerte
Y con mayor estruendo se derrumba.

Todo al fin en cenizas se convierte,
Y á todos deja iguales en la tumba
El nivel del olvido y de la muerte.





TOROS Y CAÑAS.

(SIGLO XV.)

ROMANCE MORISCO.

I.

TODO en la ciudad es fiesta,
Regocijo y algazara,
Y ecos de guzlas, clarines,
Atabales y dulzainas.

Verdes juncias y romero
Alfombran calles y plazas,
En terrados y alminares
Hay banderas desplegadas,

Y colgaduras de seda
Con rapacejos, y franjas,
Y bordados y divisas
Engalanando las casas.

En apretados cordones
Ó en tropel las gentes ganan,
Luciendo vistosos trajes,
La plaza de Vivarrambla,

Donde moros y cristianos,
El hierro trocado en galas,
Hoy con júbilo celebran
Fiesta de toros y cañas.

II.

Tal se llenan los andamios
Que crujen bajo la carga,
Y en los altos miradores,
Azoteas y ventanas,

Ó en riquísimos estrados
De telas adamascadas,
Venciendo al sol se presentan
Las huríes africanas.

Cuadro de tal hermosura
Jamás se ha visto en Granada,
Tan famosa por el brillo
De sus torneos y zambras.

El cielo sin una nube,
Templado el sol, tibia el aura,
Que se impregna del aroma
De las flores y del ámbar;

En huecos y praderías
La multitud apiñada
Vestida de mil colores
Que la luz aviva y cambia;

Los rostros todos alegres,
Las aposturas gallardas:
Tal la escena, que no hay pluma
Ni pincel para pintarla.

Los hombres lucen emblemas
En capellares y adargas,
En bonetes y turbantes,
En plumas, joyas y mangas;

Y las damas terciopelos,
Y tafetanes, y gasas,
Recamos de pedrería,
Volantes, vivos y randas.

Aquí flotan alquiceles
Guarnecidos de esmeraldas,
Los albornoces, las tocas
Y los lazos de las bandas;

Allá los ojos deslumbran
Del oro el reflejo gualda,
El brillo de los diamantes
Y el fulgor de las miradas.

Junto al negro de Etiopía,
El beduino de Arabia;
Entre el marroquí y el turco,
El moro de la Alpujarra;

Al lado del sibarita
El guerrillero almogávar,
Y entre libres andaluzas
Hermosas griegas esclavas.

Y á tal cuadro que el sentido
Suspende, deleita y pasma,
Se junta el loco concierto
Del aire de las sonatas,

El relincho de los potros,
El redoble de las cajas,
Y requiebros, y suspiros,
Y gritos y carcajadas.

III.

Suena el clarín, y el concurso
Como por ensalmo calla,
Y lleva ansioso la vista
Á las brillantes escuadras,

Que salen de pronto al cerco
Tan lujosas y bizarras,
Que hacen prorrumpir á todos
En vítores y alabanzas.

Miden y parten los jueces
El sol, el campo y las armas,
Y ordénanse las cuadrillas
Y frente á frente se paran.

Rigiendo va la moruna
El arrogante Abenaya,
Jinete en potro morcillo
Con la crin desmelenada.

Membrudo, la tez curtida,
Rubia y sedosa la barba,
Apretado el entrecejo,
Altanera la mirada,

Abierto al desdén el labio,
La voz recia y dura el habla,
Todo en el moro es firmeza,
Gallardía y arrogancia.

Lleva en bonete leonado
Plumas negras y moradas,
Como anunciando tristezas
Ó marchitas esperanzas;

Capellar y toca azules
Con que sus celos delata,
Marlota color de sangre
Que lo es también de venganza,

Y en el adarga esta letra
Entre hierros y guirnaldas:
—«*He de ser correspondido*
Por fuerza, si no de gracia.»—

IV.

Todos le auguran el lauro,
Que es de león su pujanza,
Y muy señor, aunque fiero,
De sí mismo y de las armas;

Pero en la tierra andaluza
No goza de menos fama
El denodado caudillo
De la cuadrilla cristiana.

Mozo, y esbelto y forzudo,
La cabellera castaña,
Trigueño, y los ojos pardos
Que acarician y amenazan,

Con la sonrisa enamora
Y seduce con la gracia,
Y rinde su cortesía
Y su altivez avasalla.

Viste, en señal de agasajo
De los moros á la usanza,
Pero defiende su pecho
Con la cruz de Calatrava.

Verdes, porque mucho espera;
Lleva el bonete y la manga,
Y asimismo la marlota
De oro y piedras recamada;

El capellar amarillo,
Y por cifra en el adarga
Un pájaro y este mote:
—«*Tan libre como mi alma.*»—

Más con la voz que con hierro
Rige una yegua alazana,
Que el jaez lleva cuajado
De campanillas de plata;

De tal sangre y tan airosa,
Que si el jinete la para,
Sacude la crin, relincha,
Se encabrita, bufa, y piafa,

Y, al andar, encorva el cuello,
De espuma el pretal se mancha,
Y en vivo tropel las manos
Hasta la cincha levanta.

V.

Hacen señal los clarines,
Pífaros, trompas y cajas,
Y veloces como el viento
Se arremeten las escuadras.

Corren, huyen, se revuelven,
Unas con otras se traban,
Y todo es polvo y estruendo,
Y confusión y algazara.

Más bien que juego, parece
Que se riñe una batalla;
Tal ofenderse procuran
Hierro haciendo de las cañas.

Con una hirió el castellano
Al arrogante Abenaya,
Mas no se le vió la sangre
Por llevar marlota grana:

Y en tanto que se repone
Del golpe que le malpara,
Ve descender una toca
Del estrado de su dama,

Y que el joven nazareno
Al correr de su alazana,
La recoge de la arena
Y se la pone por banda.

Correr quisiera á vengarse,
Mas gritando: —«*¡Aparta, aparta!*»—
Los jueces dan fin al juego
Y echan un toro á la plaza.

VI.

Colorado, cervigudo,
Negras y agudas las astas,
Fruncida y hosca la frente,
Espesa la cola y larga,

Finos y cortos los remos
Y de fuego la mirada,
Jamás vió tan brava fiera
Guadalquivir en sus aguas.

Ligera sale, y embiste,
Y atropella y desbarata,
Y párase, y desafía,
Y fatea, y bufa, y brama.

Los cobardes se retiran,
Los valientes se recatan,
El concurso se impacienta,
El toro la arena escarba.

Al ver tal, el caballero
De la cruz de Calatrava
Toma un rejón, y á la fiera
Con paso sereno marcha.

Acállase el vocerío,
Tiemblan medrosas las damas,
Mírale el toro suspenso
Y la multitud pasmada.

La fiera atrás se retira
Para acrecer en pujanza,
Tuerce la cola, y embiste
Ciega y bufando de rabia.

Por tres veces acomete,
Otras tres se ve burlada,
Y rompe en un alarido
La muchedumbre otras tantas,

Hasta que al fin el mancebo
El hierro agudo le clava,
Quiebra el rejón, y da el toro
En la arena ensangrentada.

Ensordece el vocerío
Con que celebran su hazaña:
Las mujeres le saludan,
Los caballeros le aclaman;

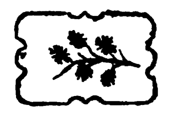
Pero el mozo no desea
Más premio que una mirada
De aquella hurí de los cielos
De cuya toca hizo banda.

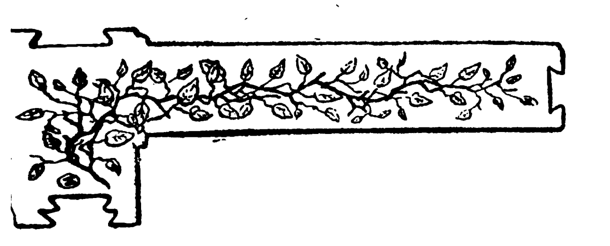
Mas ¡ah! la ve sin sentido
En el seno de Abenaya,
Que, furioso, con el puño
Y la vista le amenaza.

Entonces se enciende en ira,
En vivos celos se abrasa,
Palidece, ruge, ciega,
Y, herida de muerte el alma,

Espolea los ijares
De su yegua jerezana,
Que, partiendo como un rayo,
Fuera del coso le saca.

Marzo, 1882.





CUADRO DE FAMILIA [1].

I.

Al poner en tu hogar el pensamiento
Ó del mío aplacerme en la dulzura
El corazón regenerado siento,

Y en himnos mis clamores de amargura
Se truecan, y mis roncas carcajadas
En ahogados sollozos de ternura.

Las nubes en mi mente condensadas
Y los dolores en mi pecho fijos
Cual hiedras en los muros arraigadas,

(1) Fragmento de una carta titulada «Mis amores,» dirigida al poeta Cavestany.

¿Qué son ante los puros regocijos
Que me brinda el hogar, donde me espera
La santa madre de mis tiernos hijos?

¡Bien haya la bendita compañera
Que de mi vida, con su fé amorosa,
Perpetúa la alegre primavera,

La musa fiel, la estrella luminosa
Que me guía en mi vuelo á lo infinito,
Más que el sol pura, como el sol hermosa!

¡Bien haya la que llamas en tu escrito
Alegre turba de mis hijos bellos,
Aves y flores de mi hogar bendito!

¡Lucir miro en la madre los destellos
Que le prestan sus hijos, y el tesoro
De las bellezas de su madre en ellos!

¿Que soy pobre? ¡Qué importa! ¿Acaso ignor
Que el dorado metal desconocía
La edad dichosa que llamamos de oro?

II.

Si el social espectáculo te hastía,
Ven á mi hogar, verás cómo despierta
Tu espíritu apenado á la alegría.

El ángel de la paz guarda la puerta:
No llames á ella, no, que ya la tiene
La vigilancia del amor abierta.

Ella, al abrir, el paso me detiene,
Y de *ella* en pos gritando y sonriendo
La alegre turba de mis hijos viene.

Uno, amigo de escándalo y estruendo,
Con una cuerda mi bastón embrida
Y en tan bravo corcel sale corriendo;

Otro emprende á mi cuello la subida
Y me besa con ansia, y palmotea
Después de la victoria conseguida;

Aquel, que ni mi nombre balbucea
Ni en pié se tiene, de su madre en brazos
Por venirse á los míos forcejea,

Y *ella*, nudo común de tantos lazos,
Entre todos, benéfica, reparte
Dulces sonrisas, ósculos y abrazos.

III.

Confabulada en silencioso aparte,
¡Ah, no te rías! me declara guerra
La turba ardiendo en el furor de Marte,

Y á mis ropas, belígera se aferra,
Y tal lucha, que al cabo da conmigo
Y con mi grave autoridad en tierra.

¿Cómo, dí, de sus brazos me desligo
Si son cadenas para mí de flores,
Y cómo, recobrándome, les digo

Que cesen en sus risas y clamores
Si al oirlos, de júbilo desmayo,
Creyéndome que cantan ruiseñores?

Parece que viveza les dió el rayo,
El brote tierno la salud y el brío,
Color la adelfa que florece en Mayo,

Y que su aliento refrescó el rocío,
Y endulzaron sus labios los panales
Y encendió sus miradas el estío.

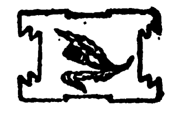
Cuando, rendidos en batallas tales,
Sus párpados de rosa cierra el sueño
Y les sume en arrobos celestiales,

Y el ángel de la paz va con empeño
Luces y ecos dejando adormecidos
Con sus alas cargadas de beleño,

Sonámbulos de dicha mis sentidos,
Embriagados quizás, por do quier hallan
Orgías de colores y sonidos,

Aromas vivos que entre sí batallan,
Ondas que bullen, pájaros que trinan,
Alas que zumban, ósculos que estallan.

Madrid, Julio, 1883.





¡ALERTA ESTÁ!...

CUADRO DE CAMPAÑA.

LENTAMENTE de los valles
La noche subiendo va,
Y al quedarse todo en sombras
Y silencio y soledad,

—«¡Centinela, alerta!...»—se oye
Á lo lejos exclamar,
Y otra voz, más á lo lejos,
Responder:—«¡Alerta está!...»—

Entra la noche tan fría,
Que, en las fuentes del lugar,
El agua, muda, se para
Y se convierte en cristal.

Y las vacas que retornan
Al establo con afán,
Como si ardiesen por dentro,
Humean al traspirar.

Aquella triste comarca
Á un tiempo azotada está
Por las furias de la guerra
Y la estación invernal.

La nieve quema los brotes,
Crece el río como el mar,
Y los árboles arranca
De raíz el huracán;

Pero hace la guerra sola
Más estrago, mucho más,
Que todos los elementos
Desatados á la par.

Aquí casas en ruinas,
Bosques talados allá,
Y en astillas y cascajos
El apero y el ajuar.

En graneros y bodegas
Ni rastros de vino y pan,
Y los árboles del huerto
Quemados en el hogar.

Trocados en foso y fuerte
Arroyo y molino están,
Los vallados en trincheras
Y la iglesia en hospital.

Cantares, músicas, risas
De allí huyeron con la paz:
Sólo expresan los semblantes
La zozobra ó la piedad.

Y á quien sus penas olvida,
Se las viene á recordar
El aterrador—«¿Quién vive?»—
Ó el medroso—«¡Alerta está!...»—

Pasan los hombres el día
Contemplando su heredad
Desde lejos, no pudiendo
De las trincheras pasar;

Y las mujeres calmando
Su temor y su ansiedad,
Con rezos que el llanto viene
Á menudo á entrecortar.

En cambio los rapazuelos
En holganza y libertad,
Por las calles de la aldea
Alegres vienen y van,

Armados de palitroques,
Llevando el paso á compás,
Y riñendo á cada instante
Una batalla campal.

Mas ¡ay! se mueren de susto
Cuando, la noche al cerrar,
Escuchan del centinela
El lejano—«¡Alerta está!...»—

Pero no siempre este grito
Vase en el pecho á clavar,
Tan agudo y tan helado
Cual la punta de un puñal.

Cuando el miedo mil ruidos
Del silencio hace brotar,
Y espectros aterradores
De la densa oscuridad:

Cuando el horrendo estampido
Creen las gentes escuchar
De una descarga, en la puerta
Que sacude el huracán,

El clarín, en el chirrido
De la veleta al girar,
Y en el tropel de una ronda
El del asalto fatal,

Y el hombre, asiendo de un hacha,
Corre á ponerse detrás
De la puerta, decidido
Á no morir sin matar,

Y la madre tiembla y llora
Por el sér angelical
Que en su regazo sonríe
Soñando con Dios quizás,

Entonces sólo á las gentes
Infunde seguridad
Y vuelve el sueño á los ojos
El tranquilo—«¡Alerta está!...»—

Porque aquel grito les dice:
—«Hay quien vela, descansad.»—
Y se duermen bendiciendo
Al soldado que lo da:

¡Bien bendito el centinela
Que envía á las almas paz
Desde el reducto lejano
En donde helándose está!

Frente tiene al enemigo,
Acechándole quizás;
La lluvia fría le cala,
Le envuelve la oscuridad.

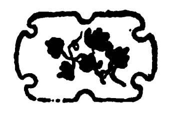
Es casi un niño, el recuerdo
Asáltale pertinaz
De la madre que, llorando,
Por él reza con afán,

Y temor desecha y sueños,
Y vigila sin cesar,
Y firme en su puesto grita
Con voz fiera—«¡Alerta está!...»—

Sí, bendecid ese grito,
Nunca lo dejéis de amar:
Es la patria quien lo pide,
Y un valiente quien lo da;

Y mientras fé y honor sean
Quienes lo hagan resonar,
Habrá Dios, y patria, y honra,
Y familia y libertad.

Diciembre, 1883.





ÍNDICE.

Págs.



Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Manuel Tello, el día 4
de Febrero del
año de
1884.



COLECCIÓN
DE
ESCRITORES CASTELLANOS.

OBRAS PUBLICADAS.

ALARCÓN (D. P. A. de). *Novelas cortas, El Escándalo, Cosas que fueron, La Pródiga, Viajes por España, El final de Norma, Juicios literarios y artísticos*: nueve tomos, á 4 pesetas uno.—*El Sombrero de tres picos*, 3 pesetas; *La Alpujarra*, 5 pesetas.

BELLO (D. Andrés). *Poesías*. (Agotada la edición ordinaria, hay ejemplares de lujo, de 6 pesetas en adelante.)—*Derecho Internacional*: dos tomos, 8 pesetas.

CÁNOVAS DEL CASTILLO (D. Antonio). *El Solitario y su tiempo*: dos tomos, 8 pesetas.

ESTÉBANEZ CALDERÓN (D. Serafín: El Solitario). *Escenas andaluzas*: un tomo, 4 pesetas.

LÓPEZ DE AYALA (D. Adelardo). Teatro: *Un hombre de Estado, Los Dos Guzmanes, Guerra á muerte, El Tejado de vidrio, El Conde de Castralla, Consuelo, Los Comuneros, Rioja, La Estrella de Madrid, La Mejor corona*: cuatro tomos, 17 pesetas.

MENÉNDEZ Y PELAYO (D. Marcelino). *Odas, epístolas y tragedias*: un tomo, 4 pesetas.—*Historia de las ideas estéticas en España*, tomo I, 5 pesetas.

VALDIVIELSO (El M. Josef de). *Romancero Espiritual*: un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares de tiradas especiales de todos los tomos de la Colección, de 6 á 250 pesetas.

EDICIONES PEQUEÑAS DE LUJO.

La Perfecta Casada, por el Maestro Fr. Luís de León, con el retrato del autor: un tomo, 2 pesetas, encuadernado.

Romancero morisco: un tomo con grabados y encuadernación en vitela, 6 pesetas.

CERVANTES.—*Rinconete y Cortadillo.—El Celoso Extremeño.—El Casamiento engañoso y el Coloquio de los Perros*. Un volumen con grabados en el texto, retrato del Autor y encuadernación en vitela, 6 pesetas.

La Mujer, por D. Severo Catalina: un tomo con grabados, 5 pesetas.—Ejemplares encuadernados de lujo para REGALO, á diferentes precios.

EN PRENSA.

Teatro de D. Adelardo López de Ayala, tomo V y último.
Estudios de crítica literaria, por D. M. Menéndez y Pelayo.
Sonetos, leyendas y canciones, por D. Juan Valera.

EN PREPARACIÓN.

Problemas contemporáneos, por D. Antonio Cánovas del Castillo.
Escritores españoles é hispano-americanos, por D. Manuel Cañete.
Estudios literarios, por D. Pedro José Pidal.
Estudios históricos, por D. Aureliano Fernández-Guerra.

Los pedidos de ejemplares ó suscriciones se harán directamente á la librería de D. Mariano Murillo, calle de Alcalá, 7.

2

